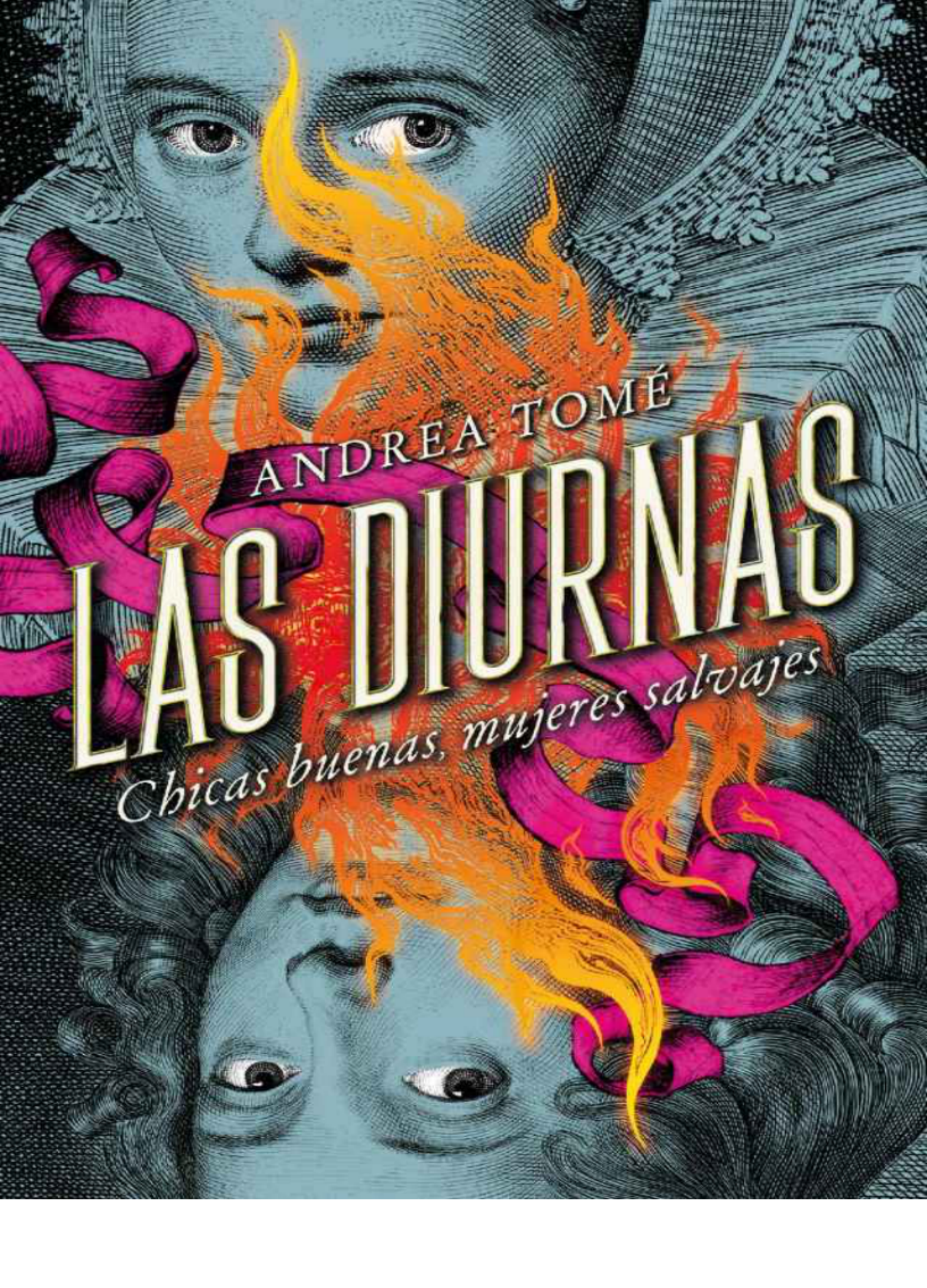
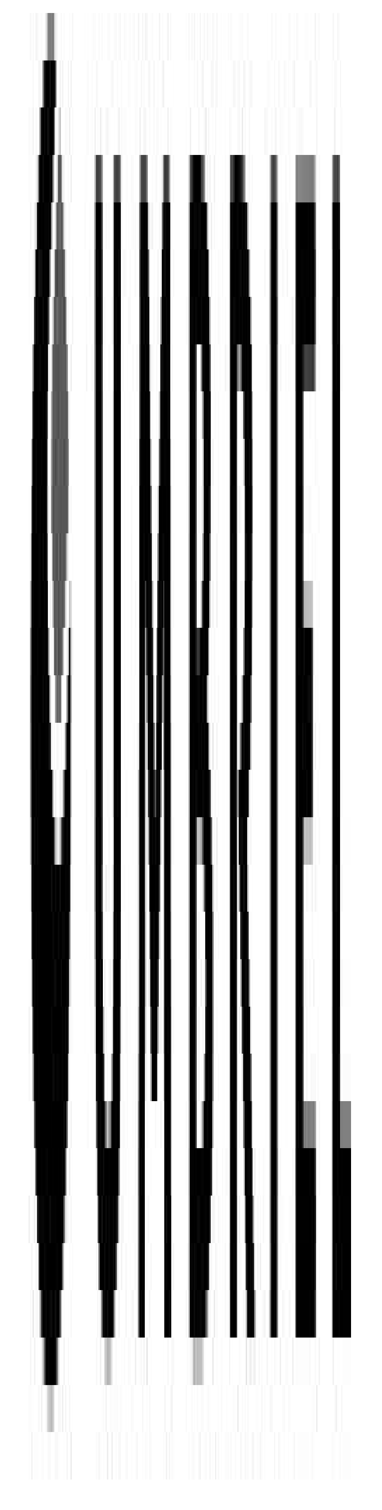

ANDREA TOMÉ
LAS DIURNAS
Chicas buenas, mujeres salvajes

LAS DIURNAS

ANDREA TOMÉ

LAS DIURNA

Chicas buenas, mujeres salvaj



Argentina · Chile · Colombia · España

Estados Unidos · México · Perú · Uruguay

1.ª edición: noviembre 2023

Plaza de los Reyes Magos, 8, piso 1.º C y D – 28007 Madrid
www.umbrieleditores.com

ISBN: 978-84-16999-97-8

Fotocomposición: Ediciones Urano, S.A.U.

He vivido como un monstruo, mi única
esperanza es morir como un niño.

Franz Wright, *El silencio de Dios.*

Todo hombre o mujer que llame a los espíritus o practique hechicería morirá.
Los apedrearán, y su sangre caerá sobre ellos.

Levítico

Comed y bebed, pues mañana moriremos.

Isaías

Londres, 1662

Una habitación pequeña (una bodega, en realidad) iluminada por unas velas cuya cera empezaba ya a apilarse en formas grotescas, las llamas amenazando con apagarse. El olor era tan profundo, tan característico, que casi podría decirse que tenía presencia propia, un alma en busca de un cuerpo que habitar.

Al principio había un muchacho (un pie todavía en la niñez, el otro en la edad adulta) que se despertaba en mitad de una terrible agitación, casi como arrancado de cuajo del sueño, la frente perlada por el sudor y los ojos enormes y febriles. Al principio había una muchacha observándolo, llevándose un dedo a los labios para que el ruido repentino no alertase a los clientes de la taberna. Otros tipos de ruido, sin embargo, podían ser una salvación; la puerta de la bodega estaba entreabierta, dejando que entrasen los sonidos típicos del George and Dragon (las risas, los pasos, el crujir de las tablillas de madera y el traqueteo de los platos). No estaban solos, por lo tanto, en el sentido más estricto de la palabra; con la tabernera entrando regularmente a comprobar el estado del muchacho, la suya era una soledad, una intimidad, solo aparente. De existir, el suyo solo sería un pecado muy pequeño.

Había pecados peores.

—¿Se encuentra bien? —siseó la chica, extendiendo el brazo para pasar un paño húmedo por la frente del muchacho.

Un par de cejas temblorosas.

—¿Qué…?

—Sufrió un desmayo, mi señor. Robert Luffkin lo trajo en la noche.

El muchacho se humedeció los labios. Escudriñaba la bodega un tanto alterado, casi queriendo encontrar aquel nombre que le resultaba tan poco familiar entre las botellas vacías y las cajas de madera.

—¿Qué hora es?

—Van a dar las cuatro.

—¿De la tarde?

—De la madrugada. Lleva un día durmiendo.

Una sombra de preocupación reptó por la cara salpicada de pecas del muchacho.

—¿He sufrido un ataque?

La voz disminuyó al pronunciar esa última palabra, casi como si quisiese retirarla enseguida, como si esperase que el silencio fuese a enterrarla hasta desaparecer. La chica tragó saliva; tras un instante de duda, negó con la cabeza.

—No, mi señor. ¿No recuerda…? —Sacudió la cabeza—. ¿Sabe usted mi nombre?

El muchacho estiró los labios en una mueca parecida a una sonrisa.

—Me temo, señorita, que no tengo la fortuna de poder decir que sí.

La chica le devolvió el gesto.

—Judith Vintener, mi señor. ¿Sabe usted *su* nombre?

La respuesta llegó rápida, segura; una flecha lanzada con precisión.

—Lawrence Skoefield —dijo, y tomó la mano de Judith para llevársela a los labios.

La joven se mordió las mejillas para contener, suprimir, la risa que amenazaba con salir.

—Es la primera vez, señor, que tengo la suerte de conocer dos veces al mismo caballero.

—No debía conocerme muy bien la primera, señorita, si se refiere a mí como «caballero». Discúlpeme, pero… debido a mi salud…

Judith no le permitió continuar, ignorando las normas de cortesía en las que normalmente se amparaba.

—¿Qué es lo último que recuerda, mi señor?

La frente de Lawrence Skoefield se cuarteó de arrugas.

—Me despedía de mi maestro…

—¿El señor Advent?

—No, el señor Franncis. Me disponía a viajar para conocer al señor Advent, de hecho, pero…

Judith desvió la mirada; bajo la influencia de las llamas de las velas, sus ojos marrones brillaban naranjas.

—Al señor Advent lo conoce usted bien. Hace semanas que trabaja con él en el obrador.

Lawrence se ayudó de las manos para reincorporarse. Estudió de nuevo las sombras alargadas que, en la penumbra, podía discernir.

—Entonces… esto… ¿Esto es Londres?

Judith arqueó los labios.

—No su parte más elegante, mi señor, pero sí.

Lawrence hizo amago de levantarse, pero ella se lo impidió colocándole una mano en la muñeca, y la otra sobre el hombro descarnado.

—No es prudente. Debe descansar. El doctor llegará enseguida.

—Pero…

—Le contaré lo que ha ocurrido, mientras tanto —agregó.

Con la fuerza de aquella pequeña frase, Lawrence se recostó de nuevo, los ojos fijos en las facciones angulares de la muchacha.

—Empezó con las últimas nevadas del invierno. El frío tenía dientes…

Al principio había un muchacho (un pie todavía en la niñez, el otro en la edad adulta) que se despertaba en mitad de una terrible agitación, casi como arrancado de cuajo del sueño, la frente perlada por el sudor y los ojos enormes y febriles. Al principio había una muchacha observándolo, llevándose un dedo a los labios para que el ruido repentino no alertase a los clientes de la taberna…

No. Como dijeron los santos, *al principio existía la palabra…*

El relato de Judith

I

Perdóneme, señor, si tropiezo en alguna de mis palabras. Mi camino no es el de la falsedad, y tengo una fe absoluta en que todo cuanto voy a contarle es cierto. Pero recuerde que esta historia no es mi historia; todo cuanto va a oír me lo contó usted a mí primero.

Por supuesto, no osaría embellecer o distorsionar ni un solo detalle, por pequeño que pareciera en primera instancia. Si cometo algún error, será un error de mi memoria, aunque esta suele ser aguda, señor, y rápida. Pero ¿qué poder podrían tener mis palabras? Incluso cuando María Magdalena alzó la voz, tras visitar el sepulcro de Su Señor al tercer día, lo hizo para contar una historia que no era la suya. ¿Y quién puso por escrito el libro de Esther, si las Escrituras están inspiradas por Dios? ¿Quién habló por primera vez de Judith y de Holofernes? Tenga paciencia conmigo; se me da mejor tejer la lana que las palabras.

Pero, sí, el frío tenía dientes. La mañana había roto con nieve, algo inusual a aquellas alturas del año y que tuvo como consecuencia el retraso de la diligencia primero y del coche de alquiler después. Para cuando usted dio con sus huesos en Southwark ya era lo más oscuro de la madrugada, varias horas más tarde de lo que usted había acordado con su maestro, el señor John Advent. Pero usted no temía a la noche, o así al menos me lo aseguró; no, ciertamente, de la manera más sensata de todas: no temía a la oscuridad ni al frío, y no temía a los ladrones ni al rugido del Támesis, con sus aguas negras como la tinta. Usted, con la nariz roja de la helada, temía al sueño, y fue la perspectiva de sufrir uno de sus ataques en mitad de unas calles desconocidas por las que deambulaban también personas desconocidas la que lo empujó a encaminarse a la casa de su maestro a aquellas horas intempestivas y tan poco corteses.

Llamó a la puerta con los nudillos. Una colección casi inagotable de pasos. Cuando la puerta, al fin, se abrió, usted no se topó con las facciones redondas y bonachonas de una sirvienta, como había esperado, sino con el rostro barbudo, y endurecido por los años, de John Advent.

—¿Señor Skoefield? —le dijo, pues John Advent no es un hombre que acostumbre a perder el tiempo con saludos y cortesías.

Se le atragantó a usted esa palabra, «señor»; se le hizo grande y poco apropiada. No crea que me burlo cuando me dirijo a usted con ella; un señor es un señor sin importar la edad o la experiencia.

Quiso disculparse, sí, quiso explicar la serie de desafortunados acontecimientos que habían dado lugar a aquel imprevisto. Estas explicaciones, sin embargo, no fueron alentadas, ni mucho menos apreciadas. John Advent ya se había dado la vuelta, indicándole con un gesto de la mano que lo acompañase. Y tras cerrar la puerta y colgarse la bolsa con sus pocas pertenencias al hombro, lo siguió.

Inmediatamente le dio la bienvenida un olor cálido y dulzón con el que usted ya estaba familiarizado: el del cuero que se utilizaba para encuadernar los libros. Era aquel un aroma que se pegaba a cada rincón de la vivienda como un fantasma caprichoso y que casi constituía una entidad en sí mismo.

—Lamento de nuevo la tardanza, señor Advent —insistió usted—. La diligencia…

Mas el interés de su maestro por los detalles del viaje era relativo, y así se lo hizo saber, con un gesto impaciente de la mano. ¿De verdad no recuerda cómo, bajo la luz de las velas, los ojos estrechos del señor Advent parecían arder?

—Acostumbro a estar de pie antes que el sol —le dijo entonces, utilizando la misma mano para señalar las escaleras—. Su habitación está a la izquierda. Puesto que ya hemos perdido una jornada, le recomiendo que guarde sus enseres y baje enseguida para comenzar la instrucción. Si se le antoja algo para calentar el estómago, el George and Dragon, al otro lado de la calle, abrirá en unas horas. Tiene derecho a tres comidas al día a cambio de sus servicios.

Usted asintió, y esperó un par de segundos a que su maestro se le adelantase. Cuando no lo hizo, tomó el candelero que se le ofrecía y comenzó a subir, cada escalón más ruidoso, más descarado que el anterior.

—Solo tengo una norma —agregó John Advent, casi como una reflexión espontánea, antes de que usted llegase al piso superior—. Los postigos deben estar cerrados siempre que brille el sol, para preservar

las encuadernaciones. Postigos cerrados en todas las ventanas, desde el alba hasta que caiga la noche, ¿comprendido?

No queriendo descuidar unas formas de las que, por lo visto, su maestro carecía, usted se dio la vuelta y le sostuvo la mirada.

—Sí, señor.

—No se demore y reúnase conmigo en el obrador. Dejaré la puerta abierta para usted, y le encomendaré una llave. La biblioteca, sin embargo, permanecerá cerrada, y tiene usted terminantemente prohibida la entrada si lo que desea es continuar con su instrucción. —Los labios finos se arquearon en algo parecido a una sonrisa, o a una mueca—. Si demuestra estar a la altura de las referencias que lo han traído hasta aquí, quizá logre ganarse el privilegio de sostener en las manos alguno de mis trabajos.

Estas indicaciones, que pecaban de caprichosas e irracionales entonces, pronto acabarían cobrando un sentido especial para usted. Pero no nos adelantemos: toda buena historia debe empezar por el principio. Por el momento, volvamos a aquella madrugada accidentada, y a las escaleras en las que usted esperaba, el sudor deslizándosele por la espalda como la cera de la vela descendía hasta caer sobre la superficie del candelero.

—Sí, mi señor. Gracias por su amabilidad —se aclaró usted la garganta; las palabras parecían arañarle la carne blanda y roja al intentar salir—. Señor… no deseo ser impertinente, pero… en la carta del señor Franncis… ¿Se le informó…?

—Se me informó a la perfección de su situación, y de las peculiaridades que esta podría ocasionar.

Un asentimiento corto. En la distancia entre el maestro y usted parecía habitar un aire tan denso que podría haber podido cortarlo con un cuchillo, de haber tenido uno al alcance de la mano.

No son buenos tiempos, señor, para vivir en los márgenes del mundo.

—Solo… —insistió usted—. Solo quería que supiese que no tendrá ningún problema por causa mía, mi señor. Y si uno de mis ataques le perturba el sueño…

—Tengo un sueño ligero. Estoy perfectamente al tanto del mal que le achaca, señor Skoefield. No es usted la primera persona que

conozco que lo sufre.

Esperó usted una vez más. Esperó por una explicación más intensa. Esperó en vano.

No ha tenido usted la indecencia, señor, de darme detalles sobre su alcoba. Sé que se acercó usted a la ventana, en cuanto entró, y que, envueltas en la oscuridad de la noche, las calles de Southwark se le aparecían como un conjunto de tinieblas alargadas. Sé que cerró los postigos, a pesar de que aún quedaban valiosos minutos para que saliese el sol, y que bajó enseguida al encuentro de su maestro.

Cuando llegó a Londres, señor, ¿se imaginó usted tan pícara fortuna? ¿Una casa de oscuridad obligada y sin servicio? ¿Un maestro taciturno que parecía desconocer las normas más básicas de cortesía a las que todo caballero inglés debe atenerse?

Pero un condenado no puede quejarse de la suerte que el Señor, en su infinita misericordia, le ha otorgado. John Advent, un hombre de razón, si los rumores sobre él eran ciertos, constituía su única oportunidad de participar en el mundo, de aprender un oficio, de hacerse su camino en la historia. Gracias a John Advent, solo lo atormentarían las garras de la enfermedad.

II

—Dos brujas, colgadas en Bury St Edmunds.

Una voz baja y rasposa, como la de un lobo, pero que sabía transmitir una suave atracción. Usted pensó que encarnaba la calidez y el bullicio del George and Dragon, y casi se sorprendió al girarse y ver que pertenecía no a un gigante, como Goliat en la Biblia, sino a un simple hombre, de mediana edad, con arrugas como paréntesis enmarcando una sonrisa a la que le faltaban todos los dientes anteriores. Estaba sentado junto a la chimenea, y la luz del fuego no era amable con sus facciones.

—¿La horca? —se le escapó a usted.

¿Se le tiñeron las mejillas de rojo, entonces, o supo esconder su vergüenza tras una expresión conocedora?

El hombre le sonrió. No son difíciles, las amistades de taberna. Las he visto muchas veces. Pero, mi señor, esta no es mi historia…

—El juicio acaba de empezar —le explicó—, pero no hay otra salida, ¿eh, chico? Es lo que tiene bailar con el diablo, que te lleva muy alto.

Y alzó un índice ancho y salpicado de tinta hacia el techo. Luego hizo uso de esa misma mano para tendérsela a usted.

—Robert Luffkin —se presentó.

—Lawrence Skoefield —dijo usted, levantándose para poder estrecharle la mano.

—Un nombre nuevo para una cara nueva. ¿De dónde se ha perdido, si no es osado preguntar?

—Canterbury. —Ante la ceja arqueada de Robert Luffkin, se vio obligado a agregar—: Aproximadamente. Llegué esta noche. Aprendiz de encuadernador.

—Mercader.

Por supuesto, no le dijo la verdad. Estos días, la vergüenza camina siempre por delante de Robert Luffkin, aunque supongo que te puedes considerar un mercader si consigues que el dueño de un teatro te pague por una obra que nunca logras terminar, el sonido de tu nombre ya un débil susurro en las páginas de la historia.

Pero, discúlpeme, me estoy desviando del relato. Usted no dudó de su palabra, de eso estoy segura, y de todas maneras, aunque hubiese querido, no habría tenido tiempo para ello, dado que uno de los hombrones de la barra ya se estaba girando hacia ustedes dos para apuntar:

—¿Encuadernador, dice? Debe estar usted con John Advent, entonces.

—Con el mismo, sí.

El hombrón profirió un ruido que podría haber sido una carcajada o lo opuesto a esta.

—Pasará un buen rato bajo su instrucción, no cabe la menor duda. Un tipo extraño.

—Dejo ese tipo de apreciaciones a las mujeres —rio Robert, dirigiéndole a usted un movimiento amable de cabeza—. Soltar la lengua puede llevar muy lejos a un hombre.

—O muy alto —puntualizó su compañero de la barra.

—O muy alto.

—Al viejo Advent Bury St Edmunds no le debe quedar muy lejos de casa, originariamente, ¿eh?

—No a juzgar por su acento, eso está claro —dijo Robert, ambos ya convertidos en los protagonistas de una conversación en la que usted tenía un papel cada vez más pequeño—. Hace más de diez años que lo conozco y a Dios gracias que tengo un nombre con el que referirme a él —emitió un ruidito explosivo para llamar su atención—. Vaya a una taberna cercana a los muelles y se enterará de cosas más interesantes, amigo. Lo que entra y sale de Londres. Noticias de las colonias. El rumbo del mundo. Aquí solo lo entretendremos con cuentos de viejas.

Dicho aquello, alzó la barbilla nuevamente, y sin dirigirse a nadie en particular, repitió:

—Dos brujas, colgadas en Bury St Edmunds… Matthew Hopkins debe estar regocijándose en su tumba.

El compañero de la barra le chistó.

—No mentes las sepulturas.

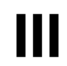
—Ambrose Bird, mi querido amigo, no temo al diablo ni al espíritu de Matthew Hopkins. Si Dios está de nuestro lado… ya sabes que solo

juro lealtad al rey Carlos.

—Solo juras lealtad a la bebida.

Y usted apartó la mirada antes de que los rufianes de Robert Luffkin o Ambrose Bird pensasen en volver a incluirlo en la discusión. Pude verlo, sí, desde mi escondite en esta misma bodega, observándolo a través de la estrecha rendija de la puerta entreabierta. Tenía usted la mirada fija en el plato de gachas de avena, todavía humeante. Por supuesto, usted, como también yo, había oído rumores del cazabrujas Matthew Hopkins; cuentos terribles y sombríos que hablaban de las más de cien hechiceras que había llevado a la horca. Pero aquellos tiempos, los tiempos de nuestros padres, habían sido terribles y sombríos en sí mismos. Hace ya dos años que el rey Carlos ii entró, triunfante, en la capital; tras décadas en las que el trono aguardó vacío, es su cabeza la que porta ahora la corona de Inglaterra, Escocia e Irlanda.

Pero hay muchas más sillas en el reino, mi señor. Sillas de muy poca importancia, desprovistas de lujo, arañadas de una historia que no roza el triunfo. ¿Y no puede un hombre de razón permitirse pensar, aunque sea por un segundo, si no se sentará el diablo en alguna de esas sillas vacías, su voz una familia de garras? Al menos eso me pregunto yo, en ocasiones, pero no soy un hombre, y la razón no es algo que comúnmente se atribuya a las mujeres de mi condición.


III

¿Y cuánto tiempo tardó usted en darse cuenta de que el silencio puede ahogar casi tanto como una soga al cuello? En el transcurso de un par de días se convirtió en un rostro tan familiar como los de Robert Luffkin y Ambrose Bird, buscando en el George and Dragon la calidez humana que su maestro no podía ofrecerle.

Durante el trabajo, los labios de John Advent, enrojecidos y despellejados por el frío, permanecían cerrados; sin esposa, sin servicio, tan distinto del resto de los hombres. Incluso yo puedo darme cuenta de que no nos observa a las mujeres como los demás, con esas miradas portadoras de un conocimiento secreto para nosotras.

Usted había intentado conocer a su maestro, por supuesto, pero todos sus intentos habían sido en vano. John Advent no explicaba si podía ahorrarse ese engorro; enseñaba con el ejemplo, y su particularidad era la de comprender sin necesidad de palabras cuándo usted precisaba de más tiempo para entender algo, momento en el cual comenzaba a trabajar con mayor lentitud.

Un hombre solo puede crearse a partir de otro hombre. De John Advent usted solo podía aprender el oficio de encuadernador; precisaba venir al George and Dragon a reunirse con tipos como Robert Luffkin y Ambrose Bird para ser partícipe también de todas las cosas necesarias para la vida: dónde nos escondemos las mujeres y cómo se nos puede seducir; cómo debe hablar y moverse un hombre; qué fortunas puede deparar el futuro si uno sabe jugar bien sus cartas; qué ocurre en el mundo ahí fuera, y cómo este es más grande que Canterbury o Londres.

Una tarde en la que el olor dulzón e inescapable del cuero ya se le aferraba al cuello, con las yemas de los dedos dormidas tras incontables y laboriosas horas y los ojos picándole de forzar la vista a la luz de las velas, osó alzar la voz. Repitió en voz alta, y en presencia de su maestro, los rumores de brujería que Robert Luffkin había comentado tantas veces en la taberna.

La respuesta inicial de John Advent no fue verbal, sino física: el cosquilleo en la punta de la nariz, seguido de los labios que se estiraban.

—*A sagittis Hungarorum, libera nos Domine.*

Un susurro áspero como los bordes desiguales de las páginas con las que ustedes trabajaban.

—¿Disculpe?

—Líbranos, Señor, de las flechas de los húngaros —tradujo el maestro—. Hace siglos, cuando los hunos de Atila saqueaban y quemaban los monasterios de Europa, esta oración comenzó a hacerse eco en las iglesias. Quizás ahora Inglaterra deba pedir clemencia ante el *maleficium* de las brujas.

Usted despegó los ojos del manuscrito en el que estaban trabajando. Un hombre de razón, hablando de *maleficium* y de hechiceras… ¿Temió, por un momento delirante, que su maestro, después de todo, pudiese sospechar de su enfermedad?

—¿Cree usted que son reales, entonces? —tanteó—. ¿Las brujas?

La respiración de John Advent era baja y grotesca, un animal esperando tranquilo a su presa.

—¿No está escrito en el *Éxodo* que no se permitirá que vivan las hechiceras? ¿Y no dijo el rey Jacobo que negar la existencia del diablo es negar la existencia del Señor? —se pasó la lengua por los dientes—. No creo que mi voz sea tan alta como para alzarse por encima de las voces de los monarcas y de Dios.

Usted bajó la cabeza con la esperanza de que los rizos ocultasen el rubor que se le extendía por las mejillas. Pensó que la maldición que usted acarrea no solo ataca su salud, sino también su lengua.

—Discúlpeme, señor. No pretendía…

—No hay nada que pueda enseñarle sobre las brujas o los reyes, ni soy tampoco más conocedor que cualquier otro sobre los misterios del diablo y de Dios. Pero sobre esto —le guio la mano sobre el lomo del libro— quizá pueda ser de ayuda.

—Sí, señor.

—Si así lo desea —prosiguió John Advent, los ojos casi naranjas ante la luz de las velas—, puedo traerle de la biblioteca un ejemplar del *Daemonologie* del rey Jacobo. No sé si resultará una aproximación más exacta a la brujería que los rumores de una taberna, pero tal vez consiga calmar su sed de conocimiento.

—Sí, señor. Gracias, señor.

Al bajar la vista de nuevo, se fijó por primera vez en el lunar sobre

la piel amarillenta de John Advent, en el trozo exacto de carne entre el índice y el pulgar, y en la cicatriz en forma de estrella, ya blanquecina y difuminada, justo debajo de él.

Lo observó durante un par de segundos, pero no dijo nada, guiado más por su deseo de acceder a la biblioteca que por la sensatez. Con la expectativa del cambio en una rutina férrea, los segundos pasaron más desesperados que de costumbre. La orquesta de sonidos típicos de la casa de Southwark (el crepitar de la vela, el ulular y el golpeteo del viento contra las ventanas, el pasar de las páginas de los manuscritos) estaba más presente que nunca, casi corpórea, imposible de ignorar ni haciendo uso de los ejercicios de imaginación más testarudos.

Cuando acabaron, usted casi sentía la ropa pesada sobre los hombros, tirando de su cuerpo hacia el suelo.

John Advent emitió una inspiración ronca.

—¿Todavía vive en usted el interés por el *Daemonologie* del rey Jacobo?

—S-sí, señor. Si no es molestia…

El maestro asintió con un gesto, se levantó y se quitó la llave que llevaba colgada del cuello para abrir la puerta de la biblioteca. Aguardó en el umbral durante un instante de silencio, los labios entreabiertos, como queriendo dejar escapar una invitación…

—La prohibición no implica que no pueda entrar en la biblioteca conmigo —explicó.

De haberse levantado usted con más celeridad, podríamos llamar «vuelo» a la carrera. El primer paso en la biblioteca fue dubitativo, como el de un niño o un anciano. Al levantar la barbilla no se topó con la estancia rica y gigantesca que las noches en vela le habían llevado a imaginar. La biblioteca tan cuidadosamente resguardada del señor Advent se trataba más bien de una espaciosa despensa de volúmenes, algunos de ellos en tan buen estado que prometían ser trabajos recientes, mientras que otros descansaban maltratados y polvorientos. Los volúmenes se apilaban sin orden ni concierto sobre los estantes, quedando algunos de los lomos ocultos a la vista. John Advent, sin embargo, parecía capaz de reconocer cada título y cada autor únicamente por el tacto…

—*Daemonologie*, escrito por el rey Jacobo —dijo, tras una

búsqueda muy corta, y le depositó el libro sobre las manos extendidas.

Al contrario que la mayoría de los volúmenes de la biblioteca, aquel no había sido un trabajo del maestro Advent ni, de hecho, de ningún otro encuadernador. El librito cayó desnudo sobre sus manos, protegido únicamente por un trozo restante de pergamino, de la manera en la que los manuscritos se venden a los clientes para que estos puedan acudir después a profesionales como el señor Advent que se puedan hacer cargo de la encuadernación.

—Tenga cuidado al pasar las páginas —fue la recomendación del maestro—, y asegúrese de tener las manos limpias antes de tocarlo. Cuando termine con él, déjelo en mi mesa para que yo pueda devolverlo a su sitio.

Le dio un golpecito para conducirlo de nuevo al obrador. Al cerrar la puerta tras los dos, una nube plateada de polvo se levantó, casi abrazando sus palabras. La biblioteca, quedaba claro, seguiría siendo un territorio por descubrir, un punto vacío en el mapa.

Espantosa abundancia en estos tiempos, en este país, de estas detestables esclavas del diablo, las brujas o hechiceras…

Me repetía usted lo que leía cada noche, a cuentagotas, un par de páginas del *Daemonologie* seguidas de un par de páginas del Nuevo Testamento. Solo por si acaso. Solo por si alguna de las letras del manuscrito del rey tenía el poder, de algún modo, de convocar a los demonios y a los espíritus. Pero supongo que usted no se acuerda de eso, tampoco.

Leía hasta que la llama de la vela empezaba a peligrar, hasta que los ojos le lloraban y ya no podía continuar, hasta que el sudor de las manos amenazaba con estropear la tinta negra.

En aquellos momentos de lectura, en los que el silencio de John Advent parecía tener dientes, la casa de Southwark se erigía como un huésped más, como un acompañante invisible que miraba por encima de su hombro, susurrándole las frases al oído.

¿Fue la lectura o la falta de sueño la que despertó su enfermedad? De la reaparición de esta eran testigos los postigos de la ventana, que aparecían abiertos incluso cuando usted tenía la certeza de haberlos cerrado. El Nuevo Testamento, también, se abría en páginas que usted no recordaba, dejando que un rayito de sol peligroso iluminase los versículos señalados.

Y en aquellos días los hombres buscarán la muerte, pero no la hallarán; y ansiarán morir, pero la muerte huirá de ellos…

Las puertas de las habitaciones y del obrador amanecían entreabiertas. Incluso el cielo parecía conocer las peculiaridades de su enfermedad y, para acompañarlo, se rompía en nevadas cada vez más pesadas y testarudas.

John Advent parecía ignorar o ser inmune a todos estos pequeños cambios en su casa. Usted, claro, no comentó nada al respecto, consciente del temor y de la sospecha que suele despertar en los demás su condición. Me lo contó a mí, solo a mí. Sé que no conocerá la respuesta ahora, ¿pero lo hizo porque confiaba en mí, porque vio algo en mi interior que le aseguró que no desvelaría el secreto, ni

pensaría menos de usted? ¿O pensaba que no era más que una sombra oscura, la hija de los taberneros, escondiéndose en los rincones del George and Dragon, demasiado pequeña e insignificante para que nadie le preguntase jamás su opinión? No importa. Me agradaba, ser la elegida para guardar aquello que usted no le habría confesado a ninguna otra persona.

Me contó los detalles de su enfermedad y yo le creí, y la imagen que tenía de usted en mi cabeza no cambió. Me habló del trance, de despertarse de pie, en un lugar de la casa lejano a su habitación. De no recordar. De no tener sueños, ni buenos ni malos. De los años de su infancia, cuando las sirvientas se asustaban de su condición, de cómo sus hermanas lo llamaban «el hechizado» en susurros. Por fortuna, su padre era un hombre de razón, y guardaba más fe en los doctores en medicina que en los rumores del pueblo.

Aun así, aun conociendo tan íntimamente las vicisitudes de su enfermedad, aun siendo ella y usted casi amigos, en aquellos momentos, dudó. Rezó incesantemente. Se arrodilló hasta causarse moretones en las rodillas. Ayunó, porque el hambre puede ser sagrada si uno tiene el privilegio de poder abrazarse a ella voluntariamente.

Bajo la influencia de la lectura del *Daemonologie,* la enfermedad parecía convertirse en maldición.

Al terminar la semana, durante el atardecer del día del Señor, su maestro le comunicó que se ausentaría un tiempo, que debía viajar a Suffolk por negocios y que confiaba en usted para «guardar la casa como yo la he guardado». Aquellas fueron sus palabras exactas.

—¿A Suffolk, señor? —preguntó usted, y las facciones de John Advent se suavizaron.

—No me llaman las brujas, sino la ley. Hemos recibido un encargo de máxima importancia, un texto legislativo que he de ir a recoger enseguida.

Las dudas, sí, las dudas burbujearon en su estómago, señor, sin que ninguna de ellas fuese tan osada como para salir a la luz. Aquella era, a todas luces, una situación anómala en la rutina a la que ya se había acostumbrado. Debía tratarse de un encargo de un valor excepcional si requería que el maestro viajase tan lejos con el único cometido de ir a buscar el manuscrito. Y los clientes, también, debían tener unos requisitos excepcionales que los empujaban a confiar en el señor Advent y solo en el señor Advent, habiendo en Suffolk tantos encuadernadores de talento.

—Continúe trabajando en los encargos que tenemos entre manos —le ordenó John Advent, tendiéndole la llave del obrador—. Si los termina, guárdese de entregarlos hasta que llegue yo, y tome nota de cualquier otro encargo que recibamos durante mi ausencia. Deje el *Daemonologie* sobre mi mesa cuando lo termine, como acordamos, y no olvide que las normas de la casa son de obligado cumplimiento, esté yo para ser testigo o no.

Las instrucciones fueron escuetas, y las despedidas, desnudas de cualquier sentimiento. Cuando el señor Advent se fue, lo hizo con las llaves de la biblioteca todavía colgándole del cuello.

IV

Mi señor, hay dos tipos de personas en el mundo, las que pertenecen a él y las que no. ¿Es osado que suponga que usted creía pertenecer a la segunda clase, como yo? Los bordes del mundo; el umbral de la puerta o la esquina de la ventana a través de los cuales podemos observar a los otros. Es un arte, como todo lo demás. Es posible perfeccionarlo hasta que la distancia entre el mundo y uno mismo ya no molesta; hasta que protege, en cierto modo, facilitando ese estudio cuidadoso y benigno de la raza humana. Usted me dijo una vez que ahí radicaba también su amor por los libros, que en los textos y en las historias podía tomarse todo el tiempo que quisiese para comprender, que era usted un aprendiz lento, sí, pero que al final aprendía.

Algo cambió con la ausencia de John Advent. No es que existan individuos que no pertenezcan al mundo, sino que existen individuos que no pertenecen a las personas. Medio salvajes, un pie en los sueños y otro en la realidad; estudiando a los demás para tratar de comprenderlos, casi como si Dios los acabase de depositar sobre la Tierra. Todo esto usted me lo contó, y por un instante pensé si no podría usted leerme el pensamiento, pues yo misma había jugado con teorías similares sin atreverme a convertirlas en palabras. No son buenos tiempos, señor, para sentir que no hay un agujero con tu forma exacta en el mundo.

Mas, como dije, algo cambió con la ausencia de su maestro. Los síntomas de su enfermedad palidecieron, haciéndose cada vez más tenues, hasta desaparecer. A esta mejora de su condición la acompañó un abandono, también, de los nervios y la inquietud que usted a menudo sufría. Cuando le pregunté, no fue capaz de decirme cuál de las dos desapariciones fue la primera: la de la inquietud o la de la enfermedad.

Terminó la lectura del *Daemonologie,* y la marca en el Nuevo Testamento no volvió a moverse; los postigos permanecían cerrados según lo estipulado, y ninguna puerta amaneció entreabierta. Incluso afuera, en la calle, el aguanieve comenzaba a confundirse con los

pétalos de los cerezos.

¿Sabía usted que fue Enrique viii quien trajo los cerezos a Inglaterra? Los pétalos blancos que cubren las calles de Southwark son la marca de un rey. Puede haber marcas peores, mi señor; no preciso leer el *Daemonologie* del rey Jacobo para estar segura de ello.

Dígame, cuando le preguntó al señor Advent si creía en las brujas, ¿temía usted que tuviese fe en el mal, y que este pudiese caminar por estas calles, entre nosotros?

Aquella novedad en su situación me alegró. No considero que este sea un pecado tan grande, tan reseñable, en la historia del mundo. Con la ausencia de John Advent usted comenzó a venir cada vez más al George and Dragon; no solo para comer, como si la suya fuese una deuda de nunca acabar, sino también para conversar con Robert Luffkin, Ambrose Bird y el resto de los hombres. Y conmigo. ¿Ansiaba usted, señor, la regularidad de semejantes encuentros tanto como yo? Por favor, no interprete mi respuesta como un acto de vanidad si le digo que creo que sí.

La ausencia de la enfermedad no fue el único cambio en usted. Se movía con más energía, como si su espíritu al fin hubiese encontrado un buen cuerpo que habitar. Nuestras conversaciones se volvieron más familiares, hasta que ya no pude comprender que una vez hubiese existido un momento en el que usted y yo apenas nos dirigíamos un par de palabras amables.

En una ocasión, la suerte del señor Luffkin tomó un rumbo más amable; encontró la inspiración o una musa, eso yo no lo sé, pero lo celebró invitando a «su familia del George and Dragon» (palabras suyas, mi señor, no mías) a ver una representación de las obras de William Shakespeare.

Macbeth. El poder de las voces de los actores me conmovió desde la primera sílaba; olvidé que estábamos en un teatro, de pie, no muy lejos de casa, y que debía estirar el cuello para poder ver el escenario sin las interferencias del resto de cuerpos junto a mí (olvidé también todos aquellos cuerpos, señor, excepto el suyo). Olvidé que Lady Macbeth, Lady Macduff y Hécate eran hombres; olvidé que el oro no era oro, sino madera pintada. Olvidé la realidad, el calor causado por la multitud y el dolor que sentía en los pies; lo olvidé todo excepto

una única cosa: el deseo de haber nacido en otra cuna, o el deseo más sacrílego aún de haber nacido de otra condición, para así ser capaz de leer los manuscritos con los que el señor Advent y usted trabajan y poder escapar a otras vidas sin necesidad de asistir al teatro.

Al terminar la representación y salir a la calle, con los ojos todavía luchando por acostumbrarse a tanta claridad, no pude evitar hablar de lo que había visto, y me dio la sensación de que usted me escuchaba con atención, como hace ahora, como si lo que yo tuviese que decirle fuese algo valioso y excepcional.

Más tarde, en un momento de privacidad robada, me mentó por primera vez a las brujas. Las que caminaban entre nosotros, vistiendo las pieles de cualquier otra mujer, de modo que sus marcas malignas quedasen ocultas para los demás. Me habló del rey Jacobo y de cómo no solo le había encargado a William Shakespeare la escritura de *Macbeth*, sino cómo él mismo había escrito un libro sobre las hechiceras del reino. Me contó todo lo que usted sabía y yo lo escuché muy quieta, pues sus palabras se me antojaban valiosas y excepcionales.

Por supuesto, había oído hablar de brujería antes, pero el poder del testimonio de un hombre de intelecto como usted me pareció más fuerte que los rumores que nos llegan a la taberna.

—¿Fueron colgadas las brujas de Bury St Edmunds? —le pregunté, pero usted no supo responderme.

Robert Luffkin no había recibido más noticias al respecto, tampoco.

—Un juicio es un proceso largo —acordó usted.

No debe ser una tarea tan sencilla, supongo, colgar una soga a un cuello ajeno, esté este salpicado por la culpa o la inocencia.

V

La madrugada de mi mayor alegría fue, también, la madrugada de su maldición. No me juzgue, mi señor, por no lograr arrepentirme de aquella noche, pues haciendo juicio de mi propia conciencia no logro encontrar un solo tropiezo, una sola falta que se nos pueda reprochar, excepto la juventud. Usted me había resumido, en la medida en la que se lo permitía la memoria, algunas obras más del señor Shakespeare: *El mercader de Venecia, Romeo y Julieta, Hamlet.* Le brillaban los ojos y las mejillas, espolvoreadas de rojo, pues la suerte de Robert Luffkin había crecido de un modo excepcional y la cerveza ya les salpicaba la mesa.

A pesar de no sentir arrepentimiento, por favor, no espere de mí que le dé detalles sobre aquella velada, pues soy, ante todo, una mujer temerosa de Dios cuya dignidad jamás ha sido manchada. Ningún pecado se interpuso entre nosotros, pues ni las conversaciones inocentes ni la risa son desagradables a los ojos del Señor.

Cuando salí al patio a depositar las botellas vacías, usted me siguió. Corrió tras de mí, y el eco de nuestras carcajadas casi ahogó los demás ruidos del mundo. Me tomó de la mano, como el primer día, al presentarnos. Aunque esa fue la totalidad del contacto entre nuestras pieles, sentí que su tacto, tan cálido, era de algún modo distinto al que había notado aquella vez primera.

—Me gusta oírla cantar —me dijo.

Hacía frío y salía vaho de su boca. La enormidad de mis propios sentimientos me abrumaba. Le confesé que la primera vez que lo vi había maldecido mi suerte, pues no hay muchos hombres de mi edad que vengan asiduamente al George and Dragon y, conociendo al señor Advent como creía hacerlo, pensé que intentaría esconderlo a usted.

Aquello le hizo reír.

—¿Esconderme? ¿Por qué?

No fui capaz de darle una respuesta apropiada ni razonable. Seguía turbada por la intimidad inesperada del momento, aunque la puerta de la taberna estaba abierta y no nos encontrábamos solos, realmente; mis pensamientos no lograban alejarse de una sola imagen: lo pequeña

y oscura que parecía mi mano dentro de la suya, como un gorrioncito en su nido.

Mas, por supuesto, la maldición. No me olvido de ella. Llegó descalza y de puntillas, un vagabundo llamando a la puerta con los nudillos y pidiendo sustento.

Usted regresó a la casa del señor Advent poco después de nuestra conversación. Quizá su juicio estuviese aún algo nublado por el alcohol, pero el miedo de que el maestro regresase para descubrir que usted había decidido romper las normas acordadas en su ausencia seguía ganando la partida. Cerró puertas y ventanas con esmero, y enseguida fue al catre al abrazo del sueño profundo y reparador que lo hacía olvidar todo.

Se despertó con el sonido de una voz que cantaba. Por un instante, un pie ya tanteando sobre las tablillas de madera y el otro todavía en el sueño, el terror y el arrepentimiento lo hicieron estremecer. El tamaño de un posible pecado se le antojaba monstruoso e inexcusable.

Al ponerse en pie y frotarse los ojos, antes incluso de que la mirada se le hubiese habituado a la mañana, reparó en dos cosas: la primera, que el timbre de aquella voz no se le hacía familiar, con el pequeño alivio que eso suponía; la segunda, que los postigos de su ventana estaban abiertos, y chorros y chorros de una luz dorada bañaban los muebles de la habitación.

Cerró los postigos de nuevo. La violencia de sus actos, tan poco calculada, hizo que se cortase con la argolla metálica. El sabor de la sangre en sus labios, al tratar de detener la hemorragia, tenía el mismo deje dulzón e inescapable del cuero de los libros.

—¿Quién va? —preguntó usted, apoyándose en el pasamanos al bajar las escaleras.

Con cada escalón que descendía, la voz desconocida se tornaba más fuerte, más corpórea, hasta que fue capaz de darle forma a las palabras que cantaba.

Doncellas con delantales blancos;
doblan las campanas de St Catherine's.
Naranjas y limones;
doblan las campanas de St Clement's.

Una canción de cuna, como las que su madre le había cantado a usted también en la niñez. Los postigos de todas las ventanas del piso inferior estaban abiertos, y ante la luz cegadora del amanecer la casa parecía otra; las imperfecciones de la madera resultaban visibles por vez primera, las alfombras se desplegaban deshilachadas y anticuadas ante usted, y los mismos colores, ante la ausencia de las penumbras y de las llamas de las velas, se revelaban brillantes e imposibles.

¿Cuándo me pagará?
Doblan las campanas de Old Bailey.

—¿Quién va? —repitió usted, caminando en dirección de aquella nana, cerrando puertas y ventanas a su paso.

El obrador. Al entrar, los ecos de la canción, ya altísimos, ya zumbándole en los oídos, se topó con que todo permanecía exactamente en el mismo lugar en el que usted lo había dejado. El *Daemonologie* del rey Jacobo, sobre la mesa del señor Advent; los instrumentos para el trabajo, en el escritorio frente a la ventana (que usted cerró también, luchando contra los temblores que le agitaban las manos); los manuscritos de los encargos perfectamente apilados en la misma montaña de papel de siempre.

Os pagaré cuando sea rico;
doblan las campanas de Fleetditch.
¿Cuándo será eso?
Doblan las campanas de Stepney.

Se giró, el miedo apretándole las entrañas. Aunque fuese imposible, aunque no hubiese explicación humana, la puerta que conducía a la biblioteca estaba entreabierta, un hilillo de luz blanquecina desangrándose sobre las tablillas de madera.

—¿Señor Advent? —clamó, a pesar de él jamás habría roto su férrea disciplina, a pesar de que la voz, femenina a todas luces, no podía pertenecerle.

Una colección desesperante de jadeos. Se abrió paso extendiendo la mano, casi esperando que alguien se la tomase al avanzar. En la biblioteca, en mitad de una claridad dolorosa, se encontraba una mujer joven. Apoyada en el escritorio, tenía los cabellos blancos, cenicientos, cayendo lacios y sin vida sobre una piel del color de la leche agria; sus vestimentas, sencillas, eran también blancas, casi como si toda ella estuviese hecha de la misma luz que entraba a raudales a través de la ventana.

—¿Quién es usted? —le preguntó.

La muchacha se humedeció los labios, que al punto enrojecieron.

—*Le pagaré cuando sea viejo; doblan las campanas de St Paul's.*

—¡Le he hecho una pregunta!

Una sonrisa, o lo opuesto a esta. La mujer, con pasos descalzos, de seda, comenzó a acercársele.

—Nuestros nombres han sido perdidos en la historia —dijo—. Gritamos, pero no nos oyen. Lloramos, pero nadie nos seca las lágrimas.

Con cada paso que ella daba, usted retrocedía, serpenteando entre las estanterías y las columnas de libros polvorientas.

—Nos llaman Dalila, Lilith, Salomé, pero no son nombres a los que respondamos. —Sus susurros se confundían con el ulular del viento; usted ya sentía el calorcito que emanaba su cuerpo, la caricia

templada de su aliento—. Esperamos. Sufrimos. De tener hijos, nuestros pechos, secos, carecerían de la leche para amamantarlos. Tenemos la garganta en carne viva.

Dos pasos más de usted. Tres de ella. El calor de aquel amanecer, unido a los restos del delirio del alcohol, lo mareaba.

—¿Quién es usted? —repitió, una pregunta más débil, más frágil.

—Inquieta vive la cabeza que lleva una corona.

Un último paso atrás que le hizo chocar contra la repisa de la ventana. Apretó los párpados hasta hacerse daño.

—¡Respóndame, Satanás!

Olor a violetas y margaritas. Nomeolvides. Claveles. ¿Conoce usted los nombres de todas las flores?

Una mano depositándose en la suya, entregándole un paquetito de una textura rugosa que reconoció enseguida.

—Bruja.

Una única palabra, goteando veneno como la miel. Usted contuvo el aliento. Con la mano que tenía libre, cerró los postigos de la ventana a sus espaldas. Aguardó, al abrigo de la oscuridad, a que el calor desapareciese y a que el aroma de las flores se extinguiese.

Abrió los ojos. Con lentitud primero, luego a parpadeos rápidos. No pudo reconocer en ninguna de las tinieblas ante usted una sombra familiar. Encendió una vela (en una casa en la que abundan las sombras, nunca faltan las velas).

Estaba usted solo en la biblioteca, rodeado de los mismos volúmenes, algunos nuevos e impolutos, otros maltratados por el uso, con un manuscrito pequeño y delgado en su puño izquierdo. Lo alzó, acercándolo a la llama. Las letras, escritas por una mano impaciente, eran pequeñas y rizadas; las palabras se juntaban las unas a las otras como las cuentas de un rosario, pero usted no tuvo problema en descifrarlas.

Avis Crowfoot, último testimonio.
Bury St Edmunds, 1645.

El testimonio último de Avis Crowfoot

I

Bury St Edmunds, 1645.

Todavía no han dado las tres. Esta noche, más que ninguna otra, he de luchar por mantenerme despierta. Pedir absolución al Señor. Contar mis bendiciones hasta ahora. Hacer recuento, también, de todos los pasos que he ido dando, uno detrás de otro, y que me han conducido hasta aquí.

Es agosto y el sol debería estar calentándome la piel, o dorándome los pelillos del muslo. Es agosto y debería estar vistiendo otra piel, viviendo otra vida; una pequeña familia, cantando *Naranjas y limones* mientras atardece. En su lugar, la gotera fría de la cárcel; el olor al que creí que me acostumbraría pero no lo hice, a pesar de las eternas semanas y meses que caen sobre mis hombros; el viento que a veces se cuela cálido entre las rejas, trayendo consigo recuerdos de flores. Es agosto y tengo veintidós años.

Este siempre iba a ser el final. No había ningún otro final reservado para nosotros, ninguna trampa o triquiñuela que nos concediese la salvación. San Jorge jamás daría muerte al dragón. El caballero jamás rescataría a la doncella. Este iba a ser siempre el final. Aun así, en la antesala de la muerte, ahora que no llevo nada atado a mi nombre, excepto la vergüenza y la culpa, no puedo evitar desear quedarme en este mundo un ratito más, en esta vida precisa, aunque el dolor me ahogue y me oprima.

Es agosto y llevo en la manga mugrienta de la camisa a mis muertos, como los católicos que se refugian en el consejo de sus santos. Ahora que ya no puedo cometer pecados más grandes, puedo pensar sin reproches, por un momento sacrílego, que me gustaría ser como ellos. Un santo para cada día del año. Un santo que pronunciase el veredicto y el castigo; otro santo para tenderme las vestimentas que se convertirán en mi mortaja; un último santo para colocarme la soga al cuello. Prefiero temer a los santos que a los hombres.

Empezó con una muerte. El principio y el fin de nuestras pequeñas vidas, envueltos en el incienso de la muerte. No habrá funerales para nosotros, mas no importa, pues tampoco habrá dolientes que nos lloren. La nuestra será una pérdida diminuta, una mancha casi invisible en las páginas de la historia.

Las campanas de la iglesia de San Nicolás doblaron para anunciar el fallecimiento de nuestra madre, el verano de mis dieciséis años. El incienso lo impregnó todo el día que le dimos sepultura, una nube oscura (casi plateada, cuando la luz era amable) que prometía asfixiar, casi enterrar el dolor. Para ciertos funerales, pero no para este, el incienso era necesario para ocultar el olor inequívoco de la enfermedad, el jinete más cruel de todos.

Ese, sin embargo, no era el destino reservado para nosotros. Los puritanos decían —y traté, sí, puedo afirmar que nunca traté algo con tanto ahínco como creer en aquellas palabras— que las riquezas en la Tierra eran la señal acertada: éramos aquellos a quienes habían salvado, los favoritos del Señor. Incluso cuando la muerte nos tocaba, cuando sus flechas nos traspasaban el corazón, la enfermedad no lograba ni mordisquearnos la piel. Había peste en Inglaterra, pero nuestras bocas jamás la catarían; las nuestras serían tan solo unas pequeñas tragedias, el incienso como velo de nuestra tristeza y nada más.

En la penumbra de la iglesia, mi prima casi parecía emerger de ese mismo incienso. Cecily. Ce-ci-ly. Incluso su nombre tenía todas las marcas de una oración que se susurra apresuradamente, buscando una absolución rápida y desesperada; traía consigo recuerdos de tormentas y del ulular del viento. Cecily. Cuando pronunciaba su nombre con la suficiente celeridad, los sonidos que salían de mi boca eran todos agudos y sibilantes. Un animal llamando a otro animal.

—Hoy pierdes a una madre, pero ganas a una hermana —me dijo, abrazándome.

Incluso bajo el velo de encaje negro pude discernir lo verdes que eran sus ojos, sin mezcla alguna con el marrón.

Thomas y yo conocíamos a nuestros primos, por supuesto, y no ignorábamos que, de no haber sido por nuestro tío John, mamá no habría podido hacerse cargo de las tierras y de los campesinos que trabajaban en ellas a la muerte de nuestro padre.

Pero aquella era la primera vez, al menos desde la infancia, que estaba tan cerca de Cecily Darcy, piel con piel, sintiendo el calorcito tan agradable que emanaba su cuerpo, todo líneas rectas y elegantes.

—Tu madre era muy buena —prosiguió—, y su pérdida me rompe el corazón.

Me besó en la mejilla. A pesar de la tela que se interponía entre nosotras, fui muy consciente del tacto de aquellos labios, de lo fríos que me parecieron en contraste con mi propia carne fervorosa.

Las palabras de mi prima eran rígidas, un credo aprendido con sangre y repeticiones, pero aquel beso no lo fue.

Tuve la oportunidad de reparar una vez más en sus facciones antes de que ella se volviese hacia mi hermano, que aún temblaba y lloraba, los hombros descarnados arqueándose bajo el peso de un dolor tan profundo antes de haber cumplido siquiera los trece años.

Aunque Cecily era siete meses mayor que yo, y más alta, su figura todavía resultaba casi infantil, seca, sin los trazos redondeados que trae consigo la madurez femenina. Todo en sus manos finas, en la nariz recta y en la boca pequeña, de labios delgados, apuntaban a una juventud casi reprochable.

Al separarse mi prima se acercó a mí su hermano John, seis años mayor que nosotras, y a quien no había visto desde que tenía nuestra edad aproximada. Sus llegadas, tal y como las recordaba, venían precedidas por el sonido metálico de las botas, y un olor que me resultaba, a un tiempo, familiar y foráneo, y que solo podía comparar con la lavanda. A pesar de su abrazo y de sus palabras amables, sentí el mismo abotargamiento que me invadía en presencia de los hombres de cierta edad.

Rozando los diecisiete años ya era muy consciente del poder que otorgaba, o quitaba, el aspecto físico de una mujer. Mis facciones eran afiladas, resaltando la nariz prominente y las mejillas hundidas, que me daban el aspecto de un halcón, o de una criatura hambrienta y extraña; el pelo pajizo, frágil a pesar de los cuidados a los que me

sometía mi madre, inspiraba una decadencia similar, y en los ojos oscuros y saltones no había nada especial que pudiese ser encontrado por un interlocutor amable, solo oscuridad. Incluso el cuerpo se me había quedado a medias, todavía conservando las redondeces de la niñez, incapaz de alcanzar las formas deseables de la edad adulta. Cuando los hombres me miraban no parecían identificarme como a un ser totalmente humano, sino como a un obstáculo que sortear enseguida, una parada inevitable en el camino en la que no debían entrenarse mucho, a riesgo de que otros hombres confundiesen la cortesía con el cortejo.

Incluso John Darcy, que parecía todo hecho de luz y verano, que recordaba el aguijón de la muerte de su propia madre y que en los días venideros me daría todo tipo de consejos útiles para convivir con ese dolor ineludible, no era inmune a esa reacción primaria. Me abrazó y me consoló, sí, pero de una manera torpe y casi mecánica, como si no supiera muy bien qué hacer conmigo, y creo que pude leer el alivio en su rostro simpático cuando se dio cuenta de que yo tampoco pretendía alargar aquel momento.

Con mi hermano Thomas fue un santo y un caballero. Lo observó de la manera en la que los hombres experimentados pueden descubrir todo lo necesario de una persona con tan solo un par de miradas rápidas. No sé por qué, en mitad del duelo, me sorprendí envidiando ese momento casi mágico, el hecho de que otra persona pudiese reconocerte como un igual con un simple vistazo, que pudiesen darte la bienvenida a una sociedad que me resultaba inaccesible.

Quería ser tratada como se tratan los hombres entre sí, sin necesidad de cálculos imposibles, sin cumplir un papel que me otorgase seguridad, aunque no respeto, durante el resto de mi vida. Quería poder actuar sin que cada movimiento estuviese ligado a mi porvenir, y este pensamiento furtivo, cuando mi cerebro debería haber estado ocupado únicamente por el dolor de la pérdida, me causó una culpa infinita.

Habría podido destinar más fuerzas a ese sentimiento lacerante, pero unos dedos fríos se entrelazaron en los míos. Al levantar la vista vi a Cecily a mi lado, la vista volcada no en mí sino en la luz escasa que entraba a través de la ventana. Era mía, pensé. Mía, mía, mía. Me

había escogido sin ni siquiera conocerme, sin haber escuchado mi voz en años. Era mía y yo era suya.

II

Tras mudarnos a Hintlesham Hall no tardé en descubrir que nuestro duelo no era el motivo principal por el que mi tío, un hombre de razón que no solía permitir que los sentimientos profundos le nublasen el juicio, nos había acogido. La pérdida de nuestra madre, el hecho ineludible de que quedaríamos desprovistos sin su ayuda, solo constituía un motivo secundario que explicaba nuestra presencia en la casa solariega. La razón de ser de su misericordia era yo o, más precisamente, la influencia que esperaba que yo tuviese en su hija.

No precisé de muchos días para reconocer que Cecily Darcy y yo estábamos hechas de las mismas materias primarias, moldeadas a partir del mismo lodo, obteniendo resultados completamente distintos para ojos inexpertos. Cuando la sorprendía en sus quehaceres, me sentía como una niña observando a otra niña, o como una criatura observando a otra criatura, tratando de hacer coincidir las líneas de las manos hasta que estas dibujasen un mapa.

—Una joven precisa de una madre.

Así fue como me lo explicó el tío, y casi me alegré de que pudiese pisotear mi dolor, de que este no se interpusiese en el camino de una conversación útil. Puesto que nada podía arrancarme de la tristeza de la pérdida, agradecí su terquedad a la hora de no tratar de ocultarla, de esconderla, como si nada significativo hubiese pasado.

—Era de la opinión —prosiguió— de que el consejo de las mejores institutrices y la compañía de doncellas bien educadas podrían, de algún modo, compensar la falta de la figura materna. Ahora veo que me equivocaba. Sin quererlo, he criado a dos hijos; no he hecho las distinciones necesarias, por naturaleza, entre John y Cecily. Creo que solo el calor familiar podría ablandar los errores cometidos.

Tenía los ojos oscuros, como los míos, como los de mi madre, con la particularidad de que los suyos, bajo el influjo de la luz que entraba a raudales por la ventana, adoptaban un cariz rojizo y casi amable que contrastaba con la severidad de sus palabras. El iris de sus ojos no era un agujero profundo y negro, como el mío; en el iris de mi tío podían leerse muchas cosas, si uno prestaba la atención necesaria.

Continuó hablándome de mi madre, de su santidad, de todas aquellas cosas que admiraba en ella y que yo había intentado, con tanta desesperación, emular. Su bondad y su paciencia, su habla sosegada y su saber estar, el cariño y el afecto que parecían emanar de ella, su talento a la hora de escuchar a los demás. Estos rasgos, que yo también había identificado como deseables y admirables, él afirmaba poder verlos en mí. Al estudiarme tan detenidamente no había reparado en la verdadera esencia de mi ser, sino en mis intenciones. ¿Y no era eso lo que importaba, al fin y al cabo? Para un hombre como él, ¿qué valor podía tener el interior de una persona, que solo era visible ante Dios, frente a las apariencias de una vida ordenada?

Ahora sé que no le importaban las cualidades de mi alma, al igual que tampoco le importaban las cualidades del alma de su hija. Los asuntos espirituales no lo perturbaban, pues él era todo terrenal. Sus esperanzas no residían en que Cecily fuese buena como mi madre, sino en que supiese comportarse, como lo hacía yo.

—Puesto que vuestras heridas son parejas, confío en que podáis ayudaros la una a la otra, como buenas hermanas —resumió.

Por un instante febril pensé que su juicio había sido inexacto; que no dudaba del dolor que la ausencia de su madre, muerta durante el parto, podía haberle causado a Cecily, pero que no podía compararlo con el hecho de que a mí me hubiesen arrancado a mi madre tras casi diecisiete años a mi lado, cuando más la necesitaba. Aunque me hubiese atrevido a compartir una opinión que nadie apreciaría, o aunque no me hubiese invadido de inmediato aquella culpa lacerante, no habría importado; tras comunicarme sus planes y sus intenciones, mi tío ya había acabado conmigo, y ya observaba la sala en la que nos encontrábamos como si pudiese ver a través de mí, como si yo fuese humo y me disipase.

Mi madre, que no acostumbraba a hablar de las personas que no estaban presentes, había dicho en más de una ocasión que habría sido mejor para Cecily si hubiese nacido varón. Tardé bastante en darme cuenta de a qué se refería, y cuando finalmente lo hice ya era demasiado tarde.

Desde que tenía memoria había sentido que no pertenecía a la misma especie que el resto de mujeres, y esta revelación me inundaba de miedo. Era algo aparte, algo distinto, algo oscuro y mal formado, más animal que persona. No sabía actuar de la manera en la que las otras mujeres, tanto las hermosas como las poco agraciadas, lo hacían de manera natural, con un encanto elusivo que yo era incapaz de comprender, y mucho menos de emular. Era demasiado sensata, demasiado práctica, sin pasiones que pudiesen dictar mi comportamiento. Constantemente, me torturaba la impresión de ocupar un espacio que no debía, de perturbar la normalidad con mi presencia.

Puesto que no podía leer ninguna de estas cosas en mi prima, que sabía sonreír de la manera precisa a los hombres, toda ella santa y encantadora, no lograba comprender el significado de las palabras de mi madre.

Las diferencias (pequeñas primero, ineludibles después) las fui descubriendo poco a poco, siendo la mayor de ellas física. Aunque ya tenía diecisiete años, todavía no había madurado completamente como mujer, algo que me confesó de manera airosa, como si no tuviese importancia alguna, mientras nos bañábamos.

—¿Es la sangre que mana de nuestro interior como la sangre que brota al cortarte el dedo? —me preguntó, los ojos verdes fijos en los míos.

Noté físicamente cómo enrojecía ante la mención de aquel tema tan íntimo, tan vergonzoso, que todas habíamos aprendido a mantener oculto por el bien de nuestra propia dignidad.

—¿No deberías saberlo?

—¿Cómo?

La franqueza de aquella pregunta me abofeteó.

—Si hay algo que conocemos bien las mujeres es la sangre.

—Yo no. Todavía no.

No logré identificar como culpable al rubor ocasionado por aquella conversación o a los vapores causados por el agua caliente, pero me empecé a sentir débil y temblorosa. Aun así, por algún motivo que desconocía, se mantenía fuerte dentro de mí la necesidad de continuar hablando con mi prima, de quedarme tan cerca de ella.

—Eres siete meses mayor que yo.

—Pero tú has sido una mujer durante más tiempo —repuso, salpicándome—. ¿La sangre? ¿Es igual?

—No —tuve que admitir.

Alzó las cejas. Con los rizos oscuros cayéndole mojados por la espalda, y con las mejillas sonrosadas bajo el calor, fui perfectamente consciente de lo joven que parecía, en contraste con aquella mirada retadora de la que no podía despegar los ojos.

—¿No?

—Es distinta.

—¿Cómo?

—No es cortés hablar de estos asuntos.

—¿Por qué? Los hombres hablan de ello constantemente.

Fue mi turno de arquear una ceja. Los labios de Cecily, también, temblaban hasta formar una pequeña sonrisa afilada que no fui capaz de interpretar.

—¿Acaso no tienen la boca siempre llena de sangre? —prosiguió—. ¿No hablan de guerras y conquistas?

—Sabes que no es lo mismo —susurré—. Su naturaleza es…

Una risa cantarina me interrumpió. Antes de levantarse, Cecily me salpicó de nuevo.

—Ya lo sé, tonta —dijo, y bajó los párpados antes de agregar—: ¿Me tienes miedo?

—¿Por qué iba a tenerte miedo? —repliqué.

«Miedo» no habría sido, bajo ninguna circunstancia, la palabra precisa para describir los sentimientos que Cecily despertaba en mí. Mi cuerpo estaba en constante tensión en su presencia, sí, pero había otra parte de mí que se ablandaba sin remedio, víctima de la suave

atracción que mi prima desprendía.

—Las institutrices me temen, aunque no quieran aceptarlo, y las doncellas también. Hablan de mí, ¿sabes? Tengo un oído exquisito. Dicen que soy salvaje, que Dios las perdone pero que parece que he sido engendrada por el diablo, que compadecen a la pobre alma a la que engatuse para casarse conmigo.

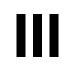
Tragué saliva. Me invadió una emoción húmeda y pegajosa de la que no podía desprenderme, una especie de dolor compartido unido a algo parecido a la pena. Resentía a aquellas mujeres, sí, las resentía por hablar de una niña en esos términos. Otra parte de mí, la que temía constantemente despertar ese tipo de sospechas en los demás, se sentía más atraída hacía Cecily que nunca, llena del poder que confiere el reconocer las partes más secretas de uno en otra persona.

—Creo que esos juicios las delatan más a ellas que a ti —logré decir, aún mareada y temblorosa—. ¿No está escrito en la Biblia que quien a hierro mata, a hierro muere? De todas maneras, no soy una institutriz ni una doncella.

Cecily sonrió, ahora ampliamente, y descubrí que un par de hoyuelos gemelos crecían en sus mejillas cuando lo hacía.

—Es cierto. Eres sangre de mi sangre, ¿no?

Colocó su mano junto a la mía. Ambas arrugadas y húmedas, teñidas del leve naranja de las velas, no cabía duda alguna: su carne y la mía estaban hechas de la misma materia.


III

Aquella noche, después de que nos secasen y nos vistiesen, de nuevo en la intimidad de la alcoba que compartíamos, proseguimos con la conversación como si nada la hubiese interrumpido.

—¿Sabes que esa sangre de la que te avergüenzas es el motivo por el cual no tengo un anillo en el dedo? —dijo mientras me peinaba.

Observé su figura en el espejo. De pie, tan esbelta, uno de mis mechones cenicientos rizándose en torno a su dedo pálido.

—Uno de los motivos, al menos —se corrigió, tomando mi mirada como una pregunta—. Papá opina que soy demasiado joven para casarme, obviando el hecho de que una promesa y el cumplimiento de esta son asuntos distintos.

Me contó que estaba apalabrada con un muchacho de Hintlesham, un amigo de la escuela de John al que conocía «desde que éramos niños». La sangre, la posición social, la salud y la edad eran los correctos y, aunque Cecily no ansiaba casarse todavía, sí se habría sentido «más segura con un anillo en el dedo». Aunque no supo explicar muy bien por qué, yo comprendía perfectamente el motivo de aquel deseo; no eran pocas las noches en las que me angustiaba por el rechazo y el temor instantáneos que me producían los hombres puesto que, ya que no contaba con la carta del atractivo, y ahora que mi única dote estaba ligada a mi tío, ¿qué suerte podría depararme con los años, cuando la ventana del matrimonio, que ahora me parecía lejana, se me fuese cerrando?

No compartí estos miedos con Cecily de inmediato. De algún modo, sin embargo, tuve la seguridad de que mi prima los conocía muy bien, que era capaz de encontrar un agujero en mi cuerpo a través del cual leer toda la esencia de mi ser.

—Mi condición física preocupa a la madre de Richard Andrewes —dijo Cecily, mientras procedía al trenzado de mi melena.

No sé por qué, ese gesto íntimo y delicado me tomó desprevenida, e hizo que crispase la espalda. Me sorprendía ese reconocimiento, que Cecily me viese como a una igual, que no le preocupasen ni se impacientase ante los nudos que se me formaban en el cabello.

—Menuda tragedia, piensa —continuó, y no detecté un ápice de acritud en su voz—. Tanta belleza, pero ¿y los hijos? ¿Podrá tenerlos algún día? ¿Qué valor podría tener su dote si enterrara nuestro noble apellido con ella?

Contuve la respiración. La mano de Cecily, al rozarme la nuca para tomar un nuevo mechón de pelo, se me antojó cálida y llena de vida.

—¿Se ha atrevido a formar un juicio tan severo? —le pregunté.

—No necesita hacerlo con palabras. Sé leer bien a las personas, prima. A veces creo que puedo meterme dentro de sus cabezas y nadar en ellas.

Rio. Esta risa fue corta, cantarina, como la de una niña pequeña a la que descubres en mitad de una travesura.

—No permitas que la angustia se apodere de ti, pues no podría hacerlo contigo. Aunque quisiera, que quiero…, eres un misterio para mí. —Me pasó la trenza que acababa de hacer por encima del hombro —. Eres la persona más interesante que conozco.

—Sospecho, pues, que no has conocido a muchas personas interesantes.

No respondió verbalmente a aquello, por lo menos en un principio. Se limitó a tirarse de espaldas sobre la cama, los pies sacudiéndose en el aire.

—¿Me temes? —insistió.

Me volví hacia ella. A pesar de su comportamiento, mi respuesta, esta vez, fue más firme y honesta que la anterior.

—Ni un ápice —le dije—, y esto no cambiará aunque me lo preguntes cien veces más.

Arqueó los labios en una sonrisa.

—¿Lo prometes?

—Lo juro.

Estrechó los ojos. Cuando lo hacía, el verde parecía tornarse más intenso, un fuego de distinto color.

—No has de jurar. ¿Acaso dejas que tu mente vague cuando estás en misa?

Di un paso hacia ella, inclinándome en pos de no romper el contacto visual que ella había iniciado.

—No has de jurar en vano —la corregí—. Y sé que no digo

falsedad alguna cuando aseguro que no te temeré jamás. Y si esta certeza te apacigua, tal vez al Señor no le parezca un pecado tan grande mi juramento.

Me observó, casi me estudió, en un silencio tan espeso que casi asfixiaba. Nunca cerraba completamente los labios, me pude percatar. Siempre permanecía abierto un huequecito entre el labio superior y el inferior, casi invitando a que se escapase una palabra furtiva y peligrosa.

—Descubras lo que descubras sobre mí —agregó, en voz muy baja, de modo que no fui capaz de detectar una pregunta en aquella aseveración.

Hice un gesto afirmativo con la cabeza.

—¿Qué he de descubrir? Tenemos la misma sangre, tú misma lo has dicho. —Me tumbé en la cama, junto a ella—. Tal vez deberías ser tú la que me temiese.

Me tiró del pelo, con la suficiente fuerza como para que lo notase pero sin llegar a deshacerme la trenza.

—¿Quién dice que no lo hago?

Reí, continuando con la broma, pero al volverme hacia ella y apagar de un soplo la vela, percibí que su rostro se mantenía serio, como si estuviese absolutamente convencida de lo que acababa de decir.

—No creas que peco de vanidad —dijo más tarde, con la voz velada, cuando creí que ya estaba dormida—. No me considero hermosa.

En la penumbra, pude discernir la pequeña joroba en la nariz de mi prima, y la curva suave de las cejas poco pobladas.

—No considero que sea vanidad el llamar a las cosas por su nombre.

Se giró. Cuando lo hizo, el pulgar de su pie izquierdo me rozó el tobillo desnudo.

—Avis Crowfoot, la viva imagen de la razón. ¿Acaso te he engañado a ti también?

Prorrumpí en una carcajada que traté de ahogar con las sábanas, pues no quería que la institutriz nos oyese y nos instase a terminar nuestras oraciones y dormir.

—¿Engañarme?

—No soy hermosa, pero mi mayor talento es convencer a los demás de lo contrario. Cuando amanezca, si te fijas bien, verás que mis facciones son simples. Pero si te comportas de la manera adecuada…

—Tal vez deberías enseñarme a hacer eso —la interrumpí—. Dios sabe que lo necesito.

Se encogió de hombros.

—Es sencillo.

Puesto que no dio pie a continuar con la conversación, y yo ya me había desvelado, creí conveniente preguntarle por Richard Andrewes, el muchacho con el que estaba apalabrada. ¿Era apuesto? ¿Era amable? ¿A qué se dedicaba? Obvié cuestiones relacionadas con los sentimientos de Cecily puesto que, incluso para alguien de su candor, esos asuntos debían resultar irrelevantes. El amor era delicado en la hermosa Verona de las obras del maestro Shakespeare, y una espada de doble filo en cualquier otro lugar. Quizás el amor fuera la recompensa que los pobres obtenían tras tantas penurias, pero para mujeres de nuestra condición no significaba nada. Un hombre comprensivo de porvenir aceptable me parecía, entonces, una perspectiva mucho más amable que los grandes amores de las historias.

Cecily debía ser de mi opinión aproximada, puesto que no detecté ninguna ternura en su descripción. Richard Andrewes, de cabellos dorados y porte elegante. Richard Andrewes que montaba a caballo, aunque no con la misma temeridad que caracterizaba a mi primo John. Richard Andrewes que estudiaba en Cambridge, y creí ver en ese detalle una suerte de cuenta atrás, una expectativa silenciosa de casarse con una mujer una vez que hubiesen terminado esos estudios. Richard Andrewes nacido el día de Pentecostés, apenas unos escasos meses mayor que John, que había nacido en Adviento.

—Son como nosotras, pues —opiné.

Cecily arrugó la nariz. Ya se me habían acostumbrado los ojos a la oscuridad, y ahora era plenamente consciente de todos los pequeños cambios en su rostro.

—¿Qué quieres decir?

—Que nacieron el mismo año, con tan solo unos meses interponiéndose entre ellos.

—Cuántas cosas pueden acontecer en esos meses —dijo, más jocosa que seria, y apretó la mano contra la mía.

En la oscuridad, vagamente bañadas por la luz de la luna, seguían siendo casi idénticas.

IV

A pesar de mis esfuerzos, cada vez mayores y más desesperados, permanecía incapaz de llorar por nuestra madre. Me había esmerado tanto en no hacerlo al principio, guiada sobre todo por un sentimiento de preocupación y responsabilidad hacia Thomas, que ahora que podría haberme valido del alivio del llanto no lograba conjurar ni una sola lágrima. La pena, por otro lado, me acompañaba adonde quiera que fuese. En el jardín, paseando con Cecily; en la iglesia; en la sala, mientras bordábamos; incluso en las pocas ocasiones en las que salíamos a montar. Ese sentimiento pegajoso y cada vez más pesado se me cosía a los pies como una sombra, de modo que ya no podría haber recordado una vida en la que no me hubiese perseguido. Había sufrido la muerte de nuestro padre, por descontado, pero estaba teniendo la oportunidad de notar las diferencias del duelo en la niñez y el duelo en la edad adulta.

Mi madurez me traicionaba donde quiera que fuese.

—Es peor al año —me había dicho el primo John un día, mientras comíamos, casi de pasada—. Después se hace más llevadero.

Por motivos de negocios, viajaba a Londres constantemente (semanas en las que el carácter de Cecily se tornaba irascible y casi caprichoso). Sus visitas a Hintlesham tendían a alargarse cada vez más, y no tardé en descubrir el motivo. Si bien no sabía con exactitud qué hacer conmigo, se había otorgado a sí mismo el papel, por no decir la responsabilidad, de sacar a Thomas del pozo en el que se había hundido.

Antaño un buen estudiante, ahora a mi hermano las lecciones se le antojaban imposibles. Caminaba por los pasillos de Hintlesham Hall como un espectro, como si la vida ocurriese a su alrededor en lugar de acontecerle a él en específico. Por las noches lloraba hasta quedarse dormido (era capaz de escucharlo, aunque a fin de no herir su dignidad jamás le comenté una palabra al respecto), y durante el día mantenía una lucha silenciosa entre su propio dolor y él mismo que se caracterizaba por la punta de la nariz enrojecida y las profundas ojeras del color de la vid.

John utilizaba todo tipo de triquiñuelas y artimañas para alegrarlo y, aunque al principio hubiese dicho que su éxito era solo relativo, con

el paso de los días comencé a percibir cambios significativos en mi hermano. Todo comenzó, en realidad, con los libros.

—Necesito tu ayuda —le dijo en una ocasión, y mi hermano, que holgazaneaba en el diván, crispó la espalda.

Aquellos días, se comportaba como un animal extraño, nocturno, al que se ha arrancado de su hábitat natural y que todavía no se ha acostumbrado al calor del cariño humano.

—¿Mi ayuda?

John sonrió. La suya, por supuesto, era una sonrisa deliciosa. Si bien nunca habría podido encontrar un atractivo especial en él, cuando sonreía todo su ser mutaba, luminoso, y desprendía la misma suave atracción que ya había notado en Cecily tantas veces.

—Bueno, pues claro. No voy a necesitar la ayuda de tu hermana, o de la mía. Necesito a un hombre.

Y el pobre Thomas se irguió, y aun hubo de escudriñar la habitación en la que nos encontrábamos, casi como si le costase comprender que con aquella palabra, «hombre», nuestro primo se estaba refiriendo a él.

—¿Yo?

—Por supuesto. Ven a la biblioteca.

Aunque no nos había extendido la invitación a nosotras, Cecily también se levantó, con el orgullo de un oficial de caballería, y los siguió. Naturalmente, yo hice lo propio. En primer lugar, porque aborrecía la idea de quedarme sola con mis pensamientos; en segundo lugar, porque ya hacía mucho que había caído presa del hechizo de Cecily Darcy, y la hubiese seguido adonde fuera; y, por último, porque la promesa de la biblioteca me resultaba atractiva incluso a mí, que solía tener los pies demasiado en la tierra como para interesarme por romances y aventuras ficticios.

Fue entonces que descubrí más cosas, también, acerca del oficio de mi primo. Sabía que trabajaba en Londres más que en Hintlesham, y que podría haber ido a Cambridge junto a Richard Andrewes, pero que la idea no le había satisfecho. Encuadernaba libros, y siguiendo el ejemplo de aquellos hombres que han nacido con las yemas de los dedos salpicadas de oro, su talento era superior a su ojo para los negocios. Puesto que no precisaba el dinero, se tomaba la libertad de

aceptar únicamente aquellos encargos que lo atraían de una manera especial, descartando todos los demás; por el mismo motivo, supuse, podía permitirse el pasar temporadas cada vez más largas en casa, dejando al frente de su obrador al aprendiz que tenía a su cargo.

—Sujétame estos volúmenes —le pidió a Thomas, que extendió las palmas de las manos para que John pudiese depositar sobre ellas los libros tal cual los vendían, sin la elaborada encuadernación.

Permaneció en aquella posición lo que consideré un rato bastante largo, hasta que le empezaron a temblar los brazos. Casi como si hubiese pasado satisfactoriamente una prueba, John le indicó a continuación que le ayudase a cortar la gran pieza de cuero que tenía ya preparada.

—Recto —le pidió, a lo que luego, una vez que Thomas se puso manos a la obra, agregó—: No, recto, así.

Lo corrigió, todo él una imposible amabilidad, una paciencia infinita. Cuando terminaron, y separó las manos de las muñecas de mi hermano, pude ver que Thomas sonreía. Débilmente, tímidamente, como si cada movimiento precisase de un esfuerzo hercúleo, sí, pero la sonrisa estaba ahí, y eso nadie podía negarlo.

Gradualmente, las visitas a la biblioteca con John se convirtieron en un hábito diario del que todos, sin excepción, éramos partícipes. John era cuidadoso, amable y atento en sus instrucciones a Thomas, que había desarrollado un interés, por no decir un talento, en el arte de la encuadernación que yo jamás me hubiese imaginado. Mi presencia y la de Cecily eran toleradas, si bien no causaban tanto entusiasmo a John como la presencia y los progresos de mi hermano.

Pude darme cuenta de la diferencia en el trato que John nos dispensaba a Cecily y a mí. Me daba la sensación de que, aunque técnicamente era mayor que yo, todavía veía a mi prima como a una niña, y esa niñez casi borraba las diferencias existentes entre la naturaleza masculina y la femenina. A mí, en cambio, se diese cuenta o no, me identificaba inequívocamente como una mujer, y esa realidad lo turbaba. No era que se mostrase frío o distante conmigo, que no lo hacía; simplemente actuaba a la manera de un estudioso al que le presentan un espécimen desconocido que no le despierta interés alguno. No sabía muy bien qué hacer conmigo, en definitiva, y eso le

causaba una terrible confusión.

Una tarde, por ejemplo, en la que pidió que alguien le sujetase un volumen y yo acudí a la llamada, se le estrecharon los ojos debido a la extrañeza. ¿Podría ser posible…? No dijo nada para detenerme, y cuando vio que yo cumplía con la tarea requerida y que lo hacía sin quejarme, sin que pudiese reprocharme una sola cosa, un ligero aire de sorpresa y satisfacción le iluminó el rostro. ¿Pensaba acaso que los huesos de las mujeres son huecos como los de los pájaros? ¿Que mis muñecas se romperían ante aquel peso?

Pensé en la conversación que había tenido con Cecily, en que no existe algo que las mujeres conozcan de una manera tan íntima como la sangre. ¿Y no se espera de nosotras que soportemos no solo el dolor de nuestra condición sino también el del parto? ¿No son nuestros brazos los que sujetan a nuestros hijos? ¿Existen medidas distintas para el peso de un niño y todos los demás pesos del mundo?

Podría haberle dicho todo eso, pero la acusación habría insultado mi propia dignidad, no la suya. Y John, de todos modos, no lo habría comprendido. Y nada habría cambiado, puesto que él no actuaba guiado por el desprecio, sino por la ignorancia. ¿Había tenido antes la oportunidad de considerar a una mujer no como algo bello que observar sino como una persona en pleno derecho?

De modo que no dije nada, ni siquiera cuando Cecily arqueó los labios en una sonrisa que no supe descifrar. Quizá mi silencio tuvo, de alguna manera, sus frutos, puesto que en otra ocasión se me ocurrió preguntarle a John qué propósito tenían las encuadernaciones de los libros. A mi parecer, debían apelar únicamente a la vanidad, puesto que resultaba mucho más cómodo leer los volúmenes tal cual venían, pasando una hoja liviana tras otra.

Mi apelación no pareció haberlo insultado. Se encogió de hombros, los ojos todavía fijos en la pieza de cuero que tenía entre las manos.

—Si posees la fortuna necesaria para cultivar una biblioteca, posees la fortuna necesaria para adornarla también —dijo, simplemente, y luego añadió—: ¿Por qué despreciar la vanidad?

—La vanidad es un pecado —siseó Cecily, sentada en uno de los sillones del fondo, con la labor de costura sobre las piernas.

John casi sonrió ante aquella apreciación.

—Entonces todos somos pecadores —dijo, e inmediatamente se corrigió—. Los Darcy, por lo menos. Me cuesta creer que pueda llegar un día en el que sea lícito acusar de vanidad a los Crowfoot.

—Quizá no de vanidad, pero ciertamente sí de orgullo —repuse yo, sorprendida ante mi propio descaro.

John no detectó nada inusual, ni peligroso, en mi comentario.

—¿No son acaso lo mismo? —preguntó, ante lo que Cecily soltó una carcajada cantarina.

—¿A dónde vaga tu mente cuando estás en misa?

Mi primo rio, también.

—¿A dónde ha de vagar? Ese tipo de asuntos no me conciernen. —Le hizo un gesto a mi hermano—. A ti tampoco deberían concernirte, muchacho. Las mujeres van a misa por piedad, y nosotros por debido cumplimiento.

A Cecily no le gustaba un pelo aquella conversación. Apartó la labor de un manotazo, y utilizó la misma fuerza para ponerse en pie. Tenía los ojos enormes y fervorosos, dos llamaradas ante el rubor que se le extendía por las mejillas.

—¡John! ¿Acaso no temes a Dios?

—Prefiero rendirle cuentas llegado el momento a pasar mis días ocupado en oraciones que parecen deudas de nunca acabar.

Cecily cayó de nuevo sobre el sillón, como atravesada por una flecha invisible. Los iris, más verdes que nunca, se sacudían a ambos lados, casi buscando una explicación. Una arruga delgada y muy larga se le dibujó entre las cejas, en la frente ancha y alta. Me dio tanta pena ver esa marca de angustia en su piel blanquísima que me arrodillé a su lado, tomándola de la mano, y traté de convencerla de que John no creía ninguna de las palabras que había dicho, que tan solo ansiaba burlarse de ella como cualquier otro hermano mayor. ¿No era nuestra fortuna acaso prueba inequívoca del favor que nos rendía el Señor, de lo valiosos que éramos a sus ojos?

No estoy segura de que mis palabras lograsen calmar las preocupaciones de mi prima. John parecía también arrepentirse de aquella conversación, que no de sus opiniones, y enseguida se acercó a nosotras y le dijo:

—¿No ves? ¿Para qué he de entretenerme postrándome ante Dios

cuando mi hermana ya me guarda en todas sus oraciones? ¿No serán más poderosos los rezos que nacen del amor de una hermana que los que nacen del propio temor?

Cecily no respondió a su pregunta. Volcó la mirada en la ventana, dejando que la luz suave de la tarde le acariciase la piel, y después se excusó diciendo que le dolía la cabeza.

Siendo superflua mi presencia sin la suya, y herida yo también por el dolor que había visto en su cara, la seguí.

V

Tras el incidente en la biblioteca pude observar que nada turbaba tanto a John como la sospecha, por ligera que esta fuese, de haber dañado a alguien que le importaba. Guiada por la preocupación o no, Cecily había comenzado a comportarse de una manera más piadosa que nunca. Si antes comía poco, alegando sentir más interés por las conversaciones en torno a la mesa que por los alimentos sobre ella, ahora apenas se llevaba nada a la boca.

—El ayuno santifica —me explicó, y no atendía a razones de que no había ninguna necesidad de todo aquello.

Se arrodillaba constantemente, alargando los rezos cada vez más, hasta que nuestros días giraron en torno a aquellas repeticiones, a aquellos versos hermosos que, a base de tanto pronunciarlos, acabaron desnudos de significado.

Solo me percaté de sus intenciones la primera noche que me desveló al bajar a la cocina a apaciguar su estómago rugiente. No le reproché nada; permanecí muy quieta, con los ojos cerrados, hasta que regresó a la cama, ignorando que yo había descubierto su secreto. Comencé a observarla con más ahínco, a fin de no precipitarme a una conclusión que acabó llegando de todas maneras: las oraciones crecían aquellas semanas que John pasaba en Hintlesham, pero palidecían en las ocasiones en las que viajaba a Londres por negocios; si se arrodillaba o si releía pasajes de las Escrituras hasta que se le secaban los ojos, era únicamente cuando tenía la certeza de que John andaba cerca y podía verla.

La piedad de Cecily no nacía del temor o de la preocupación, sino de la necesidad de castigar a John por un comportamiento que ella consideraba reprochable. Por primera vez, y a pesar de mis promesas y juramentos, se removió dentro de mí algo parecido al miedo. Jamás, estaba convencida, tendría que enfrentarme a algo tan terrible como el enfado de mi prima Cecily.

Cecily. Cecily de tantos nombres. ¿Fui consciente entonces de su poder? Era Salomé, Judith y Dalila, encarnada. El brillo febril de los ojos la delataba: habría sido perfectamente capaz de exigir la cabeza

de un hombre en una bandeja de plata, o de cortarla ella misma, sumergiendo los brazos hasta el codo en la sangre tibia. No era la promesa de esa ira lo que comencé a temer, sino otra realidad ineludible: cuanto más terrible era ella, más la quería yo, y más justa me parecía su rabia.

Puesto que John no era inmune a la tristeza que percibía en su hermana, pronto Cecily obtuvo lo que deseaba. Tras uno de sus viajes a Londres (de lo más largos, con el efecto que estos tenían en mi prima), llegó a Hintlesham sonriente y nos invitó a los tres a salir a cabalgar con él. Richard Andrewes nos acompañaría y traería consigo a su primo, que había vuelto de la colonia de Connecticut con, según se decía, una envidiable fortuna.

No sé si mi tío percibió algún tipo de promesa en aquella invitación, pero creyó conveniente dejarnos ir, alegando que John cuidaría bien de nosotras.

Con la perspectiva de aquel fin de semana, Cecily se olvidó de las oraciones y las plegarias, y hasta del dolor en las rodillas despellejadas causado por las genuflexiones constantes. A la hora de la comida se llenó el plato una vez tras otra, acompañando la carne tierna con su risa y sus comentarios melosos. Cuando acabó, tenía los labios y las mejillas enrojecidos, y hasta creí ver un brillo especial en su cabello, en el peinado complicado que le bajaba por la espalda.

Más tarde, mientras se preparaba para ir a la cama, fue la viva imagen de la felicidad. Sus pasos, incluso, parecían sonar con la alegría de las panderetas. Aunque yo no habría sido capaz de hacer nada que perturbase tanta dicha, tras lo sucedido en las últimas semanas, algo en mi expresión debió delatarme. Mientras me peinaba, Cecily me preguntó:

—¿Cuál es la causa de tu aflicción, prima?

—No hay causa alguna, porque no siento aflicción.

Tonta. No habría podido engañarla, por mucho empeño que hubiese puesto en ello. ¿Había aprendido ya a leerme, como podía leer a los demás? Sea como fuere, tras un corto suspiro, repuso:

—¿No sabes que mentir ofende a Dios? Por favor, dime qué te pasa —se arrodilló a mi lado—. Si no quieres ir, yo tampoco.

Sacudí la cabeza, con violencia.

—Claro que quiero.

—Mentirosa.

—Ya sabes que a ti no te mentiría nunca —estallé en una risotada seca—. No podría. Siempre vas un paso por delante de mí.

—Hablas como si no fueses un enigma… —dijo, ya con mucha más ligereza, y se puso de nuevo en pie para continuar con mi peinado—. ¿Qué te preocupa? ¿No sabes montar?

—No es mi talento más arraigado —tuve que confesar.

Había aprendido, al igual que ella, pero nunca había tenido motivos para desarrollar un amor hacia los caballos y todo lo que los rodeaba. Aunque vivíamos en el campo, y aunque la tierra verde y hermosa se extendía allá donde se posasen nuestros ojos, era mucho más feliz en la tranquilidad del hogar, o en la familiaridad pacífica del jardín, que en los bosques de Suffolk.

—Te enseñaré —dijo Cecily—. Te enseñaré y serás mejor que yo.

Casi me atraganté con la risa.

—¿Cuándo? Apenas quedan unos días…

—Cuando se oscurezca más la noche. Haremos menos ruido que un ratón; ni la institutriz ni las doncellas se darán cuenta de que faltamos.

Seguí riendo. En el rostro de mi prima, sin embargo, brillaba un desafío imposible.

—¡Cecily, nuestra honra!

—¿Qué honra? —sostuvo mi trenza entre las manos—. Nadie puede dudar de ella si no nos descubren, y las tierras de Hintlesham Hall son abundantes… ¿Quién nos podrá reprochar nada, si no saldremos de casa?

—Cecily, la tuya es la aritmética del diablo —se me escapó, citando una expresión que habíamos escuchado susurrar muchas veces al servicio y que nunca nos habíamos atrevido a repetir.

Sentí un miedo instantáneo, casi primario, ante aquellas palabras, que quise retirar enseguida, pero ninguna de ellas tuvo un efecto notable en mi prima. Solo se rio, encogiéndose de hombros, y prosiguió:

—Si todo nos pertenece, ¿qué diferencia hay entre el jardín y nuestras tierras?

—Puede haber hombres en las tierras. Caminantes. Campesinos…

—¿En lo más oscuro de la noche?

—Precisamente por eso es peligroso, e indecente.

No creo que haya sido mi razonamiento el que la convenció, sino las arrugas de alarma que empezaron a crecer en mi piel, y que ella alisó con los dedos helados.

—Está bien, no saldremos de las cuadras. Cabalgaremos por la mañana, en cuanto salga el primer rayo de sol. Podemos llevar a Thomas con nosotras.

—¡A Thomas! —repuse.

Una parte de mí veía el fallo inequívoco en la lógica de Cecily: Thomas, un niño, no podía ofrecernos protección alguna. Otra parte, que latía con una fuerza en aumento constante, se decepcionaba ante la perspectiva de no poder pasar aquellas horas a solas con mi prima.

—¿No es un hombre?

—Es un niño.

—Un niño del género masculino.

Reí de nuevo.

—Cecily Darcy, tienes un talento envidiable para retorcer a tu gusto las verdades.

No encontró una réplica a mi comentario. Siguió sonriendo, mientras deslizaba los dedos por los mechones aún sueltos de mi melena. Aquel movimiento me hizo percatar del cambio en mi apariencia que la preocupación por mi prima me había hecho ignorar. El pelo, que antes me caía pajizo y sin vida, de un tono feo e indescriptible, ahora se me antojaba abundante y hermoso, brillando en tonos dorados y trigueños.

Me volví para mirar a Cecily directamente a los ojos, y no a su reflejo en el espejo.

—¿Qué le has hecho a mi pelo?

Arrugó la nariz.

—¿Qué quieres decir? Te lo he trenzado, como siempre, como tú me lo trenzas a mí.

Sostuve el mismo mechón que ella acariciaba entre el índice y el pulgar.

—Está tan… hermoso —susurré, y no pude evitar enrojecer ante aquel arrebato tan poco característico de vanidad—. Siempre me avergoncé de lo frágil y fino que era.

Aquel misterio no perturbó la paz de mi prima. Acariciándome los

nudillos para poder anudar esos mechones con los demás, repuso:

—Debe sentarte mejor el agua de Hintlesham, o los alimentos que prepara Mary.

Mary era la cocinera de Hintlesham Hall, una mujer rolliza y malencarada de la que, casi rozando la maldad, Cecily y yo disfrutábamos burlándonos. Al pronunciar su nombre, esta vez, mi prima no añadió una de nuestras bromas típicas, sino que también enrojeció, bajando la cabeza.

—Sin pretender insultar la calidad del servicio que recibías en casa —se apresuró a añadir.

La mano, al trenzar los últimos mechones, temblaba. Estudiando bien su expresión, me asombré de ver, por primera vez, según creía, un miedo real y palpable en Cecily. Sabiendo ya su secreto, pude advertir la diferencia entre el mohín afectado que le dirigió a John cuando profanó al Señor y la culpa y terror que la acechaban ahora, tan fuertes que eran casi físicos. ¿Podía ser tan importante para ella nuestra amistad?

—No te preocupes —susurré, acariciándole la mano—. No me ofendes.

Pasé los dedos una vez más por la trenza, ancha y sedosa, que Cecily acababa de hacer. Las comisuras me temblaron hasta conseguir dibujar una sonrisa.

—Nunca había encontrado nada hermoso en mi apariencia —le confesé.

Cecily se inclinó, apoyando la barbilla en mi hombro.

—A veces dices cada tontería…

—No dudo de mis cualidades positivas, pero sé que la belleza no se cuenta entre ellas.

—¿Qué te he dicho de las mentiras? —me reprochó, y me pasó dos dedos por el arco de Cupido—. Me encanta esta forma. Ojalá mis labios fuesen como los tuyos.

No fui capaz de encontrar una manera de rebatirla. Ahora que había depositado su atención sobre ellos, yo también pude apreciar cierta belleza en mi boca, en aquella carne rosa y suave contra la palidez de mi piel. No quise preguntarme si siempre había sido así, o si de algún modo Cecily había encontrado la forma de convertir en oro

todo cuanto sus dedos largos y finos tocasen.

Puesto que siempre lograba salirse con la suya, aquella ocasión no iba a ser distinta. Cuando la noche se tornó madrugada, cuando todos los sonidos de Hintlesham Hall se apaciguaron y ya solo se escuchaban el ulular del viento y el crujir de las hojas contra la ventana, Cecily me instó a levantarme. Aunque más dormida que despierta, la seguí, tapándome con el abrigo. Juntas bajamos, sin hacer el más mínimo ruido, a los establos.

No acostumbraba a estar fuera tan tarde. Los olores de la hierba primero y el heno después se me hicieron más fuertes, más profundos que nunca. La luz de la luna también era más amable, más limpia. Me invadió un sentimiento fervoroso: el deseo de poder poseer todas las noches, de tener la libertad de bañarme en aquellas sombras sin temer por mi honor o mi decencia.

—¿De qué están hechos tus huesos? —me preguntó Cecily.

Como su pregunta me resultó inexplicable, creí haber escuchado mal.

—¿Cómo?

—¿De esto? ¿Amas tanto la noche como yo?

—Nunca la había considerado hasta ahora —admití—. Es agradable.

Luego, riendo, le tiré de la manga del abrigo.

—Venga, apura, enséñame todo lo que sabes o mañana tendré peor aspecto que Mary.

—Tonta, mañana estarás hermosa.

¡Pobre Mary! Cada vez que participaba o que incluso iniciaba las burlas a su costa me atravesaba un sentimiento punzante y casi venenoso. ¿Veía acaso mi futuro en ella? La ponzoña de mis bromas, a fin de cuentas, no me salvaría de mi destino. Cualquier mujer poco agraciada, ya sea por nacimiento o por el desgaste de los años, está irrevocablemente condenada a convertirse en una Mary del mundo. Claro que, entonces, en aquella madrugada, frente a frente con Cecily, el futuro me parecía inalcanzable. Solo existíamos la medianoche, mi prima y yo.

He de decir que fue paciente y amable. Se comportó conmigo de la misma manera en la que se comportaba John con Thomas en la biblioteca. Si me caía, o si mis reflejos me traicionaban, demostrando el miedo que todavía sentía por los caballos, ella no se impacientaba. En aquellos momentos, por el contrario, tomaba mis manos entre las suyas y me enseñaba cómo actuar.

Disfrutaba tanto de su compañía. Bebía cada momento con ella con un ansia insaciable, y mi sed jamás desaparecía; mi cáliz permanecía vacío, exigiendo más y más segundos con Cecily.

—Sé que eres como yo —me susurró al ayudarme a bajar del caballo.

—¿Como tú?

Nuestras voces se confundían con el rugir del viento. Si cerráramos los ojos, la naturaleza que rodeaba Hintlesham Hall nos abrazaría; nos convertiría en árboles y en flores, como la ninfa del mito griego.

—Diferentes. Como si estuviésemos hechas de una materia distinta a la del resto de mujeres, a la de las demás personas —se humedeció los labios—. Más monstruos que chicas.

Tras decir aquello, una palidez repentina la poseyó. El labio inferior le temblaba al implorarme:

—No repitas esto delante de nadie.

—Por supuesto que no —le aseguré.

Habría hecho cualquier cosa que ella me hubiese pedido. Habría caminado sobre el agua por ella.

—Eres la mejor amiga que he tenido nunca —añadió después, entrelazando los dedos con los míos—. Nunca me abandonarás, ¿verdad?

—No, nunca —dije, casi atropellándome a mí misma, plenamente convencida de ello.

—¿Ni cuando nos casemos y tengamos hijos y nos volvamos viejas?

—Nunca, nunca.

—Siempre viviremos la una cerca de la otra, ¿verdad?

Le apreté la mano, fría y húmeda como un pez.

—Siempre. Iré adonde tú vayas, te lo juro.

Asintió, trémula, y se inclinó para darme un beso en la mejilla.

Puedo ver, ahora, que verdaderamente estábamos heridas por la misma flecha. Nos habíamos pasado toda la vida hambrientas de un amor que no encontrábamos allá donde depositábamos el nuestro. Al hallarlo en la otra, se despertó en nosotras una lealtad obsesiva y fatal, como la del perro torturado que elige como amo a la primera persona que le ofrece cariño. Veíamos con claridad los defectos de la otra, pero no nos importaban.

VI

¿Puede existir, en la vida y no solo en las obras, algo parecido a un momento de no retorno? Como un cuchillo clavándose en lo más profundo de la existencia para cortarla en dos partes que jamás volverán a ser gemelas.

Incluso ahora que ya casi puedo sentir el tacto rugoso de la soga en el cuello, ahora que el final está tan cerca que el olor del caballo pálido me hace cosquillas en la nariz, creo que escribimos para engañar a la inmortalidad. Podría escribir incesantemente, hasta el minuto mismo en el que vengan a buscarme para llevarme a la horca, preservar con palabras cómo éramos en aquellos momentos exactos. Mas, como dije, ni siquiera ese truco, esa vida de tinta y papel, podría salvarnos. Nuestra historia siempre iba a acabar de esta manera. Nuestros pasos siempre iban a conducirnos a esta cárcel, a esta condena. Nuestros errores no podrían haber sido otros. Aunque las piedras en el camino hubiesen sido distintas, nuestros crímenes se habrían repetido, sin fin.

Los puritanos llaman a esto «predestinación». Ahora que ningún pecado mío puede pesar más que los que ya he cometido, me atreveré a decir que yo a esto lo llamo «tragedia».

Nuestro deseo era la gran tragedia de nuestras vidas. El deseo y el hambre no suelen relacionarse, pero en nosotras eran una misma cosa. Cuando estás privado de alimento durante el tiempo suficiente, una mesa rebosante de comida no solo puede resultar aterradora, sino también fatal; tu estómago, pequeño tras meses o años de restricción, es incapaz de soportar semejante abundancia, y eso causa el dolor y la enfermedad. Ocurre lo mismo con el deseo; estando este ausente de tu vida, al enfrentarte a él por vez primera el tamaño del golpe puede ser monstruoso.

Richard Andrewes y Nathaneel Firebrace se me presentaban como las dos caras de una misma moneda. Al verlo por primera vez, no pude evitar pensar que Cecily había sido precisa en su descripción de Richard. Era más alto que John, de rasgos simples pero agradables; los ojos, que caían con melancolía, eran pequeños, tanto que casi parecían desaparecer bajo la piel gruesa de los párpados. Su primo era de su misma estatura, de músculos imponentes y durísimos; la piel, morena

y cuarteada de pecas, eclipsaba los detalles de sus rasgos faciales cuando te encontrabas con él en la primera ocasión. Solo una observación más detallada podía lograr que te fijases en el puente perfectamente recto de la nariz; en los tonos grisáceos de los ojos, mucho más grandes que los de Richard, y en los hoyuelos que se le formaban en las mejillas al sonreír.

Ambos tenían el mismo tono de pelo, un color extraño entre el rubio y un rojo mucho menos deseable que, por fortuna, solo podía intuirse cuando el sol caía sobre ellos de la manera precisa.

Todo lo que hice aquella tarde, ahora que lo pienso, fue observar. Tras las obligadas presentaciones, no desperté una curiosidad especial en ninguno de los hombres. Las conversaciones ocurrían a mi alrededor, no directamente conmigo; si me atrevía a decir algo, mis palabras pronto quedaban enterradas bajo las de todos los demás o, peor aún, los primos me miraban con sorpresa, casi asombrados de mi acto de presencia y demasiado turbados como para saber qué contestar. Mataba las conversaciones con un movimiento rápido de la lengua.

Cecily, en cambio, mostraba una curiosidad por Nathaneel Firebrace que no se molestaba en ocultar. No una curiosidad por él como hombre, quizá, sino por todo lo que representaba.

—¿Es el nuevo mundo tan hermoso como dicen? —le preguntó.

La respuesta de Nathaneel no se hizo esperar. Mi prima no era una muchacha a la que los hombres acostumbrasen a excluir de las conversaciones.

—Más. Los colores… los olores… Señorita, jamás ha visto nada semejante, excepto quizás en sus sueños.

—Hace pensar qué lo ha hecho volver —rio John, y no pude detectar ningún tipo de acritud o reproche en sus palabras.

Nathaneel Firebrace debía ser de mi misma opinión, puesto que solo le devolvió la carcajada.

—Supongo que siempre llega un momento en la vida de un hombre en el que la llamada del hogar resulta más atractiva que todos los paraísos del mundo.

—No se me ocurren palabras más sensatas —repuso John—. Personalmente, no podría imaginarme la vida más allá de Inglaterra.

—Amigo, eso mismo decías de Suffolk y ahora hay una casa en la capital con tu nombre —le recordó Richard.

—Mejor ser un hombre de la capital que uno de Cambridge.

—No hay lugar más digno para un caballero que Cambridge.

El temblor del labio superior y la caída de los párpados delataban el aburrimiento de mi prima. Casi pude ver las palabras formándose en la punta de la lengua, instándola a cambiar el curso de aquella conversación cuanto antes, pero la inocencia de mi hermano se le adelantó.

—Yo también he ido a Cambridge.

Las risotadas de los tres hombres lo llenaron todo, cada pequeño rincón y cada recoveco oculto del bosque.

—Entonces, amigo mío —logró decir Nathaneel, entre carcajada y carcajada—, me encuentro ante el hombre más sabio y más modesto que he tenido el honor de conocer.

Más risas, coronadas por la mirada, entre alarmada e inquisitiva, de mi hermano (por la manera en la que Cecily desvió su atención, buscando algo nuevo con lo que entretenerse).

—Cuando Richard dice que es un hombre de Cambridge, se refiere a que estudia allí —explicó Nathaneel, todavía luchando por regular la respiración.

A aquello, el propio Richard agregó:

—Quizá tú también lo hagas, en unos años.

Thomas separó los labios para contestar, pero John, que sacudía la cabeza, fue más rápido:

—Ah, no. Estoy trabajando muy duro para que el joven Thomas siga mi mal ejemplo. Un hombre puede hacer más cosas en la vida que estudiar o hacerse cargo de las tierras heredadas.

Cecily, que había estado esperando un instante de calma en la conversación con la tenacidad de un animal de caza, no se demoró en añadir:

—Y, para muestra, Nathaneel Firebrace. —Se volvió hacia él, una sonrisa calculada en el rostro—. No me ha terminado de contar sus aventuras en el nuevo mundo, y deseo conocerlas todas.

—Cuidado, amigo, mi hermana tiene más de Don Quijote que de Dulcinea.

—Su futuro enlace con mi primo ha de ser dichoso, pues —dijo, y no percibí en Richard un rechazo ni una ofensa ante aquella afirmación.

Nathaneel procedió a relatarnos todo cuanto había visto en el nuevo mundo. La mirada de mi prima brillaba con las descripciones de los enfrentamientos contra los holandeses, un repentino interés tirándole de los músculos de la cara igual que en la iglesia, cuando escuchaba la historia de Caín y Abel y pedía más. Todo lo concerniente a la belleza de la tierra (los campos dorados de trigo, que parecían extenderse hasta el infinito; el púrpura y el naranja de los atardeceres) ya le interesaba menos.

—Señorita, podría hablarle de todo cuanto he amado del nuevo mundo, y todo ello palidecería ante los detalles del viaje.

Cecily arqueó una ceja. Tenía en la cara la expresión inteligente y astuta de los perros que huelen a un conejo a distancia.

—¿Se encontró usted con peligros?

Nathaneel Firebrace se encogió de hombros.

—Naturalmente.

—¿Tormentas?

—Como ha de haberlas en tamañas travesías —rio—. No vi monstruos en ellas, si es lo que me pregunta. Atravesé el océano, navegando allá donde todo cuanto te rodea es profundo y azul, y las aguas se abrieron, pero no vi en ellas al temible Leviatán. —Ladeó la cabeza—. Por supuesto, no es necesario que uno se haga a la mar para toparse con demonios.

Cecily suspiró, las mejillas casi encendiéndose ante la perspectiva de una pregunta que ansiaba con ser preguntada. No fue capaz de formularla, sin embargo. Sus lecciones, aunque útiles, no habían sido suficientes para enmascarar mi pobre maestría en la monta. Tras tanto tiempo cabalgando, perdí al fin las riendas del caballo, y caí hacia atrás.

El sonido ahogado de mi cuerpo contra la hierba abundante fue lo que me llegó primero. Después, la extrañeza al ver el cielo entrecortado entre las copas de los árboles de Suffolk. Por último, casi como confirmación, el dolor sordo en la espalda.

Richard y Nathaneel intercambiaron una mirada, casi pidiendo

permiso por una risita que solo Nathaneel se atrevió a emitir. Tras un breve instante de silencio, John se bajó del caballo y me ayudó a ponerme en pie, colocándome la mano en su espalda.

—¿Estás bien? —me preguntó.

Mientras me erguía dije, lo suficientemente alto y claro para que los otros dos hombres me oyesen:

—No me duele.

—Bien. Ven conmigo.

E hizo un gesto vago en dirección a su caballo, al que me ayudó a subir.

La nueva posición en la que me encontraba me permitió observar con más atención a mi prima. Tenía los labios apretados, del color de la leche agria; los ojos le refulgían verdes, enmarcados por la ceja levantada, y el destinatario de aquella mirada terrible era Richard Andrewes.

—Oh, John —dijo después, pero sin romper el contacto visual con su prometido—. Odio tener que arruinar la diversión, pero me duele la cabeza una barbaridad. ¿No podríamos volver ya a casa?

John la estudió. Primero brevemente, y después con más detenimiento.

—Aún es temprano.

—Lo sé, y de verdad que lo siento, pero no me encuentro bien. Estoy cansada.

Mi primo movió la cabeza de lado a lado, resoplando. No fue su voz la que oímos a continuación, sino la de Nathaneel Firebrace, con su energía y su vitalidad habituales.

—Las mujeres son una calamidad, ¿eh?

Cecily bajó los párpados.

—Supongo que esa es la cruz con la que debemos cargar —se volvió hacia su hermano—. Pero no os veáis en la obligación de cargar con ella vosotros también. Si a los caballeros les parece bien, John, ¿por qué no nos acompañas a casa y luego regresas con Thomas y con ellos? Los remordimientos me escuecen de solo pensar que os podríais perder una tarde tan buena por mi culpa. ¡Y ahora que queda tan poco para que llegue el frío!

Los varones se miraron, casi debatiéndose entre la seriedad y la

risa. Si consideraron la propuesta de Cecily una marca inequívoca de la debilidad femenina o un capricho infantil, importó poco. Ella logró su cometido, como siempre, y John nos llevó de vuelta a Hintlesham Hall sin enfados ni reproches.

Al dejar los caballos en el establo ya reía, incrédulo, tomándoselo todo como un juego de niños.

—Vas a romperle el corazón a Richard Andrewes, Cecily —le dijo, con una ligereza imposible.

Mi prima tomó aire, mirándolo de reojo.

—Cuántas veces no me lo habrá de romper él a mí.

VII

Un par de días después de nuestra salida, y coincidiendo con el regreso de Richard Andrewes a Cambridge, nos llegaron por medio de Thomas dos ramos de peonías y una nota firmada por los primos. Puesto que Cecily no fue capaz de reconocer la caligrafía, cursiva y apretada, como si la persona que la escribió estuviese poseída por una prisa especial, supusimos correctamente que pertenecía a Nathaneel.

Deseando a la señoritas Darcy y Crowfoot una pronta recuperación, y contando los días para nuestra próxima visita. Los señores Firebrace y Andrewes lamentan que su educación, intachable en cualquier otra circunstancia, no quede a la altura de la nobleza de tan venerables señoritas.

Con recuerdos,
Nathaneel Firebrace y Richard Andrewes

Cecily Darcy no era una muchacha a la que las muestras de aprecio le causasen una gran impresión. Tras indicarle a una de las criadas que pusiese las flores en agua, dobló la nota a la mitad y la depositó sobre la mesa, devolviendo toda su atención a la labor de costura que tenía entre manos. Los labios, sin embargo, se le curvaban en una sonrisa triunfal.

—¿Qué impresión te han causado nuestros amigos? No me ofenderé de ningún juicio de valor que hagas sobre Richard.

Arqueé las cejas.

—No sabría contestarte. Richard es tal y como me lo describiste.

—¿Eso es algo bueno o algo malo?

Me reí.

—¿No deberías saberlo? Es tan apuesto y tan agradable como comentaste, y si su fama le precede solo puedo imaginarme los éxitos que lo perseguirán cuando termine sus estudios en Cambridge.

Cecily resopló, dejando la labor de lado.

—¡Cambridge, Cambridge, Cambridge! Estoy tan harta de oír

hablar de Cambridge. —Me miró—. Que Dios me perdone, no quisiera sonar desagradecida. Aprecio que Richard espere por mí. Pero estoy tan cansada de hablar de la universidad y solo de la universidad. ¿De qué conversarán los hombres cuando no estamos presentes?

—No quisiera saberlo.

—Deberíamos preguntarle a Thomas. ¿Qué impresión te ha causado Nathaneel?

Precisé de un par de segundos para poder formular una respuesta apropiada. Aunque, siguiendo toda lógica, Richard era más atractivo y cortés que su primo, el cuerpo y la cara de Nathaneel, en constante movimiento, resultaban más simpáticos.

—Es muy distinto a su primo, eso está claro. Y apuesto… apuesto a que ha vivido una vida interesante.

—Eso pienso yo —repuso, y le echó un rápido vistazo a las flores que la criada había colocado frente a la ventana—. Creo que sería bueno que viniese más veces. ¿Recuerdas lo que dijo? ¿Que llega un momento en el que el hogar resulta más atractivo que cualquier aventura?

—Sí.

—Es apenas un par de años mayor que Richard. Supongo… supongo que está empezando a plantearse el formar una familia.

—Supongo que es lo más lógico —dije, la mirada fija en la aguja y el hilo, en las yemas de los dedos tornándose rojas con la presión.

—Oh, perdóname si soy demasiado soñadora, pero ¿no sería maravilloso si Nathaneel Firebrace y tú os casaseis? Entonces sí que seríamos como hermanas y siempre podríamos vivir cerca la una de la otra.

La risa que se escapó de entre mis dientes fue más seca y más ponzoñosa de lo anticipado. Una advertencia disfrazada de alegría.

—No creo haberle causado al señor Firebrace el tipo de impresión que sospechas. Y no tengo tampoco nada que ofrecerle que pueda enmascarar la realidad de esa primera impresión.

Cecily se quedó callada, escudriñándome. Casi parecía querer tirar de cada una de mis palabras como del hilo; moverlas y atarlas a placer hasta que su significado cambiase.

—Pese a todo, considero a Nathaneel Firebrace un hombre sensato

—dijo—. Ha de ser consciente…

—No tengo gran cosa que ofrecerle —insistí, cada sílaba sibilante y aguda—. Thomas, y no yo, heredará las tierras de mi padre, y cualquier dote dependerá de tu padre. Y carezco de la belleza necesaria para que estos dos hechos palidezcan en comparación, así que…

Cecily separó los labios, dispuesta a atacar de nuevo, pero no le di la oportunidad. Sudaba, temblaba, y los colores de los hilos bailaban frente a mí, mezclándose en uno solo. El monstruo que habitaba dentro de mí burbujeaba, amenazando con tomar el control y aniquilar a la chica que lo contenía.

—Me preocupa mi futuro —le confesé—, pero solo en lo económico. No entiendo a los hombres y los hombres no me entienden a mí. Lo único que me atrae del matrimonio es la promesa de la seguridad.

—Lo comprendo —susurró Cecily, los ojos fijos en la tela blanca sobre las rodillas—. Lo comprendo perfectamente. Si pudiese elegir, elegiría ser una niña para siempre.

Forcé una sonrisa, preparándome para replicar. Todavía afectada por la conmoción de la conversación, y con las manos aún sacudiéndose, acabé por clavarme la aguja en el índice. Apreté los dientes, ahogando un gritito, y comencé a sacudir la mano para tratar de sofocar el dolor. Cecily, dejando su propia labor apartada, me detuvo al agarrarme de la muñeca. Con movimientos lentos, casi embelesados, me hizo presión en el dedo hasta que de este brotó una gota de sangre. Sin pensarlo siquiera, se lo llevó a los labios.

La mañana siguiente, el día de mi diecisiete cumpleaños, fue Cecily la que recogió flores del jardín para mí. Supe que había sido ella, y no algún miembro del servicio, por los arañazos en las manos y los restos de tierra bajo las uñas, causantes de más de una protesta por parte de nuestra institutriz.

—Ahora que ya tenemos las dos la misma edad es casi como si fuésemos gemelas —me dijo, y se dispuso a trenzarme el cabello.

Toda ella olía a flores silvestres y a algo dulzón que no fui capaz de identificar.

VIII

Dos semanas después de mi cumpleaños, cuando los días ya eran más cortos y oscuros, mi prima sangró por primera vez. Tal acontecimiento, reseñable en la vida de una mujer únicamente debido a las oportunidades que trae consigo, causó una serie de cambios que alterarían nuestra tranquila rutina para siempre.

Aunque recordaba con claridad el día, cuatro años atrás, en el que yo también había sangrado por vez primera, jamás me había enfrentado a nada semejante. Lo mismo podría decirse de la institutriz, a juzgar por la súbita palidez y la arruga fina y larga que creció en el espacio entre sus cejas. Cecily sangraba de manera abundante y casi violenta, como herida de muerte en una guerra lejana.

Los paños que colocábamos entre sus piernas no tardaban en empaparse, tornándose carmesí primero, luego bermellón. En contraste, la piel de mi prima era cerosa, enmarcada por la sombra violácea de las ojeras. Con el cabello tan oscuro pegándosele a la frente perlada de sudor, me pareció más que nunca un pequeño animal indefenso, un pajarillo que cae del nido y aparece herido en el alféizar de la ventana.

—Oh, ¿es siempre así? —me preguntó; su mano, en la mía, estaba fría y húmeda, como un pez—. Si es así, todas las mujeres que conozco son los seres más valientes de la Tierra. ¿Cómo podéis soportar este dolor cada mes?

—No creo que nuestro dolor sea tan grande como el tuyo —le dije, apartándole los mechones pegajosos de la cara.

—Siempre fui del parecer de que todas esas hierbas y remedios para que le bajase el periodo no podían ser buenos —fue la opinión de una de las doncellas—. Haciéndose mujer a la edad a la que algunas tienen a su primer hijo…

Cuando se acercó a cambiar el paño, le dirigí la misma mirada animalesca y terrible que Cecily le había reservado a Richard Andrewes aquel fin de semana que ahora se me antojaba tan lejano.

—¿Por qué ha de castigarnos el Señor de esta manera? —insistió

Cecily, los ojos enormes y febriles.

—Por el pecado de Eva, ya lo sabe —le respondió la institutriz—. Y solo del Señor podemos esperar misericordia.

—¿Y el castigo por el pecado de Adán? ¿No fue él quien habló con la serpiente?

Las doncellas intercambiaron una mirada. Tragando saliva, y sin soltar la mano de mi prima, repuse:

—Está diciendo cosas sin sentido. ¿No deberíamos llamar al doctor?

—La curandera que le entregó las hierbas para que le bajase el periodo está de camino —dijo la institutriz, casi incrédula ante mi proposición.

¿Cómo atreverme siquiera a considerar la indecencia de que un hombre entrase en la alcoba de una mujer impura? Aquella sangre que señalaba el comienzo de la posibilidad de la vida era también el recordatorio de todos los crímenes y pecados que las mujeres habíamos cometido desde el principio de la historia.

Atardecía cuando llegó la curandera. La luz abundante que entraba a través de la ventana lo teñía todo de un suave naranja. Aquel mismo color era amable con mi prima, camuflándole la palidez amarillenta de la piel. También con la curandera, a quien recordaba mayor y con un aspecto menos saludable.

Al acercarse a nosotras y pedirnos que abandonásemos la alcoba, Cecily me apretó la mano.

—Avis, no —dijo—. Mi prima puede quedarse.

Le dirigí una corta mirada a la mujer. Puesto que no hizo ni dijo nada que fuese en contra de los deseos de mi prima, me senté junto a ella y le continué acariciando los nudillos.

—Esto no es normal, ¿no es así? —preguntó Cecily, con un hilillo de voz.

La curandera no separó los ojos de las hierbas que depositaba (en una hilera, tan juntas como las cuentas de un rosario) sobre la mesa.

—Es diferente en cada mujer.

Cecily no encontró consuelo en aquella afirmación. Se humedeció los labios.

—¿Por qué tiene que cebarse el Señor tanto conmigo? ¿Qué he hecho tan malo que no haya hecho cualquier otra mujer?

La curandera no respondió a su pregunta directamente. En su lugar, precisó:

—Tengo entendido que es usted una muchacha piadosa.

Cecily casi sonrió.

—¿Es ese mi crimen?

—¿Acostumbra usted a ayunar?

—No sabía que iba a ser castigada por ello.

—Su cuerpo necesita estar fuerte para poder librarse de la sangre que no necesita. Si no se alimenta bien, la debilidad podría causar irregularidades en su periodo.

—¿Será así todos los meses? ¿Me han condenado de semejante manera?

La curandera esquivó las preguntas de mi prima una vez más.

—Le he dejado todos los ingredientes necesarios para hacer una infusión de olmo escocés. Tómelo dos veces al día, tres si el sangrado es muy abundante, hasta que deje de manchar.

—¿Cuánto? —le pregunté—. ¿Qué cantidad debemos utilizar para cada infusión?

Mi franqueza la desarmó, en primera instancia. Tras aquel breve segundo de asombro, me indicó con gestos que me acercase a la mesa.

—¿Cuánto? —insistí.

La mujer se limitó a tomarme las manos, a conducirlas hasta aquella montaña de flores amarillas.

—Tome cuanto crea conveniente, y yo la corregiré.

Obedecí. Tras un corto vistazo, y haciendo uso de movimientos rápidos y elegantes, la curandera me separó los dedos, dejando que una pequeña cantidad de flores cayese por los espacios vacíos entre ellos. Una vez que estuvo conforme, me cerró los puños de nuevo.

—Así. Deben echarlas en suficiente agua como para llenar una taza. Déjenlas infusionar durante un par de minutos antes de dárselas a la señorita. ¿Se acordará?

Asentí con un gesto. De todas las cosas que había tenido que hacer en la vida, aquella me pareció entonces la más importante, la más urgente.

Abordé a la curandera cuando ya se iba, usando la excusa de bajar a la cocina a encomendarle a Mary las hierbas. Aunque solo Cecily podría habernos escuchado, bajé la voz, de modo que solo ella pudiese escucharme.

—¿Hay algún remedio para el dolor? Sé… sé que las mujeres debemos soportarlo sin ayuda, pero el de Cecily parece tan grande, y la sangre es tan abundante… ¿No se podría hacer una excepción?

Me observó en silencio durante unos segundos, los ojos claros, casi transparentes, clavándose en los míos.

—Tomillo —dijo, la voz no más alta que la mía.

Hundió la mano en la bolsa que traía consigo. Mientras caminábamos por el pasillo, me entregó un saquito repleto de hierbas cenicientas, las hojas pequeñas como polillas.

—Una pequeña cantidad en agua hirviendo será suficiente. Regresaré en unos días para comprobar el estado de su prima.

Le dije que sí con un gesto. No le comunicaría a Mary el cometido de estas hierbas, por supuesto; no me fiaba de ella ni de lo que pudiese comentar, de los juicios terribles que pudiese hacer guiada por el desconocimiento o por algún tipo de rencor hacia la hija de su amo.

—¿Ha visto usted algo parecido antes? —le pregunté a la curandera al bajar juntas las escaleras.

No obtuve respuesta.

Cecily me sonrió cuando regresé a la alcoba, con la infusión, de aroma suave y envolvente, calentándome las manos.

—Esto te hará sentir mejor —le aseguré, casi tratando de que mis palabras tuviesen el poder de conceder ese deseo.

Rezaba a la par que hablaba, cada oración más desesperada y punzante que la anterior.

—Eres tan buena conmigo —me dijo, y nuestras pieles se rozaron cuando tomó la taza de mi mano—. ¿Sabías que tu nombre significa «consejo» en francés? También «pájaro» en latín, creo.

Le devolví la sonrisa.

—Si se me permite elegir, la mayoría de los días me siento más como un pájaro que como una consejera. Uno de esos cuervos frioleros tan feos.

—Tonta. Si tuviese que pensar en un pájaro… —Dio un sorbo—. Si tuviese que pensar en un pájaro para relacionarlo contigo, creo que el elegido sería el gorrión. Sí, eres como un pequeño gorrión que se apareció un día en mi ventana.

—Sabes que los gorriones emigran cuando llega el frío, ¿verdad?

—Tú no. Tú no me abandonarás nunca, ¿verdad?

—Ya lo sabes.

Me senté junto a ella, en el lugar exacto en el que había estado antes, y le tomé la mano que tenía libre. Aunque antes había sostenido la taza humeante, se me antojó todavía fría, pegajosa por el sudor y, más que nunca, imposiblemente diminuta.

—Creo que dentro de muy poco un anillo adornará este dedito —le dije, acariciándoselo.

Cecily levantó los párpados, como abofeteada por la seguridad de aquel hecho que, debido al dolor, no había contemplado aún.

—Ah, al fin.

Trató de sonreír de nuevo, pero el gesto murió antes de ser completado. Un ligero temblor le recorrió las cejas.

—¿Crees que los Andrewes se echarán atrás si descubren mi condición?

Sacudí la cabeza.

—¿Quién podría hablarles de algo semejante? Estos no son temas que se discutan entre personas educadas y razonables.

—Las criadas podrían cuchichear.

—No lo harán. No son tan desvergonzadas.

—Son bien capaces. Me odian que es una cosa terrible. Dicen que maté a mi madre al nacer.

—No se atreverían a decir tal cosa. Y, si lo hiciesen, deberían tener por seguro que la espada del Señor las acabará encontrando por permitir que semejantes villanías abandonen sus lenguas.

—Lo piensan —me aseguró Cecily, y fui perfectamente consciente, por vez primera, de lo finos y punzantes que eran los huesos de su mano—. Y Dios sabe que yo lo pienso a veces también. A veces… a veces no puedo evitar pensar que he sido mala desde el principio, desde mi mismo nacimiento.

Negué con la cabeza, como queriendo borrar, aniquilar sus palabras. Le acerqué más la taza a los labios.

—El dolor te está nublando el juicio. No eres mala ahora, y mucho menos lo eras de bebé, cuando no tenías poder de elección.

—¿Entonces por qué me castigan de esta manera?

—No es un castigo —aseveré, rechazando todo aquello que me habían enseñado desde que la primera gota de sangre abandonó mi cuerpo.

Habría negado hasta las oraciones diarias por ella; hasta mi nombre, si con ello hubiese conseguido que se sintiese mejor.

—El señor colma de fortuna a sus favoritos, y al resto los deja con las manos vacías. Eso dice el pastor.

Alcé las cejas, resoplando.

—Bueno, no considero ser tan sabia como el pastor, ni tampoco aspiro a escudriñar las Escrituras como él, pero creo… creo que hay suficiente sufrimiento en la Biblia, y quienes lo ven más de cerca no son siempre los pecadores.

No encontró un argumento para rebatirme. Me había levantado con la fuerza de mis palabras y ahora, asustada de mi propia herejía, me volví a sentar. Le tomé la mano de nuevo, entrelazando mis dedos con los suyos.

Aquella fue la noche en la que me habló por primera vez del primer John, y de cómo su padre todavía tenía clavada aquella espina amarga.

—¿Te he contado alguna vez la historia del bebé de mi madre? —Fue como comenzó, los pétalos amarillos del olmo escocés flotando en los últimos sorbos de la infusión.

Forcé una sonrisa.

—¿El bebé de tu madre? Pues, supongo, que solo podéis ser John o tú.

Me entregó la taza vacía para que la dejase a un lado. Utilizando el mismo movimiento, se acostó de nuevo; el cabello, tan oscuro y espeso, se dispuso sobre la almohada como una rara planta acuática.

—John, sí, pero no el John que tú conoces. El primer John.

—¿El primer John?

Asintió.

—El primer bebé que tuvieron mis padres.

Había nacido en febrero, me contó, nueve meses exactos tras el matrimonio de mis tíos. Aquella fecha solo podía señalar que el niño había sido concebido bajo el amor más puro, el más alegre e ilusionado que puede existir. En cuanto el vientre de mi tía creció lo suficiente como para que pudiese adivinarse el sexo del retoño, acordaron llamarlo John. El primogénito, por supuesto, debía portar el nombre de su padre.

Nació blanco, pequeño y gordito, las mejillas ruborizadas por el llanto. Todo en él era perfecto. Contaba con el número preciso de dedos de las manos y dedos de los pies; a pesar de la hinchazón del parto, podían vislumbrarse en su rostro la nariz de mi tío y los ojos grisáceos, como un mar en tempestad, de mi tía.

Tras cortar el cordón umbilical, sin embargo, sufrió una hemorragia incurable. Ese pequeño corte, que todos recibimos al entrar a la vida, sangró durante horas. Fue la criatura más amada desde que llegó al mundo hasta que lo abandonó dos días después. En cuanto dejó de respirar se taparon todos los espejos y se pararon todos los relojes. Aunque Dios lo sabe todo sobre nosotros, y aunque nuestros nombres están escritos en el libro de la vida desde el comienzo de la Creación, rezaron por él con la esperanza de que la

oración actuase como bálsamo ante el dolor.

Lo enterraron antes de que se fuesen las nevadas. Aquel mismo diciembre nació un segundo niño, cuya hemorragia se detuvo enseguida. Le pusieron John, y nadie se atrevió a preguntar en honor de quién había recibido ese nombre. Quizá, acaso, del bautista, o del discípulo predilecto.

IX

Tres días más tarde, el sangrado se hizo más manejable, y a la semana ya había remitido por completo. Inmediatamente, y sin permitir ningún tipo de reproches al respecto, Mary comenzó a prepararle a Cecily los platos más copiosos y nutritivos. Con el periodo no solo la habían acechado los dolores, sino que también había sufrido tantos vómitos que tras una sola semana se le perfilaron los contornos de la cara, dejando a la vista los pómulos. Sus clavículas eran también violentas y descarnadas, así como los omóplatos, que con esta nueva delgadez se asemejaban a las alas de un cisne.

Mary cocinaba todo tipo de desayunos, almuerzos y cenas para mi prima, y la regañaba tanto si dejaba alguna miga en el plato como si pedía una porción más generosa de postre. No convenía, tampoco, que abusase de los dulces.

Internamente, todas rezábamos para que el siguiente periodo (la flor de cada mes, puesto que precede al fruto que da la vida) fuese más amable que el primero. La semana anterior a que bajase, la curandera vino a comprobar el estado de Cecily. Estando solas las tres en la habitación, se sacó un cuchillito de la bolsa y le pidió a Cecily que le mostrase el pie desnudo.

—Le dolerá un poco, pero este sangrado combatirá la hemorragia del siguiente ciclo.

Cecily asintió. No separó la vista cuando la curandera le acercó el filo plateado al tobillo. Al contrario: se inclinó para observar con más detenimiento cómo el hierro le cortaba aquella piel fina y blanquísima, dejando que la sangre, tan líquida y brillante, cayese sobre el cuenco que habíamos dispuesto en el suelo.

A pesar de los tratamientos y las oraciones, el sangrado de Cecily regresó con la misma ferocidad que la vez primera. El dolor volvió, al igual que los vómitos y los mareos. La debilidad, o la frustración, hicieron mella en el carácter de mi prima. Si Mary se atrevía a subirle algún plato cuyo olor Cecily, en aquel estado, aborrecía, era capaz de tirarle el plato allí mismo, sin preocuparse por el daño que pudiese causarle. Se enfadaba con todos y no permitía que nadie, excepto yo,

se quedase en la habitación con ella. Se pasaba las horas escribiéndoles a Richard y a John, hasta que, baldada, se dormía.

De madrugada, como embriagada por algún elixir exótico, tenía la costumbre de levantarse y pasear por el jardín, amenazando con abandonarlo y adentrarse en las tierras del bosque que nos pertenecían. No le importaban la lluvia ni el fango, ni el hecho de que tuviese que esperar a dejar de sangrar para poder tomarse un baño caliente.

—Sé razonable —le decía yo en aquellos momentos, luchando por ponerle el abrigo sobre los hombros o por tirar de ella hasta la casa.

—Pero es tan agradable estar aquí fuera. Nada huele tan bien como la hierba cuando llueve.

—Ya lo sé —insistí, instándola a venir conmigo antes de que alguna de las criadas la viese o la oyese—. Pero ¿y si te resfriases? Me rompería el corazón verte enferma. Y John se volvería loco de la preocupación…

Cecily suspiró.

—¿Nunca has soñado con escapar?

—¿Con escapar? ¿A dónde? ¿Al nuevo mundo?

Se encogió de hombros.

—A cualquier otro sitio. ¿Por qué no podré ser como John? Los hombres pueden ir adonde quieran. Pueden tener afectos y pasiones.

La observé durante un instante trémulo. Las gotas de lluvia que habían quedado atrapadas en sus rizos brillaban plateadas. Los labios entreabiertos, en constante temblor, estaban espolvoreados de un poderoso rojo.

—Me alegro de que no seas John —le aseguré, tirando de ella con más fuerza—. Por muy noble y admirable que él me resulte, a ti te quiero diez veces más, y no te cambiaría por ningún hombre.

Con un último empujón logré meterla de nuevo en casa, nuestras huellas húmedas en la madera como únicas señales del crimen cometido.

—Quizá lo podamos convencer de que nos lleve de visita a Londres —continué, hilando mis palabras con la esperanza de que Cecily las siguiese hasta la alcoba—. Nunca he tenido la oportunidad de visitar la capital.

Cecily me sonrió, los ojos fijos en mí y en nada más.

—Podríamos ir de compras.

—Sí, necesitamos más tela para vestidos —bajé aún más la voz—. Podríamos acercarnos a los astilleros y ver los barcos a lo lejos.

Cecily ahogó la risa apoyando la cara contra mi hombro.

—Tu reputación y tu honor quedarían dañados para siempre.

Las hierbas medicinales, por tanto. Quería ayudar a Cecily, por lo que le pedí a la curandera que me enseñase todo cuanto sabía. Cuando nos mostraba cómo preparar las tisanas, yo me quedaba tan cerca de ella que podía sentir su aliento contra la piel. Observaba las cantidades de flores que debían componer cada remedio; aprendí a conocerlas con los ojos cerrados, solo por su propio peso y olor, incluso a medida que íbamos cambiando las dosis. Cuando Cecily temblaba ante el brillo plateado de la navaja, era yo quien se agachaba y le cortaba la carne blanda del tobillo, en movimientos rápidos, sin un ápice de duda, para acortar todo lo posible el sufrimiento.

Empecé a contar mis días no en minutos y en horas, sino en flores, plantas y ciclos lunares. Esperaba a aquel momento tan temido del mes, hasta que mi periodo y el de Cecily acabaron por coincidir.

—Si pudiese quedarme con un poquito de tu dolor, lo haría —le dije, absolutamente convencida de ello.

Cecily negó con la cabeza.

—No sabes lo que estás pidiendo.

Privadas de bordar, y estando Cecily demasiado débil para salir, nos ocupábamos con conversaciones. A veces devorábamos la Biblia, o algunos de los libros de John, pero Cecily nunca había tenido demasiada paciencia para la lectura. Prefería las aventuras reales a las ficticias, y disfrutaba más de la compañía intrínseca al acto de contar historias que de la propia narración. Aun así, los señores Shakespeare y Milton, al igual que los clásicos, eran los únicos varones con permiso para entrar en nuestra alcoba.

—*Dénos el cielo la paz, pero no la del rey de Hungría* —leí en voz alta del maltratado volumen.

Cecily sonrió. Aunque todavía no habíamos cenado, los días eran ya tan cortos que teníamos las velas encendidas, y podía ver cómo las llamas bailaban en el blanco de sus ojos.

—Los húngaros son salvajes —siseó—. Eso dice John. Hace años, toda Europa temía a los hunos de Atila. No tenían un hogar fijo; hombres y mujeres, solos con sus caballos y sus flechas, se paseaban

por el continente como si fuesen dueños de él. Quemaban iglesias y monasterios. Robaban a reyes y a monjes, y por las noches festejaban con tanta alegría que incluso invitaban a sus víctimas a probar el vino. —Se humedeció los labios—. Dicen que, si el diablo habla alguna lengua, esa lengua solo puede ser el húngaro.

—Bueno, he visto un retrato de Fernando iii y su aspecto me pareció bastante poco afortunado. No tiene pinta de saber ni de qué lado se apunta una flecha.

Cecily ahogó la carcajada con el dorso de la mano. Cuando reía, incluso durante aquellos meses en los que las hemorragias eran más severas, las mejillas recuperaban parte de su tono rosáceo habitual, por lo que me propuse hacerla reír a diario, de la manera que fuese.

—Creo que la sangre de los hunos se diluyó hace tiempo —razonó.

—Supongo entonces que esa es la paz del rey de Hungría.

—Qué desperdicio. ¡Cómo han caído los valientes!

En otras ocasiones, y aunque la institutriz lo desaprobaba, jugábamos al ajedrez. Cecily, que era perfectamente capaz de cavilar sobre cada jugada durante horas, me ganaba todas las partidas. Aun así, yo disfrutaba del juego, puesto que aquellos momentos de calma los usábamos también para hablar. Aprovechando que nuestra conversación estaba fija en el tablero, nos atrevíamos a tratar aquellos temas que, libres de distracciones, nos causaban un miedo profundo.

—¿Alguien lo sabe? —me preguntó Cecily.

—¿El qué?

—La realidad de mi condición.

—No —le aseguré; solo una verdad a medias, puesto que hacía acopio de todas mis energías para que la enfermedad de Cecily no saliese de las paredes de Hintlesham Hall—. Ni siquiera Thomas o John están al tanto de todos los detalles.

Los dedos finos y pálidos de mi prima movieron el caballo.

—¿No hablan las criadas? Sé cómo son. Van al mercado y pagan con algo más que con monedas; se llenan los cestos de secretos y mentiras, y no solo de alimentos.

—Por la cuenta que les trae, no hablarán —sentencié, y luego, en voz más alta, por si alguna se atrevía a escuchar tras la puerta—. Son conscientes de que, si alguien de fuera se entera, yo sabré que la

culpable ha sido una de ellas, y haré todo lo que esté en mi poder para que tu padre las despida y su reputación quede tan dañada que nadie más quiera contratarlas.

Cecily no tenía paciencia para la lectura y yo no tenía paciencia para el ajedrez. En cuanto moví mi torre supe, por su expresión y no por mis conocimientos, que acababa de dar un paso en falso.

Pasó la mano por el tablero, acariciando cada figura antes de decantarse por una. Temblaba.

—¿A nadie le extrañan las visitas de la curandera?

—Por todos es bien sabido que estás apalabrada con Richard Andrewes. La curandera solo se cerciora de que estés lo suficientemente fuerte para ser una buena esposa; para que, cuando llegue el momento, puedas darle hijos sanos.

Cecily se sorbió los mocos.

—Todavía no tengo un anillo en el dedo.

—Lo tendrás muy pronto. Richard vendrá a pasar la Navidad a Hintlesham, ¿no es así? Estoy segura de que no vendrá solo con libros e historias, sino también con un anillo para ti.

—¿Estás segura?

—Pondría la mano en el fuego por ello.

Un paso en falso. Uno más. Incluso yo, con mis conocimientos rudimentarios del juego, pude predecir el movimiento con el que Cecily le daría jaque a mi rey. Pese a ello, escogió otra figura, dispuesta a no aniquilar aún la partida.

—Avis, nunca me han gustado los niños, pero creo que cuando me case tendré todos los que pueda. Al menos, mientras esté encinta, no tendré que pasar por esto —forzó una sonrisa—. Aunque, si tanto daño me producen ya las flores, cuánto más no me producirá el fruto…

—No ha de ser así. Algunas mujeres… creo que para algunas mujeres es más fácil, una vez que han tenido hijos.

—Quizá. Oh, cómo me gustaría volver a ser una niña.

Jaque mate. Habíamos terminado.

X

El secreto estaba en las repeticiones, en la tenacidad intrínseca al acto de prepararse para una batalla tantas veces perdida. Ajustar la cantidad de hierbas medicinales en las tisanas de Cecily, mes a mes; la cantidad de sangre del tobillo que vertíamos, también. Las noches en vela, esperando a que se levantase para ir tras ella y evitar que merodease más allá de los jardines de Hintlesham Hall.

En aquellos meses en los que la enfermedad le nublaba el juicio de una manera adicional, me encargaba hasta de leer sus cartas antes de que las mandásemos abajo para que fuesen enviadas. Aprendí a trazar su caligrafía como si fuese la mía, haciendo uso de la memoria muscular hasta que no hubiese ni un pequeño detalle que delatase las diferencias entre una mano y otra.

Si alguna visita llegaba a Hintlesham Hall, como aquella ocasión en la que Nathaneel Firebrace trajo un libro para John, la excusaba diciendo que le acaecían terribles dolores de cabeza.

—Tendrá usted más suerte buscando a mi primo en Londres —le dije al señor Firebrace—. No ha de venir a Suffolk en unas semanas.

Mi sugerencia no causó una gran impresión en Nathaneel Firebrace. Se limitó a encogerse de hombros, arguyendo que su presencia era también una excusa para visitar a mi tío «y a las señoritas de la casa».

—El trabajo de John no me corre prisa alguna. Quizá, durante su ausencia, las señoritas gusten de leer el volumen. Ha llegado a mis oídos que una señorita de Hintlesham en particular no admira el arte de John tanto como los demás.

Desvié la mirada, notando las mejillas enrojecer.

—Me temo que la información que ha llegado a sus oídos, mi señor, es inexacta.

—¿Lo es?

Tomé aire. Los pelillos de la nuca se me erizaron, como alertándome de la presencia del servicio, que iba y venía para dar a conocer a mi tío la visita del señor Firebrace.

—Jamás afirmé que no apreciase el arte de mi primo. Simplemente

dije que no pagaría por él, de estar en la posición de poder hacerlo.

Nathaneel rio. Al hacerlo, extendió los brazos, casi en señal de derrota.

—En ese caso me temo, señorita Crowfoot, que carezco de su sensatez.

Me mordí las mejillas. La piel me ardía tanto que casi me hacía marear, y hube de pasar las manos por la tela de mi vestido para secarlas de sudor.

—Discúlpeme, señor Firebrace. No pretendía acusarlo de opulencia.

—Habría sido un juicio acertado, si lo hubiese hecho. —Hizo un gesto, percatándose de la presencia de la criada que se acercaba a nosotros—. Me temo que su tío me espera. Dele recuerdos a la señorita Darcy de mi parte, si es tan amable.

—Por supuesto.

Ya se encaminaba hacia el pasillo que le indicaba el servicio cuando me giré, los dedos acariciando el lomo desnudo del volumen que me había entregado.

—¿Señor Firebrace?

—¿Señorita Crowfoot?

—Si no es osada la pregunta, ¿qué opinión le merece el manuscrito que le ha traído a mi primo?

—Me temo, señorita, que no podría responder a su pregunta, pues aún no lo he leído. Solo he escuchado cosas buenas del señor Marlowe, sin embargo.

—¿Cree usted que se trata de una lectura apropiada para mi prima y para mí?

Nathaneel sonrió. Cuando lo hacía, aquellas pecas tan poco deseables le bailaban en el puente de la nariz.

—Una pregunta más apropiada para su institutriz que para mí. Pero si las señoritas no temen a Shakespeare ni a Milton, tampoco creo que encuentren nada digno de escándalo en las palabras del señor Marlowe.

Fruncí el cejo.

—¿Cómo sabe usted que leemos a Shakespeare y a Milton?

—Señorita, los hombres hablamos de las mujeres y de las cartas

que ellas escriben tanto como las mujeres hablan de nosotros. Ese es nuestro secreto.

Corrían tiempos turbulentos en Inglaterra. Tras la última derrota en Escocia, el trono del rey Carlos se tambaleaba bajo su propio peso. Los cuchicheos de los hombres llegaban incluso hasta nuestros oídos, y la tensión que precede al cambio era tan nítida en los bosques de Suffolk como en las calles de Londres. Aun así, mi mayor alivio solo llegó cuando, como tantas veces había rezado para que pasara, Richard Andrewes nos visitó en diciembre. Tras tantas angustias, un anillo de plata adornaba ahora el dedo de mi prima, la promesa que habían mantenido durante años grabada en el metal que le acariciaba la piel.

—Es tan hermoso que me da pena cuando llegue la boda y tengamos que cambiarlo por una alianza de oro —dijo Cecily, estirando el brazo para observar con más detalle la joya en aquella mano que hasta ahora había estado desnuda.

John no pudo evitar reírse ante la candidez de aquel comentario.

—El oro es más valioso que la plata.

—Lo sé, pero la plata es tan bonita… como un rayo de luna.

No se trató aquella de una tarde romántica o sentimental. La entrega del anillo había sido una mera transacción económica, el futuro enlace de dos familias que habían esperado durante años por aquel acontecimiento. Por supuesto, también simbolizaba la culminación del deseo: tras tanto temor y tantas dudas en torno a la salud de mi prima, su promesa con Richard Andrewes adoptaba un nuevo cariz; si él se atrevía a romperla por algún motivo, su reputación quedaría también dañada.

Mientras los hombres se acercaban a brindar con vino, Cecily dio un par de pasos hacia Nathaneel Firebrace y le susurró:

—Ahora que estamos más cerca de ser familia, he de avergonzarlo recordándole que trató de asustarnos a mi prima y a mí con ese libro que nos trajo.

Nathaneel parpadeó.

—¿Asustarlas?

Cecily bajó aún más la voz.

—El libro de Marlowe. Trata sobre un hombre que hace un pacto

con el diablo —apretó los labios en una sonrisa—. Lamento comunicarle, señor Firebrace, que no logró turbarnos el sueño a ninguna de las dos.

—Nada más lejos de mi intención, señorita Darcy. ¿He de suponer por tanto que la lectura no resultó de su agrado?

—No soy una gran lectora. Sobre este tema, me temo que encontrará una conversación más estimulante en mi prima, no en mí.

Como punto y final, le hizo un gesto de despedida a Nathaneel, excusándose en querer atender a su prometido, ahora que este lo era de pleno derecho.

Nathaneel dio un paso hacia mí.

—Señorita Crowfoot, supongo que a partir de esta velada podremos considerarnos primos.

—A partir del matrimonio, sí. A ojos de Dios y de la ley.

Una risa seca, ahogada por los ruidos de los hombres que bebían y por las conversaciones alegres que Cecily mantenía con las hermanas de Richard Andrewes.

—¿He de esperar hasta entonces para preguntarle qué opinión le merece el libro del señor Marlowe?

Suspiré. Trataba de no mirar fijamente a Nathaneel Firebrace. Sabía que, si lo hacía, cualquier palabra y cualquier sonido morirían, avergonzados, antes de abandonar mis labios.

—No creo que sea una lectura que la institutriz hubiese aprobado, de haberlo consultado con ella.

Otra risa, fragmentada en dos sílabas gemelas, ambas perfectamente agudas. Nathaneel Firebrace se inclinó ante mí, uno de sus rizos rojizos rozándome la sien.

—No ha contestado a mi pregunta, señorita Crowfoot.

—Bueno, mi educación, aunque extensa, no es la misma que recibiría un hombre. No he ido a Cambridge…

—Yo tampoco, válgame Dios.

—Bien. Considero… considero que el libro de Marlowe es interesante, aunque sigo prefiriendo las brujas de Shakespeare al diablo del señor Marlowe.

Nathaneel ladeó la cabeza. Todavía no se había reincorporado del todo, por lo que su cara quedaba mucho más cerca de la mía que de

costumbre.

—Una preferencia perfectamente venerable.

—Tampoco logré comprender al doctor Fausto.

—¿Ah, no?

—Para un hombre de su intelecto, lo encontré bastante simple. ¿Quién firmaría con sangre un pacto que solo puede acabar en desgracia? De existir un pacto con Dios, el único riesgo que este podría implicar sería que tus plegarias se negasen a ser escuchadas, puesto que la voluntad de Dios es una y más fuerte que la voluntad de cualquier hombre. De hacer un pacto con el diablo, aunque tu voluntad se cumpliese, irrevocablemente perderías tu alma.

Nathaneel se pasó la lengua por los dientes antes de contestar:

—Supongo, señorita, que lo que Marlowe pretendía comunicar es que nadie es inmune a la tentación.

De no haberme condenado al hacerlo, le habría contestado que, cuando tú no eres causa alguna de tentación, la tentación de los demás tampoco puede tocarte. En su lugar, mi réplica fue la siguiente:

—En ese caso, señor Firebrace, la complejidad de la educación que recibís los varones frente a la que recibimos las mujeres queda expuesta.

XI

En cuanto los invitados nos abandonaron, mi tío me citó en la biblioteca. Sus palabras fueron corteses, secas y desprovistas de todo sentimiento, como lo habían sido tras el funeral de mi madre, cuando me encomendó la educación y la reputación de su hija. Supuse que, tras las noticias favorables que acabábamos de recibir, aquello de lo que quería hablarme debía estar también relacionado con Cecily.

No se había fijado una fecha de boda, aunque la misma meta de siempre (el momento en el que Richard Andrewes terminase con sus estudios en Cambridge y comenzase su profesión como doctor en leyes) permanecía en nuestros pensamientos. Ese día, que se me antojaba peligrosamente lejano, marcaría también el final de mi cometido en Hintlesham Hall. Puesto que mi tío no permitía que las emociones le turbasen el juicio, debía estar pensando seriamente en mi futuro. Huérfana y sin pretendientes, con mi dote ligada a él, ¿qué fortunas podrían depararme? ¿Qué heredero podría fijarse en mí, que no tenía nada excepto el recuerdo de un buen apellido? La vida no era amable para una mujer soltera. Aunque pudiese desempeñar algún oficio noble, siempre dependería de él primero y de mi hermano Thomas después, llegado el momento.

Pensé en lo que Cecily me había dicho sobre Nathaneel Firebrace. Un hombre como él debía tener una buena razón para volver a Inglaterra cuando tanto su juicio como su corazón preferían las aventuras de la mar y las promesas de las colonias. Pero incluso la idea furtiva de que hubiese encontrado en mí lo que buscaba me causaba una profunda vergüenza. Era consciente de la manera en la que los hombres observaban y trataban a las mujeres que les resultaban atractivas, y ni Nathaneel Firebrace ni ningún otro varón me habían observado o tratado a mí de un modo semejante.

Cecily debió notarme la preocupación en la cara, pues me preguntó si estaba indispuesta. Por fortuna, su alegría aquella tarde era tan grande que logré convencerla de que nada acontecía.

—Estoy tan feliz por ti —le dije, y todas aquellas palabras fueron ciertas—. Por fin, después de tanto tiempo…

—Estoy tan aliviada que podría romper a llorar aquí mismo.

Aquella era una afirmación significativa. Las lágrimas no le venían rápidas a Cecily. Las contadas ocasiones en las que lloraba de manera honesta, ese llanto le sobrevenía tras una ardua lucha interna por contenerlo. Era como si fuese consciente de lo valiosos que eran sus sentimientos y no quisiese desperdiciarlos en asuntos triviales.

—Ahora puedes estar tranquila —le aseguré, apretándole la mano.

John hubo de haber leído también la alarma en mi rostro, puesto que me detuvo mientras me encaminaba a la biblioteca.

—¿Vas a ver a mi padre?

—Sí. Me ha pedido…

—Lo sé. ¿Te importaría que hablásemos antes tú y yo? A solas. Me parece lo más honesto.

Tragué saliva.

—P-por supuesto. Como desees.

Me condujo a una pequeña salita con la que yo no estaba demasiado familiarizada, puesto que los hombres solían utilizarla para beber y comentar los avances políticos. No fue el olor del alcohol, sin embargo, el que me golpeó primero, sino uno más dulzón que reconocí de inmediato: el del cuero con el que John encuadernaba los libros.

Por lo demás, se me antojó una estancia acogedora, una especie de biblioteca en miniatura cuya chimenea, encendida, invitaba al recogimiento.

—Por favor —dijo John, indicándome que me sentase en una de las sillas tapizadas con motivos silvestres.

Cuando obedecí, él hizo lo propio en la otra silla, que acercó hasta que ambos quedamos frente a frente, tan cerca que nuestras rodillas casi se rozaban.

—¿Sabes…? ¿Te imaginas el tipo de conversación que quiero tener contigo?

La luz del fuego era amable con él. Le suavizaba las facciones, logrando que su perfil resultase más elegante, sus ojos más grandes y brillantes. Al reflejarse en el candelabro de plata, aquellas mismas llamaradas dibujaban también un anillo en torno a las sienes de mi primo; un halo o una corona por cualquier otro nombre.

—Supongo… supongo que del mismo asunto que quiere tratar mi tío.

—Supones bien.

—Sobre Cecily, y su futuro enlace con el señor Andrewes.

John parpadeó, ladeando ligeramente la cabeza hacia atrás. Me miraba de la misma manera en la que lo había hecho aquella vez en la biblioteca, cuando sujeté, sin quejarme y sin que mis muñecas me traicionasen, los pesados volúmenes que él me tendía.

—Parcialmente.

—¿Parcialmente?

Casi desarmado por mi pregunta, se levantó. Dio un par de pasos cortos hasta la ventana y, sin dejar de mirar a través de ella, siseó:

—Llevo cuatro años en Londres. Sé que mi padre se preocupa por mí. Las dudas que tenía respecto a mi persona palidecieron en los últimos años, a causa de Cecily, pero ahora que el asunto de su mano está solucionado… vuelvo a ser yo la fuente de todos sus desvelos y disgustos.

Bajé las cejas. Aunque lo intentaba, no era capaz de unir las palabras de John de manera que mi presencia en la habitación tuviese sentido, o razón de ser. A duras penas, había sido capaz de ejercer una pequeña influencia en Cecily, sí, pero ¿qué esperaba mi tío que hiciese con John, que era mayor y más experimentado que yo, y que pertenecía a un mundo que yo jamás había estado equipada para comprender?

—Lo siento, pero no comprendo los motivos por los cuales tu padre podría preocuparse.

Como respuesta inicial, gesticuló de manera vaga en torno a la habitación.

—A su muerte, Hintlesham Hall me pertenecerá. Las tierras y los campesinos que trabajan en ellas, las rentas… todo será mío, aunque nunca he sentido interés alguno por estos asuntos, aunque he amado más los libros que las riquezas que van cosidas a mi nombre.

Bajé la vista a mis manos temblorosas, a los dedos enrojecidos, en carne viva. Nublada por los nervios, había comenzado a atacar la piel fina de aquellos dedos con las uñas, y ahora me avergonzaba del aspecto que tenían, de la sangre que amenazaba con brotar y arruinar

mi vestido, y el tapizado de la silla.

—Es preferible reprocharse por lo que uno tiene que por lo que a uno le falta —logré musitar.

John se volvió hacia mí. Tenía los párpados inferiores enrojecidos, y no fui capaz de discernir si esta novedad se trataba de un efecto de la luz o no.

—Sí. Confidencialmente… sin que salga de las paredes de esta sala, mi ambición es cederle a tu hermano Hintlesham Hall a la muerte de mi padre.

Me levanté, casi golpeada, abofeteada por aquel acto de amabilidad.

—Es… es un gesto… —Me llevé una mano a la cara, sin importarme que la sangre pudiese salpicarme la piel—. Lo siento, no encuentro las palabras para agradecer… —Suspiré—. Tampoco comprendo el motivo por el que estoy aquí, salvo guardarte el secreto. La custodia de Thomas le pertenece a tu padre, no a mí. En todo caso, yo responderé ante Thomas, y no él ante mí, cuando cumpla la mayoría de edad.

Aquellos años que me separaban de la edad adulta de Thomas, entonces, parecían estar a océanos de distancia. Cuántas cosas me habían sucedido no ya en algunos años, sino únicamente en los seis meses que llevaba en Hintlesham Hall.

Una vida entera podía terminar y regenerarse en aquel breve espacio de tiempo.

—A mi padre le preocupa el futuro de su apellido. Un apellido que morirá con Cecily y que solo yo, como único hijo varón, puedo preservar. No sé si mi padre se arrepiente de no haber contraído matrimonio a la muerte de mi madre, o si se reprocha por haber depositado todas sus esperanzas en mí. —Se humedeció los labios—. Cumpliré los veinticuatro años en unos días. Mi padre todavía no me considera un caso perdido del todo, aunque su fe en mí disminuye.

Bajé los párpados. ¿Podría haber encontrado algún tipo de respuesta en la alfombra o en mis pies? Nada de cuanto me rodeaba me daba pista alguna; solo me atraía dulcemente, haciéndome cosquillas en el punto exacto en el que nacía también mi interés por los asuntos de los hombres, por los temas que trataban cuando

nosotras no estábamos presentes.

—Discúlpame, John, pero no te comprendo. ¿Buscas consejo en mí?

Se rio. Cuando lo hacía, se le estrechaban los ojos, y sus iris parecían casi líquidos.

—Para serte sincero, sí. Quiero que me aconsejes durante toda la vida.

Las cejas me temblaron.

—¿Disculpa?

—Tanto mi padre como yo hemos llegado a la conclusión de que lo más beneficioso para todos sería que ambas ramas de la familia volviesen a unirse —dijo, acercándose más a mí; olía a lavanda y a tinta—. Las dificultades que puedas tener para recibir una propuesta de matrimonio no reflejan tu valor ni tu dignidad; mi falta de interés por encontrar una buena esposa, en cambio, sí es un fiel reflejo tanto de mi carácter como de mis defectos.

Instintivamente, me separé. Agradecí que no ganase terreno acercándose. Con mi expresión y con mi mirada, sin embargo, traté de hacerle saber una verdad ineludible: no temía la propuesta que estaba a punto de formular, sino la enormidad de mi propio deseo, la herida sangrante de mi vanidad que amenazaba con curarse.

—Sé que es poco ortodoxo hablar contigo de mis intenciones con esta franqueza, pero por mi honor y por el respeto que te tengo no podría haberlo hecho de otra manera. —Una sonrisa nerviosa se deslizó por sus labios—. Quizá también sirva para amortiguar el golpe.

Me abracé a mis propios codos, los ojos fijos en algún punto de las tablillas de madera y no en John. Pensaba en Cecily y solo en Cecily. En unos meses, su promesa, que traía consigo el olor del incienso, se haría cierta: seríamos hermanas ante la ley, ante Dios. Me vestiría con el mismo apellido del que ella se despojaría al contraer matrimonio con Richard Andrewes. Nuestra sangre sería una sola.

—¿Puedo preguntar qué opinión te merece esta situación?

Crispé la espalda ante la voz de John, regresando de golpe a la realidad.

—¿Por qué yo? —logré preguntar, la voz pastosa.

Mi duda no le sorprendió.

—Creo que somos semejantes, en algunos aspectos. Vemos las cosas como son y no como nos gustaría que fuesen. Y admiro tu franqueza y tu coraje, y jamás podré agradecerte lo suficiente todo cuanto has hecho por mi hermana desde tu llegada.

Asentí con un gesto.

—Esa es la opinión que yo también tengo de ti. Aunque preferiría ser valiente de la manera en la que tú lo eres.

Ladeó la cabeza.

—¿Y qué manera es esa?

—No le tienes miedo a la vida.

No dijo nada para refutar mi afirmación. Se volvió hacia la ventana una vez más, pegando la cara al cristal hasta que este quedó empañado de su vaho. Observándolo en aquella posición, no pude evitar reparar en que la pequeña joroba del puente de la nariz era exacta a la de su hermana.

—Seré un buen marido, de eso no debes preocuparte. A mi lado, tu copa siempre rebosará.

Se me atragantó el agradecimiento en la garganta. Parecía burdo, infantil, una molestia que ninguno de los dos necesitábamos. Me limité a bajar la cabeza, rezando por que el reflejo de las llamas me camuflase el rubor de las mejillas.

—El amor que los hombres sienten hacia las mujeres que no son de su familia… —prosiguió, volviéndose hacia mí—. No es amor, sino deseo. Algunos hombres creen que negarlo les honra, pero mi opinión es que la honestidad hacia nuestros propios pecados es mucho más valiosa. La mayoría de los hombres solo son capaces de sentir un afecto genuino hacia otros hombres: sus hermanos de armas, sus amigos, sus compañeros de profesión… No llorarían por una mujer ajena a su familia, pero serían bien capaces de verter las lágrimas más amargas por otros hombres. —Tomó aire—. Te deberé fidelidad desde el momento en el que te ponga un anillo en el dedo, así que creo que es preciso que sepas que no comprendo el mundo de las mujeres, pero que contigo puedo encontrar puntos en común.

Alcé la barbilla para mirarlo a los ojos. Tenía el semblante serio, pero todo él desprendía aún esa luminosidad que lo caracterizaba, esa ligereza que me hacía pensar que sus pisadas eran mucho más livianas

que las del resto, como si hubiese conocido todos los secretos del cielo desde antes de nacer.

—Estoy conforme, puesto que yo tampoco comprendo el mundo de los hombres.

Me hizo un gesto, casi como cerrando un asunto que llevaba quitándole el sueño desde hacía semanas. Los sentimientos negativos y él eran incompatibles; era como si su cuerpo, tan fuerte y tan sólido, estuviese formado de una materia tan pura que todos los aspectos malos de vida lo rehuyesen.

Dio un par de pasos hasta llegar a mi lado, sus nudillos chocando con los míos.

—Puedo ser suave contigo, si lo requieres —me prometió—. No tendrás queja alguna conmigo.

Para ilustrar su afirmación me besó en la mejilla, brevemente, los pelillos del bigote haciéndome cosquillas en las comisuras de los labios. Su aliento era imposiblemente cálido ante la frialdad de la punta de la nariz.

XII

¿Qué más puedo decir? Inicialmente, el anillo en mi dedo no agradó a Cecily. Lo observó durante un segundo, y luego apartó la vista de golpe, como si el mero destello de la plata se le antojase grotesco. Estábamos en la sala trasera del piso inferior, bordando, y al acercarme más a ella se apartó. El suyo había sido el movimiento involuntario de un animal herido.

—Me figuraba que te alegrarías por mí —le dije.

Una arruga creció en la frente de Cecily. Tenía las cejas bajadas, oscureciéndole unos ojos acuosos y muy, muy brillantes.

—No hay nada que desee más que tu felicidad —aseveró entre dientes apretados.

Reparé en que todavía no me miraba. Tenía los ojos fijos en la ventana, en las flores que crecían en el jardín, como burlándose del invierno.

—¿Lo quieres? —insistió.

Emití un sonido explosivo por la nariz.

—No sabía que las mujeres como nosotras pensábamos en el amor al considerar un matrimonio. —Suspiré—. No le haré daño, Cecily, y él tampoco me lo hará a mí. Y nosotras seremos de verdad hermanas.

Traté de acariciarla al decir eso, pero ella volvió a rehuirme, los ojos fijos en el mismo punto indeterminado.

—Creía que eso era lo que querías —proseguí—. Tú misma me lo dijiste: «Hoy pierdes a una madre pero ganas a una hermana».

Cecily negó con la cabeza. Apretó los párpados. Al volver a abrir los ojos, pude percibir lo húmedas que estaban sus pestañas largas y negras.

—¿Vas a quererlo más que a mí? —dijo, un mar verde y furioso volcado sobre mí.

Forcé una sonrisa.

—No podría querer a nadie más que a ti.

—¿Ni siquiera cuando te dé cosas que yo no pueda? ¿Ni cuando tengáis hijos juntos?

Solté aire por la boca, dejando caer la labor sobre las rodillas. Me incliné hacia ella, y bajé tanto la voz que apenas yo pude escuchar lo que le decía.

—No deseo que llegue el momento en el que tenga que cumplir mis deberes como esposa con tu hermano. Y cuando esos deberes den fruto, criaré a mis hijos con los tuyos. Viviremos la una al lado de la otra, como planeamos.

—Ahora que todo está solucionado conmigo, John pasará más y más tiempo en Londres. Hasta la muerte de mi padre, cuando heredéis Hintlesham Hall, vuestra residencia será Londres.

—Como lo será la vuestra. —Esta afirmación captó la atención de Cecily; se giró lentamente para mirarme por encima del hombro—. ¿Dónde habría de ejercer la ley Richard Andrewes, excepto en la capital? Tiene fama de hombre sensato y prometedor. ¿Por qué habría de desperdiciar su talento en Suffolk?

Cecily escuchó mi explicación, pero esta no la convenció. Apretó la aguja hasta hacerse sangre; los ojos aún húmedos, las manos aún temblorosas.

—¿Acaso tú querrás a Richard Andrewes más que a mí?

Cecily se sorbió los mocos.

—Richard Andrewes no es tu hermano.

La agudeza del reproche me tomó desprevenida. Me giré hacia mi prima, buscando algún tipo de explicación en su cara. En su expresión lejana no encontré odio ni resentimiento, sino el mismo pavor casi infantil que la había acechado con el primer sangrado.

—¿Piensas que te estoy robando a John o que John me está robando a mí?

Cecily apretó los labios. Me miraba como si estuviese hablando en una lengua extraña, foránea, de la que ella tuviese un total desconocimiento.

—Sois las dos personas a las que más quiero en el mundo —repuso, pronunciando cada palabra con una infinita lentitud, casi con cariño—. Mucho más de lo que quiero a mi padre. Más de lo que me quiero a mí misma.

Le aferré la mano de la manera temeraria e impulsiva en la que alguien abrazaría a un gato salvaje y enloquecido. Cuando ella trató de separarse, la apreté con más fuerza.

—Siempre vas a ser mi favorita. Tú me escogiste, ¿recuerdas? Tú me viste primero —apoyé la cabeza en su hombro—. Y John no se

casa conmigo porque me desee como mujer, ya lo sabes, así que tampoco tienes que preocuparte por eso.

Cecily volvió a apretar los párpados. Una lágrima solitaria le bajó por la mejilla. La secó con el dorso de la mano en movimientos rápidos, desesperados y voraces.

—No pienses que siento envidia, porque no es así —me aseguró, la cara tan roja y tan húmeda—. Quiero que seas feliz más que nada en el mundo. Quiero que lleves una vida apasionada y hermosa, el tipo de existencia dorada reservada solo a unos pocos, pero tengo miedo. —El cuerpo se le sacudió con esta palabra—. Tengo miedo de perderte y tengo miedo de no ser una buena esposa y tengo miedo de lo que Richard Andrewes vaya a pensar la primera vez que me vea sangrar. No sé nada de él excepto que es un hombre bueno e inteligente y amable y que voy a casarme con él y que recé y recé para tener su anillo en el dedo y que ahora ese mismo anillo me quema la piel.

La enormidad de sus palabras me asustó. Habíamos quedado desnudas la una frente a la otra de una manera primaria, casi animal. Nada que pudiese decirle tendría la capacidad de actuar como un bálsamo; ninguna expresión de consuelo podría taparnos como un manto, o arrullarnos hasta que nos quedásemos dormidas. Éramos un miedo mirando a otro miedo, y nuestra juventud nos traicionaba.

Así que la abracé, buscando ese consuelo primitivo del contacto humano, ese calor que engaña a un hambre que nunca se va.

—Siempre viviré cerca de ti —juré—. Y nada te dañará.

Algo más cambió en Hintlesham Hall al llegar el nuevo año. El servicio ahora me trataba con deferencia, con un respeto muy distinto al que me habían profesado los meses anteriores. Por supuesto, un simple mortal no tiene la capacidad de predecir el futuro; aunque la salud de mi tío era espléndida, y aunque los estragos de la edad todavía no habían empezado a hacer mella en él, los criados no olvidaban que, a su muerte, John y yo seríamos los dueños de la casa. Para ser más precisos, mientras John estuviese fuera, trabajando o en viaje de negocios, yo sería la encargada de supervisar el cumplimiento de todas las tareas de la casa, de decidir quién se iba y quién se quedaba.

Puesto que esa especie de sentencia inevitable nos perseguía a todos, las criadas comenzaron a ser más amables con Cecily también. Los cuchicheos cesaron, y las miradas pavorosas se suavizaron en algo mucho más cercano a la comprensión o al afecto.

Aprendí a odiar ese temor enmascarado de cordialidad pero, al menos, Cecily gozaría de una paz desconocida durante sus últimos meses en Hintlesham.

XIII

¿Qué más queda por decir? Si fuese la creadora del lenguaje, le conferiría el poder de crear vidas y posibilidades que traspasasen la volatilidad del papel y la tinta; una especie de tacto de Midas que transforme, transforme y transforme, ahogando todo lo anterior. Puesto que nada de esto es posible, puesto que carezco de los poderes de los que se me acusa, solo puedo escribir lo que sucedió realmente.

Hay ciertos momentos que se clavan en nosotros de una manera indeleble. Causan que nuestra carne se vuelva más débil, quizá, maleable, como el queso, de modo que la cicatriz que dejan no nos abandona jamás. El golpe más certero que acaeció sobre nuestras vidas vino en febrero. Puedo afirmar con total convicción que lo recuerdo todo de aquella mañana, hasta los más pequeños detalles. Podría transportarme, habitar la piel que habitaba cinco años atrás, solo con proponérmelo.

Ni los esfuerzos más desesperados podrían haber cambiado nada

Hacía sol. Un sol espléndido que engañaba y retaba al invierno. Desayunábamos, y todavía noto la mantequilla derretida goteándome por la barbilla, todavía oigo el crujido del pan cuando Cecily lo mordió. ¿Quién podría reprocharle nada a tanta juventud, a tanta inocencia?

Thomas pronunció, sin saberlo, la sentencia irrevocable.

—¿Qué tienes ahí? En el cuello.

John se llevó la mano hacia atrás.

—¿Qué?

—Una marca violeta, como un golpe.

A esta pista la siguió una risotada ligera que casi parecía querer pedirnos perdón a todos. Perdón por la molestia y perdón por lo embarazoso de la situación.

—Ah, sí, el otro día me caí del caballo. Todavía me duele la espalda que es una barbaridad. Supongo que es un moretón. Fue una caída aparatosa.

Me incliné para poder observar con más detenimiento, a la luz, aquello a lo que Thomas se refería, y la realidad grotesca de aquella marca me hizo levantar de la silla.

—Eso no es un moretón —dije, trémula.

Con el efecto de mis palabras, el tazón de leche se escurrió de entre los dedos de Cecily. Aún puedo olerlo, un aroma peligroso que no acaba de abandonarme a pesar del tiempo transcurrido. Podría dibujar la marca blanca que dejó en la madera, también, si alguien me lo pidiese.

Todos conocemos el final de la historia. Es una historia muy antigua.

Un hombre bueno. Un hombre que ilumina cada habitación en la que entra. Un hombre cuyo carácter es más pesado que sus pecados, su nobleza mayor que cualquier falta en su página del libro de la vida. Es una historia muy, muy antigua.

Patroclo no regresó de Troya. Los filisteos dieron muerte a Jonathan. Todos los hombres del rey Saúl cayeron en batalla, sin catar la victoria ni la gloria. Todos conocemos el final de esta historia.

El doctor salió de la alcoba de John. Sin haber pronunciado palabra, la verdad, y el tamaño del golpe recibido, quedaron expuestos a la luz tan clara de aquella mañana de febrero.

—Haré llamar a un empírico —nos dijo, y después—: Señoritas, deberían retirarse.

Hizo un gesto en dirección a Cecily al pronunciar aquello. Mi prima, con un brillo furioso en la mirada, dio un paso atrás.

—No me voy a ninguna parte.

—Es muy contagioso.

Las aletas de la nariz de Cecily temblaron. Miraba al doctor con reproche, casi con desprecio, como queriendo decirle que no acababa de comunicarle nada que ella no supiese ya.

—No le temo a la muerte ni a la enfermedad. He dicho que no me voy a ir y no hay nada que usted pueda hacer para evitarlo.

Azorado ante el siseo iracundo de mi prima, el doctor se volvió hacia mí. No encontró en mi persona a una mujer más dócil, ni más razonable.

—Yo también me quedo. Al menos hasta que llegue el empírico. La puerta de la alcoba está cerrada, de todos modos.

El doctor no tuvo ánimos de discutírmelo, no sé si porque no creía que mereciera la pena o porque sus conocimientos, como los nuestros, eran inexactos. Habían pasado años desde la última epidemia y, aunque todos los años había muertes y contagios de la peste, no todos los médicos de pueblo estaban familiarizados con las complejidades de la enfermedad.

Una vez se hubo ido, Cecily se inclinó ante mí y susurró:

—Puedes irte, no vaya a ser que te contagies.

Sacudí la cabeza.

—No tengo miedo.

Significando: dije que iría adonde tú fueses, y no tengo intención alguna de faltar a mi palabra ahora.

Significando: he disfrutado de la carne de la vida, y ahora me toca roer el hueso.

—Deberíais retiraros las dos —dijo John desde el otro lado de la puerta, la voz ahogada y lejana—. Me encuentro bien. Todavía no tengo fiebre.

Cecily suspiró.

—Quizá puedas darle órdenes a tu futura esposa, pero yo no voy a empezar a hacerte caso ahora. ¿Qué nuevos trucos puedes enseñarle a este perro viejo?

Había crecido desde aquel primer encuentro en la iglesia. Puesto que estábamos siempre juntas, no me había percatado hasta aquel momento de los cambios en su aspecto físico. Estaba algo más alta, y había perdido del todo las redondeces de la niñez. La nariz se le había afilado, y las líneas de la mandíbula habían quedado también más definidas, como si un artista le hubiese dado los últimos retoques con el cincel a una escultura de mármol. La cintura era ahora fina y esbelta, tan delicada que, estaba segura, las manos grandes de un hombre podrían rodearla sin que los dedos dejasen de tocarse.

—Me encuentro bien —insistió John—. Cuando venga el empírico, ¿podríais decirle que me trajera algún libro?

Intercambié una mirada con Cecily. Me humedecí los labios.

—No estoy segura de que sea una buena idea.

Desconocíamos el método de contagio. Desconocíamos los riesgos. Desconocíamos tanto que cada paso tintineaba con los grilletes de una condena invisible.

—¿Hay algo que pueda hacer, además de esperar?

Sin honrar su pregunta con una respuesta, Cecily se fue. Regresó un par de minutos más tarde, uno de los libros de John debajo del brazo. A una distancia prudencial de la puerta, pero lo suficientemente cerca como para que John pudiese escucharla, comenzó a leer.

—Canta, oh, diosa…

Cecily era una lectora lenta e impaciente a quien las historias ficticias no causaban una gran impresión. Aun así, no abandonó la lectura; pasó una página tras otra, recitando con la voz clara y determinada, hasta que se le secó la lengua y llegó el empírico.

XIV

El empírico vestía una suerte de toga roja (desteñida, como si la tela fuese testigo de los años pasados), el sombrero de ala ancha que simbolizaba el paso de la enfermedad y la muerte por las calles, un bastón delgado y oscuro, y una máscara que se alargaba hacia delante. La razón de ser de aquella máscara se hizo evidente cuando pasó por nuestro lado, el olor de la lavanda y los claveles flotando en el aire como una advertencia.

Lo llamábamos «empírico» puesto que no se trataba de un doctor en medicina. La peste causaba tanto pavor que aquellos que la trataban, contratados por las autoridades locales, con frecuencia jamás habían ejercido la medicina.

Luché por que mi mente no divagase al lugar más peligroso de todos: el motivo por el cual los empíricos no estaban obligados a contar con estudios de medicina era que su cometido, la mayoría de las veces, se limitaba a registrar las muertes.

El empírico no nos dejó acceder a la alcoba de John. Tuvimos que esperar. Imaginar. Rezar. Puedo decir que nunca he rezado tanto como esos días, con tanta ferocidad y desesperación. Podría haber aprendido un idioma nuevo. Podría haber rezado en todas las lenguas del mundo, hasta desfallecer. Podría haber, incluso, adivinado el idioma con el que los ángeles se dirigen a Dios.

No temáis, no temáis, no temáis…

Recé tanto que, en aquellos momentos en los que la falta de sueño se ensañaba conmigo de manera especial, me parecía que mi cuerpo se transformaba en el de un ángel.

Dos alas cubriéndome los ojos, de modo que no pudiese ser testigo de la caída de todo cuando había amado en Hintlesham Hall. Un cuerpo como un rayo, envuelto en tela blanca. Vestida por una nube, con un halo hecho de todos los arcoíris del mundo. Las piernas, sangrantes tras tanto arrodillarme para rezar, como pilares de fuego…

Aquellas cosas que conocíamos —y temíamos— de la peste no se cumplieron con John, al principio. No le subió la fiebre. Las marcas en la piel eran pequeñas, no las heridas grotescas y monstruosas de las que la gente huía. Estaba más cansado de lo habitual, sí, pero por norma general podíamos hablar con él a través de la puerta cerrada, y él nos contestaba.

Aunque quería, no dejábamos que Thomas se acercase al ala de Hintlesham Hall en el que estaba John. Por precaución, ya que tenía a su cargo a todas las personas que trabajaban en la casa, tampoco mi tío frecuentaba aquellos pasillos, manteniéndose al tanto de la evolución mediante las novedades que le hacíamos llegar. Éramos solo Cecily y yo en el pasillo, escuchando, esperando, y rezando.

Sabíamos que, cuando la peste se lleva a alguien, suele hacerlo al haber transcurrido siete o diez días desde las primeras marcas de la enfermedad. Así que rezábamos, rezábamos, rezábamos. Solo comíamos cuando las rodillas nos flaqueaban, amenazando con hacernos desfallecer; dormíamos cuando quedábamos exhaustas, pero nuestros cuerpos estaban tan en tensión, siempre a la espera del más mínimo ruido que presagiase un cambio significativo en el estado de John, que apenas lográbamos descansar durante una o dos horas antes de despertarnos, jadeantes y sudorosas. Y cada día que pasaba y la fiebre de John no subía (cada día que escuchaba atento a nuestra lectura, y protestaba si nos equivocábamos con alguna palabra; cada día que conversábamos con él a través de la puerta) era un día que le ganábamos a la muerte.

Observar el trabajo del empírico, comprobé, ayudaba. Le preguntaba incesantemente en qué podía colaborar, qué tarea tenía asignada para mí. Le hablé de la curandera, de las hierbas, de todas aquellas mañanas en las que había medido tan meticulosamente las cantidades de hinojo antes de echarlo en el cazo de agua hirviendo. Quería sentir que era capaz de servir de alguna ayuda, de algún modo, pero, ante todo, ansiaba la distracción que volcar toda mi atención en una tarea minuciosa me permitía. Si pensaba en las cantidades exactas

de hierbas medicinales, en su peso en la palma de mi mano; si concentraba mis fuerzas en esa única meta con la suficiente convicción, no habría espacio en mi cabeza para nada más. Nada podría dañarme.

El empírico venía a diario. Utilizaba su bastón para apartar la ropa de John, y también lo usaba para tocarlo. Cuando debía acercarse a él para cortarle la piel, dejando que la sangre fluyese a fin de reequilibrarle los humores, sus movimientos ya eran algo más vagos, más temerosos. La primera vez que le propuse encargarme del asunto yo misma, siguiendo su instrucción, me despachó enseguida; la segunda, se entretuvo con un par de ruegos y protestas; la tercera, no sé si guiado por mi insistencia o por su propio temor, accedió.

Al día siguiente me trajo una máscara como la suya, que llenamos de mirra, enebro y pétalos secos de rosa, a fin de protegerme del aire enrarecido de la enfermedad. Al comprender lo que pretendíamos, John hizo un amago de protesta o rechazo, pero ya estaba bastante cansado, y no opuso más resistencia. Su piel era algo más gruesa que la de Cecily, más difícil de atravesar con el cuchillo, pero el método era el mismo.

Mientras observaba cómo aquellas gotas rojas caían en el cuenco, me obligué a pensar que Cecily estaba mejor. No todos los meses eran buenos, pero ya no siempre presentaba aquel desenfreno que la empujaba a escaparse por las noches; incluso los dolores remitían, a veces. ¿Y esa mejora no podía ser solo atribuida a los tratamientos que le ofrecíamos? Si funcionaban con ella, debían funcionar también con John, que era más fuerte y tenía una salud más robusta.

Rezamos, rezamos, rezamos. Un día tras otro, hasta llegar el sexto. El estado de John seguía siendo estable. Todavía nos escuchaba leer, y todavía respondía a nuestras conversaciones. Nada se podía reprochar a su apetito. Aunque su aspecto había empeorado (la cara demacrada, cuarteada por las marcas negras de la enfermedad; el cuerpo amarillento, una sombra pálida de los músculos imponentes y durísimos de antaño), la fiebre no le había subido, y ese era un motivo de alegría.

El primer día, Thomas había asegurado que el doctor se equivocaba. A la gente como nosotros, a quien el Señor colmaba de tantas fortunas, no podía tocarle la peste.

—Pues nos ha tocado —había replicado Cecily, entre dientes apretados, sin ofrecer oportunidad alguna de debate.

Ahora, arrastrando el sueño y el cansancio como una larga cadena, empezábamos a creer que quizá había algo de razón tras las palabras de mi hermano. La peste había tocado a John, pero tal vez casi como una caricia, de pasada, a modo de advertencia.

—A lo mejor nuestra copa rebosaba demasiado —susurró Cecily.

Antes de que pudiese responderle, hundió la nariz en el libro que estaba leyendo, y retomó la lectura con la voz alta y clara, casi como clamándole a Dios.



Al séptimo día, la fiebre de John subió.

XV

Todos conocemos esta historia. El germen de la tragedia es la falta de elección. El final iba a ser siempre el mismo. Ni las abluciones ni los rezos ni las plegarias serían capaces de cambiarlo.

Al séptimo día, la fiebre de John subió. Perlado de sudor, con los ojos ardientes, se revolvía en la cama. Trataba de huir, de salir de la habitación, ¿y quién podría juzgarlo por ello? Cuando ya no le quedaban fuerzas para resistirse, hablaba, mayormente en lenguas que no entendíamos. Comprendía el francés y el latín, además de algo de griego, idiomas que nosotras desconocíamos. Aunque no hubiese sido así, sus susurros eran tan rápidos, tan desesperados, que no habríamos sido capaces de rescatar ni una sola palabra de aquel hilo confuso y jadeante.

Le pasamos un paño mojado por la frente. Estar en la misma habitación que él ya no nos asustaba. Habría sido mayor el remordimiento de no haberlo acompañado que el temor al contagio. Cada día parecía imposible, de todas maneras; éramos incapaces de imaginar siquiera el alba siguiente, cuanto menos las jornadas necesarias para que las marcas de la enfermedad se hiciesen evidentes también en nuestros cuerpos.

—Me he hecho esto a mí mismo —musitó John más tarde, humedeciéndose los labios acartonados—. Hay muchos casos en Londres, y muy poca gente dispuesta a ayudar…

Cecily se quitó el pañuelo repleto de hierbas olorosas que le cubría la cara. Solo para mirarlo a los ojos. Las rojeces de la nariz y de los párpados parecían arder contra la palidez cetrina de la piel.

Le sostuvo la mirada mucho tiempo, sin decir nada, casi como si quisiese concederle esa pequeña dignidad: que existiera algo en la habitación desprovisto de enfermedad.

—No he sido buena contigo —siseó.

John frunció el ceño, el fantasma de la incomprensión velándole los ojos.

—¿Recuerdas cuando dejé de comer? —prosiguió Cecily, centrando ahora toda la atención en el libro de oraciones que sostenía

entre las manos; la culpa ahogaba—. No lo hice para agradar a Dios, sino para que te sintieses mal por haberme asustado. —Se sorbió los mocos—. Y me enfadé mucho contigo cuando le pediste la mano a Avis, porque pensaba que en lugar de preferirme a mí os preferiríais el uno al otro.

Contrajo el rostro, con los ojos —ahora húmedos y fervorosos— fijos en el reflejo de la luna en la ventana.

—Quiero ser una buena persona, como Avis y como tú, pero no sé por qué no me sale.

Un temblor sacudió el rostro de John.

—Tienes tanto amor y no sabes qué hacer con él —masculló.

Cecily bajó la cabeza. Se acercó más a él, tomando la silla frente a la ventana, y le sostuvo la mano. John al principio crispó la espalda, como queriendo reprobar una conducta insensata, pero luego todo su cuerpo se relajó. ¿Cuántos días hacía que no sentía el calor de otra persona contra la piel?

Cuando John murió, Cecily fue la primera en darse cuenta. Aunque no estaba mirándolo a él, sino a la sombra dorada del día que se abría, los músculos se le tensaron en el momento preciso. En cierto modo, fue consciente de ello de una manera primaria, casi espiritual, como si un hilo invisible la uniese a John, y ahora sintiese el golpe de ese vínculo que se cortaba.

Se llevó la mano que tenía libre a la boca, ahogando el llanto.

Las criadas entraron en la habitación, los mismos velos enjugados en especias y flores secas cubriéndoles las caras. No recuerdo si las llamé o si, de alguna manera, algo en la casa las había alertado también de la muerte.

Cuando una de ellas se acercó para tapar el espejo, Cecily trató de impedírselo.

—Inténtalo, y será la última vez que tengas manos.

La aparté, agarrándola de los brazos temblorosos.

—¡No lo toques! —chilló—. ¡Que nadie toque nada!

Tiré el manto que me cubría al suelo. Tomé la cara de mi prima con ambas manos, mirándola fijamente a los ojos. En los suyos solo vi un horno ardiente.

—Cecily —la llamé.

Cayó de rodillas al suelo, como atravesada de muerte por una flecha. Toda ella se sacudía, poseída por el llanto.

—¿Por qué ha tenido que castigarnos Dios de esta manera? ¡Maldigo su santo nombre!

Las criadas contuvieron la respiración. Se miraron, susurrando oraciones incomprensibles.

—El dolor está hablando por ella —siseé, arrodillándome ante Cecily.

—¡Maldigo su santo nombre! —repitió, con más ferocidad que la vez anterior—. ¿Por qué tuvo que quitarme a mi hermano? ¡Era mío! ¡Mío!

—Era de Él antes de ser tuyo —repuso una de las criadas, la más vieja, la que conocía a los hijos de los Darcy desde el momento mismo

de su nacimiento.

Cecily se levantó, los ojos ya secos.

—Si son suyas todas las cosas, ¿por qué tuvo que quitarme a mi hermano, que es mío? ¡Que me lo devuelva! ¡Que me lo devuelva o que me lleve con él!

Con cuidado, poco a poco, paso a paso, logré sacarla de la habitación. La llevé a la parte trasera del jardín, donde nadie pudiese vernos, ignorando las súplicas de las criadas, que nos instaban a no abandonar la casa hasta que estuviésemos seguras de no habernos contagiado. Al final, nos concedieron ese último acto de amabilidad.

Rodeadas de flores (silvestres, con ningún otro cometido que el de existir), le hablé. Le hablé hasta que se me secó la boca. Le hablé de los pájaros, y de cómo cuando era niña pensaba que eran ángeles. Le hablé del dolor, que nunca desaparecía pero a cuyo aguijón una se acababa acostumbrando, dándole la bienvenida como a un viejo amigo. Le hablé hasta que se quedó dormida.

XVI

Durante tres semanas, estudiamos nuestros cuerpos desnudos. Cada día, aprovechando la luz abundante de la mañana, nos desvestíamos en la bañera, buscando señales como puntos en un mapa en nuestra piel erizada. ¿Es eso un lunar, o una peca? ¿Siempre ha estado ahí?

—Estás limpia —me dijo Cecily, el vigésimo día.

Di un paso hacia ella. Le levanté los brazos, examinando las venas como plumas violáceas, y los pelillos oscuros bajo la axila. Pasé un dedo por la columna, deteniéndome en cada hueso hasta llegar a los bordes afilados de las caderas. Busqué incluso entre sus muslos, y en el espacio entre los dedos de los pies; busqué en cada centímetro de aquel cuerpo esbelto como una espiga que yo conocía tan bien.

—Tú también estás limpia —susurré.

Cecily no me contestó. Salió de la bañera, los labios apretados y la mirada ardiente, y llamó a las criadas para que nos ayudasen a vestirnos.

—Es seguro —agregó.

Había pasado el tiempo prudencial sin que ninguna de las dos presentase las marcas ineludibles de la enfermedad. Ya podíamos salir, respirar el aire fresco de la calle, enfrentarnos a la vida que nos había robado tantas cosas, y de una manera tan calculada.

Sin embargo, no había triunfo en la voz de Cecily, sino lo contrario a este. Cada día, tras el baño, yo aguardaba la confirmación de que tenía permiso para quedarme en este mundo, por lo menos, un poquito más; ella esperaba un grito ahogado, la reacción ante la enfermedad devorándola herida por herida.

Pero el Señor no iba a ser tan amable con Cecily. ¿Por qué habría de serlo? Quizá disfrutaba de su resistencia, de cómo se enfrentaba a todos los desafíos y siempre salía de ellos pidiendo más. Tal vez en Cecily Dios y el diablo estaban apostando lo apuesto que habían apostado con Job: elige a una chica, cualquier chica, y haz que su copa rebose; cuando se la acerque a los labios, retírala, dejándola con las manos vacías y el estómago suplicante. Observa cómo crece su



enfado, hasta que tome forma humana, y pregúntate después a quién pertenece su alma.

Lo primero que Cecily quiso tras salir del cautiverio que nos habíamos impuesto fue ver a Richard Andrewes. Se lo pidió a una de las criadas de manera seca, casi irrespetuosa.

—Hemos mandado mensaje de que las señoritas están libres de peligro, y ya pueden salir.

Salvo que aquella no era la respuesta que Cecily quería escuchar.

—No está en Cambridge. Sé que vino para el funeral. Traédmelo.

«Traédmelo», como un objeto. «Traédmelo», como algo de su pertenencia. «Traédmelo», como había chillado que le devolviesen a John, que era suyo.

Tras aquella orden, y sin dar oportunidad a una respuesta, salió al jardín. Fui tras ella; aunque sabía que Thomas me necesitaba, aunque debíamos poner nuestros asuntos en orden, fui tras ella, apartando la maleza a mi paso.

El estado del jardín casi podría haberme irritado, si no hubiese escuchado todos los días desde la habitación cómo el servicio se quejaba, entre maravillado y asustado. «Este jardín que ayer dejamos impoluto, ¿cómo puede haberse asalvajado en el transcurso de una noche?».

—Necesitaba salir —jadeó Cecily, apoyando la espalda en el tronco del olmo—. Es como si viese a John en cada habitación, como si cada ruido tuviese la misma cadencia que su voz.

Lo sabía. Durante nuestra semana de encierro se había arañado la piel hasta escamarla, hasta que una sangre muy distinta de la habitual manchó las sábanas. Bajo los guantes largos, el vestido de luto y el velo que le ensombrecía la cara se escondía la piel doliente, en carne viva.

Hablaba en sueños, también. Estaba convencida de que había matado a John, de que su enfado había tomado unas proporciones tan monstruosas que se había convertido en un ente físico, capaz de hacer que la enfermedad se alimentase de su hermano. Peleaba consigo misma en sueños, y cuando se despertaba, largos mechones de su melena oscura quedaban en la almohada.

Por este motivo, me aliviaba que no nos hubiesen permitido asistir al funeral. Este había tenido lugar escasas horas tras la muerte de John, en lo más oscuro de la noche; no era prudente, al fin y al cabo, que el cuerpo infecto permaneciese más tiempo del necesario en la casa, con el peligro que ello suponía.

Sabía que, de haber estado allí, Cecily se habría tirado en la fosa, o sobre el sepulcro. Habría hecho una soga con su locura y con su pena, y se habría asfixiado con ella.

—Sé que también estás de luto —musitó Cecily después, casi a modo de disculpa, apoyando la nariz en mi mandíbula.

Sentí su aliento cálido en el cuello, y este hizo que se me erizaran los pelillos dorados del brazo.

La abracé en silencio. Mi dolor no era como el suyo; ante esta verdad innegable, su comentario adoptaba un significado que no supe interpretar. Quería a John, y había llorado su muerte no solo por el afecto que le tenía, sino también por la pérdida de un hombre bueno. Las personas como él no son de este mundo; no tienen cabida en él. Son demasiado puras, quizá, demasiado sólidas. El mundo los mastica y los escupe, transformando esa luz que los caracteriza en algo distinto, y mucho más humano, o los expulsa.

A la tristeza se le unía también cierto sentimiento de injusticia. Me parecía imposible que un hombre como John se hubiese apagado de una manera tan mundana como la enfermedad. Las personas hechas de la materia de John, pensaba, eran merecedoras de un final más épico, más honorable; sus huesos pertenecían a los océanos y a los campos de batalla, no a unas sábanas manchadas de las secreciones de la enfermedad.

Había perdido también la esperanza de mi futuro con John, pero no, mi dolor no tenía nada que ver con el de Cecily. No me comía por dentro, royendo hasta el hueso. No se alimentaba de mi sueño, de mi cordura y hasta de mi salud. Era un dolor tranquilo y silencioso que no pedía que nadie le prestase atención.

Richard Andrewes llegó un par de horas más tarde, pero antes de que anocheciese. Le pedimos al servicio que preparase la sala en la que Cecily y yo solíamos bordar. Una vez allí, Richard pudo darle el pésame verbalmente, por primera vez, a su prometida. Me di cuenta enseguida de que Cecily no lo escuchaba; oía sus palabras, pero estas no penetraban en ella, sino que la traspasaban, como si estuviese hecha de humo.

Cuando Richard terminó (la última sílaba murió en sus labios, haciéndose más baja hasta desaparecer), Cecily dijo:

—¿Cuándo es la fecha de la boda?

La voz, aunque pastosa, era increíblemente clara.

Richard no le sostuvo la mirada.

—Debemos aguardar hasta que pase el periodo de luto.

Me dio la sensación de que quería añadir algo, pero Cecily no se lo permitió. Temblaba. La respiración era entrecortada, como si precisase de una fuerza hercúlea para llenar los pulmones. Sin importarle que Richard estuviese presente, o sin darse cuenta de lo que hacía, empezó a rascarse la piel fina y blanca del cuello.

—No. No puedo esperar tanto. No puedo quedarme en esta casa un minuto más.

Richard dio un paso atrás, como desarmado por las súplicas desesperadas de mi prima. Tras un par de segundos de duda, se acercó a ella, diciéndole con una paciencia infinita:

—Cecily, no aspiro a comprender el tamaño del golpe recibido, pero por nuestro honor, y por el honor que nos debe la memoria de tu hermano…

Cecily no le permitió que continuase. Lo interrumpió con un movimiento débil de la mano, apretando los párpados para que no saliesen las lágrimas.

—No puedo. Quedarme. Un minuto más. En esta casa. No me importa que tengamos que vivir en Cambridge y no me importan las calumnias de la gente. Conozco mi dolor mejor que nadie. Ve a hablar con mi padre y casémonos enseguida. Por favor.

En esta ocasión, Richard se quedó paralizado, como herido de muerte por las frases punzantes de Cecily. Traté de recordarle, con la mirada, lo reciente que era la muerte de John, y lo que escocía el corte que había dejado detrás. Que llevábamos casi un mes encerradas, alimentándonos de nuestra propia locura. Que no podía exigirle razón, en aquellos momentos; que ella misma se daría cuenta en unos días de que pedía cosas imposibles.

Pero Richard no leyó nada de todo eso en mi mirada. Se le endureció el gesto y, sin cambiar de posición, masculló:

—Para salvar tu dignidad, terminemos con esta conversación. Volveré en unos días, cuando la razón…

Cecily emitió un sonido explosivo por la nariz.

—¿Es indigno que no desee dormir más noches debajo del mismo techo bajo el que murió mi hermano? ¿Que quiera empezar una vida nueva enseguida en lugar de repetir en mi mente el mismo día una y otra vez?

Richard suspiró, juntando las manos, casi hablando para sí mismo más que para su prometida.

—Estos no son temas sobre los que deba hablar, ni decidir, una mujer.

Se dio la vuelta tras escupir aquello, caminando en dirección a la puerta. Cecily lo siguió, coronando cada paso con una acusación.

—¿*Una* mujer? ¡Sé consciente de con quién estás hablando!

Richard la miró por encima del hombro.

Los ojos verdes de Cecily ardían bajo el velo del luto.

—Ahora que mi hermano ya no está, ¿quién crees que heredará Hintlesham Hall?

Un instante de silencio. Los dedos de Richard ya acariciaban el pomo de la puerta.

—¿Tú? —le preguntó—. ¿O tu primo?

Cecily arqueó una ceja.

—La herencia de Hintlesham Hall me pertenece por derecho. Es decir, le pertenece al hombre con el que me case. Necesitas a esta mujer tanto como ella te necesita a ti, mas la mención a mi primo no me toma por sorpresa. Si mi primo fuese a recibir una herencia que debería haber sido mía, daría las gracias a Dios por su fortuna. ¿Harías

tú lo propio si tu primo te quitase algo que es tuyo? ¿O te esconderías tras palabras amables para no admitir que te quema por dentro saber que, tras tantos esfuerzos, no logras alcanzar la nobleza que a él le confiere su carácter, no sus logros?

Expulsó todo eso de su ser, casi como un exorcismo, sin apenas inhalar aire entre palabra y palabra. Lo pronunció con rapidez, con ansia, y su piel enrojecía en la misma medida en la que la piel de Richard perdía el color.

—¿Consideras a mi primo un hombre de honor? —preguntó Richard, la voz baja y desapasionada—. Permíteme entonces que te remita sus condolencias, ya que no vendrá a dártelas en persona. Embarca a las colonias en unos días, y pondría la mano en el fuego a que una visita de cortesía no entra en su lista de prioridades. —Abrió la puerta—. Su nobleza reside en un talento impecable para sortear las partes duras de la vida.

Cecily bajó los párpados, los labios casi arqueándose en una sonrisa, o en una mueca.

—Serlo para reconocerlo, en ese caso, puesto que para afrontar las partes duras de la vida es necesario sentir emociones humanas, algo de lo que visiblemente careces. —Lo empujó contra el borde de la puerta—. Si te corto, ¿sangrarás? Si te hago cosquillas, ¿reirás?

Para hacerla callar, Richard la tomó del brazo, con fuerza, y la apartó.

—El dolor te ha hecho perder el juicio.

No me quedé a comprobar si Cecily respondía a eso. Fui tras Richard, diciéndole de todas las maneras que supe que sí, el dolor había hecho mella en su prometida, ¿cómo no iba a hacerlo? Que no la juzgase duramente por ello, sino que le diese tiempo.

—No le tenga usted nada de lo que ha dicho en cuenta, se lo ruego. Pasado el luto, Cecily se habrá recuperado, se lo juro. Obremos como si nada de esto hubiese pasado, puesto que no era Cecily la que hablaba realmente, y usted lo sabe.

Richard me observó en silencio durante unos segundos que me parecieron eternos. Tenía la mirada velada. En la palidez de su rostro, el rubor de algún tipo de emoción humana comenzaba a aflorar.

—Valoro mi honor más de lo que ella valora el suyo. —Buscó el

sombrero—. Lamento mucho su pérdida, señorita Crowfoot, y rezo para que pronto el peso de su dolor se vuelva más liviano.

Se fue. Lo vi marchar, la espalda haciéndose más y más pequeña en el horizonte, hasta desaparecer. Y durante cada uno de los segundos que permanecí en la puerta, observando su figura, recé para que no tomase una decisión apresurada.

XVII

Volví a entrar en la casa como si pudiese dar origen a tempestades con cada paso. Fui hacia Cecily, sin vacilar.

—¿Has perdido la razón?

Bajó las cejas.

—¿He dado falso testimonio?

—¿Es eso más importante que entregar tu cabeza en una bandeja de plata?

Apartó la mirada, suspirando. Incluso en aquel estado, con la piel seca y cenicienta, y el cuerpo como testigo del hambre, me pareció la criatura más hermosa del mundo. El enfado la hacía relucir, en cierto modo, otorgándole a los ojos un verde más intenso.

—La villanía que me enseñen, la pondré en práctica —recitó de memoria—. Y malo será que yo no sobrepase la instrucción que se me ha dado.

Después se volvió a uno de los muchachos que trabajaban en Hintlesham Hall y le pidió que fuese a buscar a Nathaneel Firebrace de inmediato.

—¿Qué estás haciendo? —la increpé, tirándole del mismo brazo del que la había agarrado Richard Andrewes.

Cecily me ignoró.

—Haz como te ordeno o me aseguraré de que te arrepientas del momento en el que pusiste un pie en esta casa.

El muchachito asintió, esfumándose tras una esquina del pasillo, y pude escuchar la puerta trasera que se cerraba. Un ruido alto, vociferante, como un trueno.

—¿Qué estás haciendo? —le repetí a mi prima—. Por favor, sé razonable…

—¡No puedo! —chilló—. ¿No ves que soy incapaz de ello?

Intenté tocarla de nuevo, esta vez con más cariño, pero no me lo permitió. Le ardía la piel, no con el calor húmedo de la fiebre, sino con uno mucho más seco, árido.

—Entonces demos por terminado este día —tanteé.

Cecily rechazó mis palabras con más fiereza de la que demostró

rechazando mi mano.

—¿Qué importa, si cada día es igual que el anterior? Si no supiese cuál es el castigo, demostraría más misericordia conmigo misma de la que demuestra tenerme Dios y me aseguraría de que no hubiese más días.

—Cecily…

Logré rodearle la muñeca con los dedos, pero se deshizo enseguida de mi tacto. No me permitió que fuese tras ella.

Nathaneel Firebrace llegó, envuelto en un abrigo de pieles, horas más tarde. Traté, con todas mis fuerzas, de impedir una tragedia que inevitablemente nos sucedería, pero todos mis esfuerzos fueron en vano.

Después de que el servicio nos hubiese visto encaminarnos a los tres a la sala, Cecily cerró la puerta delante de mí, impidiéndome que pasara. No cambié de posición. Apreté la cara contra la madera incluso, tratando de escuchar lo que sucedía al otro lado. Las voces de Nathaneel y de Cecily, sin embargo, me llegaban ahogadas, lejanísimas, casi de ultratumba.

Necesité de toda mi atención para deshilvanar aquellos sonidos sibilantes que producían en palabras, en sílabas más concretas. Este trabajo, que me dejó exhausta, presa de unos nervios profundos que me atacaban desde lo más hondo del estómago, resultó en vano. Incluso cuando los oía claramente, cuando lograba separar unidades de sonido, casi como si desgajase una naranja, la comprensión resultaba imposible.

En medio de mi temor, con las manos sudorosas en constante tensión y las uñas rotas y sanguinolentas a causa de los movimientos repetitivos causados por los nervios, comencé a pensar que hablaban en otro idioma. Uno distinto, que ellos dos conocían pero yo no. En aquel momento de duda, analizando las sílabas frías y casi guturales que emitían, podría haber afirmado incluso que se trataba de un idioma nuevo, proveniente del interior de la Tierra…

No habría sido capaz de discernir cuánto duró aquella conversación. Aunque el servicio trabajaba día y noche por mantener la normalidad de Hintlesham Hall, los relojes seguían parados, un detalle en el que no había tenido ocasión de reparar hasta entonces. ¿Había sido así también en la habitación en la que habíamos aguardado durante veinte días? Entonces el tiempo no tenía relevancia alguna; no habían sido tres las semanas que esperamos a que la enfermedad hiciese acto de aparición, sino un único día que se extendía hasta el infinito, largo y pálido como una pluma.

Me separé al oír cómo giraba el pomo de la puerta. Un crujido casi animalesco. Nathaneel fue el primero en salir, y su expresión me sorprendió por estar vacía de toda emoción, por ser yo incapaz de leer o adivinar nada en ella. Era una página en blanco.

El rostro de Cecily, ensombrecido por el velo negro, no me daba tampoco más pistas. La mirada era cristalina, como si pudiese ver a través del tiempo, pero ya hacía días que presentaba ese aspecto, habiendo perdido aquel brillo tan característico en el que me había fijado aquel primer día a través del incienso, en la iglesia. Las comisuras de los labios estaban ligeramente elevadas, haciendo que su boca adoptase la forma de un arco. No fui capaz de decidir si tras esa expresión se escondían el triunfo, el orgullo, el desafío o una emoción mucho más oscura.

—¿Qué has hecho? —jadeé, trémula y sin que el hecho de que Nathaneel pudiese oírme me perturbase.

Sentía los pies pegajosos dentro del calzado. Sentía que no sería capaz de despegarme del suelo, cuando tratase de dar el primer paso que me alejase de aquel pasillo.

Cecily se limitó a mirarme sin decir nada, la misma mueca inexpresiva e indiferente en aquellas facciones finas que se habían vuelto más afiladas y cortantes con el hambre, la culpa y el luto.

Nathaneel fue más amable. Algo se suavizó en todo él, no sabría decir el qué, cuando dijo:

—Lamento de corazón la cruel pérdida que le ha acaecido, señorita

Crowfoot. ¿O prefiere señorita Darcy? Discúlpeme. Soy consciente de que si la muerte no le hubiese arrebatado…

—Darcy no es un nombre al que pueda responder —repuse—. Crowfoot es el único nombre que poseo, ante Dios y ante la ley.

Nathaneel separó los labios. Tanto su expresión como la posición de su cuerpo indicaban el deseo de añadir algo más, pero en última instancia cambió de parecer. Asintió, casi aceptando una derrota, y en su lugar susurró:

—Era un buen hombre. Y los hombres buenos como él son difíciles de encontrar.

Tragué saliva. Hube de apartar la vista para contener el sentimiento lacerante que me golpeaba. Al hacerlo, no pude evitar reparar en Cecily. Con los párpados bajados y enrojecidos, me recordaba a las estatuas de los santos de las iglesias católicas.

Ansié ser como ellos, en aquel momento. Cuando se postraban ante aquellas figuras de piedra, ¿recibían alguna contestación más certera que el silencio que nos atravesaba a nosotros? Y si miraban a aquellos ojos ciegos, ¿sentían el calor del contacto humano?

La conversación murió ahí. Nathaneel se marchó, y Cecily se retiró a nuestra habitación, ya libre de toda sospecha de peste.

La normalidad de aquella velada me acongojó. Cecily se preparó para acostarse, como cualquier otra noche. Como cualquier otra noche, me trenzó el cabello, prestando especial atención a los nudos que se creaban en la base de la nuca y que ella deshacía fácilmente con los dedos.

Rezamos. Leímos un par de pasajes de la Biblia. Volvimos a rezar. Dimos gracias al Señor por haber permitido que viésemos nacer y morir otro día, aunque esto ya no significase gran cosa para ninguna de las dos.

Se despertó de madrugada. Puesto que aún quedaban días para su ciclo, y no había motivos para sospechar uno de los trances de Cecily, no me mantuve alerta. Estaba tan agotada por el llanto, por la preocupación, por las emociones fuertes que me había causado la discusión entre mi prima y su prometido. Era un cansancio «a largo plazo», que había comenzado con la enfermedad de John, o tal vez mucho antes, con la primera flor de Cecily.

La cuestión es que, por primera vez, no me desperté cuando Cecily lo hizo. No me percaté de que faltaba hasta que el hueco en la cama, a mi lado, y la sensación de frío que traía consigo me arrancaron del sueño.

La llamé por su nombre en la oscuridad y solo me contestó el silencio.

Me puse en pie, ya completamente desvelada. Prendí las velas, sin dejar de repetir su nombre (Cecily, Cecily, Cecily, Cecily… Ce-ci-ly). En el lugar en el que acostumbraba a dormir mi prima solo estaba la Biblia que leíamos. Me percaté de que un trozo de pergamino sobresalía de una de las páginas; al abrirla para recogerlo, me encontré con que Cecily había subrayado uno de los versículos del libro de Ruth:

Y Ruth respondió: No me ruegues que te deje, y me aparte de ti, porque dondequiera que tú fueres, iré yo, y dondequiera que vivieres, viviré. Tu pueblo será mi pueblo, y tu Dios será mi Dios.

En el pergamino había dejado una nota en la que me citaba la mañana siguiente en el jardín tras la iglesia.

Instintivamente, puse la mano sobre el lado de la cama en el que dormía Cecily. Al notar que aún estaba algo caliente, y sin entretenerme en calzarme o ponerme el abrigo, bajé afuera, al jardín, con toda la prisa que el sigilo me permitió.

El aire frío me golpeó la cara. No me molestó. Comencé a caminar, descalza como estaba, sobre la hierba fría y húmeda, separando a mi paso la maleza. El olor intenso del musgo y de la lluvia lo capturaba todo. Si alzaba los ojos al cielo, el conjunto lechoso de estrellas parecía enseñarme cuál era el camino.

Seguí avanzando a través de la penumbra, de la vegetación que se hacía más y más densa en cuanto el jardín daba paso a las tierras que pertenecían a Hintlesham Hall.

Cuando ya me había alejado lo suficiente como para que ninguno de los trabajadores me escuchase, llamé a Cecily, primero en voz baja, y luego a gritos.

Mi propio eco me coreó.

Cecily

Cecily

Cecily

Ily

Ily

Ily…

—¿Avis?

Fruncí el ceño. Una figura se acercaba a mí entre las sombras. Aunque poseía la voz de Cecily, en primera instancia me pareció que se trataba de Thomas, pues vestía ropa de varón. Una vez que se acercó más a mí se disipó toda duda: habría reconocido aquellos ojos verdes en cualquier momento, en cualquier lugar. Podría haber

apretado los párpados y saber que era ella únicamente en base al olor que desprendía y al tacto de su piel.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunté una vez más.

En lo más negro de la noche, el blanco de los ojos de Cecily resplandecía.

—Te dije que me esperases por la mañana en la iglesia. Vuelve a la cama antes de que alguien se dé cuenta de que faltamos.

—¿Has perdido el juicio? Vuelve tú también a la cama, enseguida. Les diremos a las criadas que has sufrido uno de tus trances. Nadie sospechará nada.

Traté, en vano, de tirarle del brazo en mi dirección.

Se pasó la lengua por los dientes.

—Cuando dijiste que irías adonde yo fuera, ¿mentiste?

Arqueé una ceja. ¿Cuál de aquellas dos flechas había resultado fatal? ¿La acusación del pecado o la falta de fe en mi lealtad?

—¿Qué vas a hacer, Cecily?

—¿Mentiste o no?

Me tendió la mano. Ahora que ya se me habían acostumbrado los ojos a la oscuridad, pude ver a la perfección la piel escamada del antebrazo, y los restos de sangre fría del brazo.

—Ven conmigo —me pidió—. En cuanto amanezca.

—No… no puedo. —La voz se me rompió con unas lágrimas que no acababan de atreverse a salir—. Vuelve conmigo a la cama.

No me escuchó. En cierto modo, ya estábamos a océanos de distancia. Me miraba con el tipo de traición que sienten los niños cuando haces o dices algo que rompe la ilusión del juego.

—Ven conmigo, por favor.

—Cecily, abandona esta idea ridícula.

Aquella había sido una orden cortante y seca, como la de la propia Cecily al pedirle al muchacho que le trajese a Nathaneel Firebrace.

—Podemos hacerlo. Podemos irnos y dejar atrás Hintlesham, Suffolk, toda Inglaterra.

—¿Has perdido el juicio? Somos mujeres. ¿Qué tenemos a nuestro nombre? ¿Empieza acaso esa vida que ansías con la pérdida de nuestro honor?

—Nadie nos conoce en las colonias. Podemos darnos nuevos

nombres, una nueva historia. Podemos coser nuestro honor a todo eso.

—Cecily, sé inteligente. Si no somos inteligentes ahora mismo… —Chasqué la lengua—. Si nos vamos, tu padre jamás volverá a recibirnos. ¿De qué íbamos a vivir?

—¿No dice el Señor que no hemos de preocuparnos por el alimento o el vestido, ya que nosotros valemos más que las aves, a quien Él cuida?

Resoplé. En lo más profundo del bosque, con la lluvia que amenazaba con caer con más fiereza, los sonidos de mi cuerpo y los de la naturaleza se unían en uno solo.

—Nathaneel tiene negocios en Connecticut —prosiguió—. Él cuidará de nosotras.

—¿En quién estás depositando tu confianza, entonces? ¿En el dios o en el hombre?

—Nathaneel es un caballero de gran honra.

Ladeé la cabeza.

—No lo conozco lo suficiente como para emitir tales juicios.

—¿No te ha colmado hoy de palabras amables?

—Reconocer la bondad en otros no implica que tú también la poseas. —Me llevé las manos a la cara; estaban frías y húmedas, y manchadas de tierra—. ¿Qué le has dado tú a cambio de su generosidad?

La expresión se le rompió. Es la única manera precisa de definirlo. Se quebró, músculo a músculo, hasta que la sustituyó una mueca grotesca y llena de odio.

—¿Es así como vas a traicionarme?

Abrí la boca para contestarle, pero de ella no salió más que vaho. Veía, con total claridad, un tablero de ajedrez invisible que se disponía ante mí. Hiciera que lo hiciere, nuestra historia solo iba a tener un final, y este no iba a ser amable conmigo.

Estábamos demasiado lejos de la casa como para poder alertar a alguien con mi voz, si se me hubiese ocurrido gritar. Si volviese a Hintlesham Hall y contase lo sucedido, por mucho que corriese, sería demasiado tarde; Cecily ya se habría esfumado. Y si diese a conocer su plan para que no yo sino su padre o uno de los hombres que trabajaban en las tierras fuesen a buscarla, la habría perdido para

siempre; no existiría un perdón para mí, y Cecily jamás podría recuperarse del golpe de tal vileza.

—Ven conmigo —me pidió otra vez, toda esperanza y miedo—. Por favor.

Me humedecí los labios. Intenté llenarme los pulmones de aire, pero estos se resistieron. El bosque oprimía y ahogaba.

—Está bien. Confío en ti.

Jamás hasta aquella noche había visto una sonrisa parecida en Cecily. Brillaba, casi, y estaba hecha de promesas, sí, pero también de una enorme tristeza que arrastraba como la cola de un vestido.

—Nos vemos al alba, entonces, en el jardín tras la iglesia.

Asentí y me di la vuelta para deshacer el camino que había emprendido.

Mientras andaba descalza, rodeada de penumbras y niebla, se hacía más y más fuerte dentro de mí la convicción de que no volvería a ver a mi prima, a la que había querido hasta casi enloquecer. No iba a traicionarla, pero tampoco podía seguirla y dejar a Thomas atrás. Todo lo que mi hermano había conocido en la vida era una pérdida tras otra; no podía convertirme en su próximo abandono, por mucho que el amor que sentía por Cecily superase el amor que sentía por él.

La historia siempre iba a acabar de la misma manera: como una flecha que me atravesaría el corazón. Al darse cuenta, tras horas de espera, que yo había faltado a mi palabra, nacería en ella un odio hacia mí que la perseguiría durante el resto de los días de su vida. Y mi tío, con la pérdida de su hija, se sumiría en una ira incontrolable cuyo único destino solo podía ser yo.

Nunca se me dio bien jugar al ajedrez.

Añadido

La confesión de Cecily

I

Los carceleros han venido. El juicio, y la sentencia que trae consigo, se ha aplazado unos días. Avis dice que debemos seguir escribiendo, aunque todos estos papeles inútiles vayan a la soga con nosotras, ocultos entre las capas de nuestros vestidos (nuestra mortaja, sucia y sudorosa tras tantos días de encierro). Cree que, como Penélope, podemos alargar y alargar nuestra historia. Que, de algún modo, nuestras palabras obrarán algún tipo de magia que lograrán demorar y demorar nuestra condena.

Creo que se equivoca. De todas las mujeres que estamos aquí (desesperadas, sin nada a nuestro nombre, trenzándonos en el pelo las mentiras que se han dicho sobre nosotras), la única bruja soy yo. No he hecho pacto alguno con el diablo, como se me acusa, a no ser que el diablo vista piel de varón y se haya bautizado con un nombre inglés. Mis poderes tampoco son obra de algún deseo mío; no son premeditados, ni planeados. Los aborrezco tanto como aborrezco los olores que han empezado a habitar en la celda en la que estamos hacinadas, haciendo pactos con la noche y la oscuridad para que nuestras líneas sean legibles, a pesar de que nadie vaya a leerlas.

Hace dos días murió una de las mujeres. La más anciana, la que más lloraba. Dicen que de sed. *Decían* que de sed, pues ya todas se han olvidado de ella.

¿No es ese el destino que nos espera a todas?

Mi único consuelo es el temor que despierto en los carceleros. En Matthew Hopkins, el cazador general de brujas, también. Es un hombre bajito, delgado, apenas algo mayor que nosotras. Viste un bigote enjuto que le queda casi tan grande como el título que se ha otorgado a sí mismo. Su mayor tragedia es tener una fe inquebrantable en la existencia de la brujería, y su mayor pecado, saber que la mayoría de las personas a las que lleva a juicio no podrían ni bailar con un gato, y mucho menos con el Maligno. Pero yo no. Yo soy distinta. Y sabe que nada bueno puede acontecerle a un hombre que juegue con el cuello blanco de una bruja.

Dios le tenga la misericordia que yo no le tendré.

II

Esperé. Hace cuatro años, esperé por Avis en el jardín de la iglesia de San Nicolás. Largas horas, un sudor imposible para aquella época del año hacía que el vestido se me pegase a la piel.

Había hablado del «alba» y del «amanecer», pero ¿y si ella no me había comprendido? Debía esperar más tiempo, disfrutar de una paciencia que siempre me había sido ajena. Esperé hasta que Nathaneel me alejó de allí, verbalizando los temores que ya empezaban a formarse dentro de mí, en algún lugar entre los pulmones y el estómago. Avis no vendría. Si aguardábamos un minuto más, alguien nos descubriría. Mi honor quedaría dañado para siempre; nuestros planes se desharían como el papel en el agua.

No era ingenua, ni romántica. Conocía los peligros. Era consciente de que huir con Nathaneel, aunque en Connecticut pudiese adoptar una identidad nueva, jamás me otorgaría el tipo de vida para el que había nacido, para el que llevaba preparándome durante tanto tiempo. No me importaba. Era plenamente consciente de todas las posibilidades, cada una más peligrosa para mí, y no me importaba.

Vivía pensando que cada movimiento que hacía sería el último. Cada mañana me despertaba convencida de que no vería un amanecer más. Cada alimento que me llevaba a los labios se convertía en el último. Tras aquellos veinte días encerrada, esperando la llegada de la enfermedad como el pastor que espera al lobo, la piel impoluta sobre mis huesos me sorprendió. Estaba convencida de que moriría, y pronto, por la sencilla razón de que aquel debía ser, lógicamente, el final de mi narrativa. Si sentía algún pequeño dolor, o si un mareo inexplicable me obligaba a tomar asiento, lo asumía como la confirmación de algo que ya sabía: algún tipo de enfermedad debía estar naciendo en mis entrañas, y me daría jaque enseguida.

Pues bien, como sabe Avis, nunca he sido una gran lectora. Nunca he sentido por las historias ficticias la atracción natural que sentían John, Thomas y ella. Me equivoqué.

Nathaneel y yo no embarcamos enseguida, a pesar de que no podíamos arriesgarnos a perder mucho más tiempo. Mi padre me buscaría, sin duda. ¿Lo harían también los Andrewes? ¿Podían mi dote y mi herencia ser lo suficientemente grandes como para cegarlos ante todos los problemas que estaba causando? ¿Era el legado que se escondía tras mi apellido lo suficientemente fuerte como para ahogar los rumores que ya corrían sobre mí?

Permanecimos en Londres una semana, casi sin salir de la habitación en la que un antiguo compañero de aventuras de Nathaneel había accedido a escondernos. Conocí, a escasos días de cumplir los dieciocho años, a personas que no se guiaban por la ley de Dios, ni tampoco por las leyes de los hombres, sino por algún tipo de ley interna que actuaba para ellas a modo de brújula. Los amigos de Nathaneel no vieron en nuestra conducta precipitada un crimen o un pecado. Nathaneel, para ellos, era un héroe como los de las obras del maestro Shakespeare, que se había arriesgado al ostracismo de su familia para salvar a una muchacha joven y bonita de un futuro aburrido.

¿Qué hay en un nombre? Eso que llamamos «amor», por cualquier otro nombre olería igual de bien.

¿No era así como pensaban? ¿No llamaban «amor» al deseo para adornar aquellos actos que más les avergonzaban?

Y quizá Nathaneel no fuese el diablo ni nada que se le pareciera, pero sí tenía una lengua prodigiosa, capaz de conseguir que cualquier persona cayese rendida ante su voluntad. Puede que eso nos hubiera atraído: el sentimiento de poder vernos reflejados en otra persona.

Logró que nos casasen de la manera menos ortodoxa posible, víctimas de una prisa sospechosa pero terriblemente humana. La historia que contó respecto a nosotros o no la recuerdo o no la conocí jamás, pero el caso es que, al embarcar rumbo al nuevo mundo, lo hice bajo el nombre de Cecily Firebrace.

¿Qué hay en un nombre…?

Deshacerme del apellido de mi hermano no me causó dolor,

aunque tampoco me produjo el alivio que esperaba. De una manera infantil, creía que toda mi tristeza estaba pegada a esas sílabas, a esos sonidos dulces en mi boca, y que si me llamaba a mí misma con otro nombre también esa pena se disiparía.

Tonta, tonta, tonta.

En fin, solo era una niña, y todavía me perseguía la convicción de que mi vida forzosamente llegaría a su fin muy pronto.

¿Qué contar de Connecticut? Sin sentir por la mar el amor a primera vista que sentía Nathaneel, disfruté más de la travesía que del destino.

¿No dicen que una mujer a bordo es de mal agüero? A pesar de no ser la única, puesto que eran numerosos los matrimonios jóvenes que ansiaban una nueva vida en las colonias, el viaje fue tranquilo. Incluso cuando el viento comenzaba a levantarse y el cielo se sumía en la oscuridad de los nubarrones grises que anunciaban una tempestad, esta terminaba antes de haberse desatado siquiera. Empecé a pensar que Dios me tenía en el punto de mira de una manera especial, que se estaba encargando personalmente de protegerme, de conseguir que ningún mal me acariciase siquiera la piel. O, quizá, el diablo y Él estaban enzarzados en otra de sus apuestas.

«Señor, si pongo a esta muchacha enfermiza en el camino de todos los peligros posibles, ¿la salvarás?».

Llegamos a Connecticut sin un rasguño. El periodo no me había bajado aún; tras la herida causada por la muerte de John se me retrasaba antes aún de haber podido ejercer mis deberes como esposa.

Aunque estaba empezando a despertarme ante la realidad (no estaba enferma, ni el final era inminente), todavía caminaba como sumida en ese sueño en el que las consecuencias de mis actos no podían causarme temor alguno. Si se me pasaba por la cabeza la duda ante la reacción que podría tener Nathaneel al ser testigo por vez primera de mi sangrado, me encargaba de disipar esas vacilaciones enseguida. Podría tener sus hijos, uno tras otro, de modo que él no conociese nunca los detalles de mi condición.

¿Qué más contar de Connecticut? Su belleza no me causó una impresión duradera. Nathaneel no había mentido acerca de los negocios que lo habían arrancado de Inglaterra. Durante los primeros

meses, nuestra vida fue tranquila. La casa en la que vivíamos era más pequeña que Hintlesham Hall, pero perfectamente decente. Contábamos con servicio, por supuesto, y debido al carácter de Nathaneel nuestro salón siempre estaba rebosante de visitas.

Por primera vez, tras haberme imaginado en la situación con tanto ahínco durante mi juventud, me encontré a mí misma rodeada de un grupo de hombres que charlaban y se reían, casi sin percatarse de que yo estaba presente. Si en un principio me atrajo esa camaradería, esa alegría sencilla que jamás dejaban entrever cuando trataban con nosotras las mujeres, con el paso de los meses acabé por aborrecerla. Los amigos de Nathaneel, que antaño me habían parecido sumamente interesantes, se me antojaban ruidosos y simplones. Sus chistes no tenían la menor gracia, y sus conversaciones me invadían de un temor que no lograba comprender, pero que me recordaba a las liebres que alzan las orejas cuando se dan cuenta de que hay un zorro cerca.

Comprobé, también, el poder que el aspecto físico de una mujer confiere. Durante el luto, con la pena del luto, habían aparecido algunos cabellos blancos en mi melena oscura. Puesto que mi estómago no se acostumbraba a la comida de las colonias, había perdido más peso aún. El cuerpo, antes elegante, se había convertido ahora en un esqueleto seco, apenas cubierto por una capa fínisima de piel escamosa y cerosa. En el pasado, cuando ayunaba, mis mejillas se resistían a cambiar; permanecían redondas y rosadas a pesar de todos los tormentos a los que sometía a mi cuerpo. Ahora, en cambio, estaban sumidas, haciendo que mi boca y mi nariz pareciesen mucho más grandes en comparación.

En resumen: aparentaba mucha más edad de la que tenía, y si esto me confería cierto respeto entre los hombres, también causaba que me tratasen con más aspereza. A veces se tropezaban y casi me trataban como si fuese una más del grupo, y si en un principio aquello me complació, al final acabó siendo causa de muchas más molestias. La manera en la que hablaban de las mujeres, cuando bebían y se olvidaban de que yo también estaba allí, era grotesca.

El periodo regresó tras cuatro meses, en cuanto nuestra cocinera logró que probase más de un par de bocados de cada plato. Puesto que mi estómago no había crecido en aquel lapso de tiempo, Nathaneel y

yo supusimos que no había estado encinta.

Todo cuanto había aprendido en mi vida anterior no me servía de nada en Connecticut. Traté de dormir en otra alcoba, puesto que no iba a compartir la cama de mi marido en aquel estado, pero Nathaneel no lo permitió. Traté de explicarle, como pude, los detalles de mi condición, pero le trajeron sin cuidado.

Cuando me acarició, como cada noche, le expliqué que si consumábamos nuestro amor en aquellas condiciones y este daba frutos el niño que engendraría en mi vientre nacería deforme. Respondió a mis temores con una risotada casi burlona.

—Esos son solo cuentos de viejas.

—Es sucio.

—Es tu cuerpo.

No le importaban los cambios que este había sufrido, o quizás el deseo fuera más grande y lo cegara. Me besó en el cuello, en las clavículas, entre los pechos. Me besó en el vientre antes de penetrarme, y aquellos mismos músculos que todavía recordaban el tacto de sus labios se contrajeron.

Aquel acto que cometíamos tan a menudo jamás me había causado dolor alguno. Nathaneel era un amante paciente y considerado, y al principio había tenido unos reparos ante mi juventud e inexperiencia que, según aprendí, no eran comunes a todos los hombres.

Con el periodo, aquel acto antes placentero se convirtió en una tortura. Cada vez que Nathaneel me embestía me recorría un dolor punzante que subía desde las caderas hasta la columna, llenándome los ojos de lágrimas. Era tan incisivo, y adormilaba tanto el resto de mis sentidos, que no habría sido capaz ni de discernir qué orificio de mi cuerpo había penetrado Nathaneel.

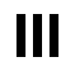
Lloré y grité. Le pedí, de todas las maneras que supe, que se detuviese, pero no me hizo caso alguno.

—Con el placer te olvidarás de todo —dijo.

Se equivocó.

Tras aquella experiencia, el periodo no regresó al mes siguiente. Pensé que se trataba de un acto de amabilidad de mi propio cuerpo, que no iba a permitir que el mismo dolor intenso me volviese a poseer. Con el transcurso de las semanas, sin embargo, mi vientre

comenzó a crecer.



III

A pesar de que nunca antes había imaginado el día en el que tuviera hijos, ni mucho menos era esto algo que hubiese deseado, me enamoré enseguida de la criatura que crecía dentro de mí. ¿De qué me sorprendía? ¿No era este un suceso natural, que las mujeres amasen a sus hijos antes incluso de verles el rostro, en el momento en el que sienten la primera patada o en el que sus vientres cambian de forma?

Yo no esperaba, sin embargo, ser capaz de contener tanto cariño en mi interior por una criatura cuyos rasgos físicos desconocía, una criatura que tardaría años en desarrollar una personalidad.

Los instintos maternales parecían algo muy alejado de mi naturaleza, pero eran tan fuertes que incluso tuve la convicción de que el bebé que crecía en mi vientre era una niña, y sentí una oleada de triunfo cuando la matrona que observó la forma que estaba adoptando mi cuerpo coincidió conmigo.

Un niño sería el heredero de Nathaneel, pero esta niña sería toda mía. Además, nos concedería la oportunidad de seguir buscando hasta que el Señor nos trajese a un varón.

Aún era joven. Si todo iba según lo previsto, la niña nacería en el mes de mi cumpleaños. Cuando diese sus primeros pasos y se embarcase en sus primeros juegos yo aún no habría conocido la veintena. Cuando salía ahora a nuestro jardín, pensaba únicamente en todas las posibilidades que este me ofrecería. Una niña vestida de blanco, o de rosa. Si nacía con mis ojos, pediría que solo le confeccionasen ropa verde, y que utilizasen la misma tela para mí. Iríamos conjuntadas, y aquel jardín se convertiría en un país solo nuestro.

Aunque aún no habíamos acordado un nombre, todos cuantos se me venían a la cabeza eran nombres de flores. ¿No habían sido las flores, al fin y al cabo, las que me habían acompañado en cada ciclo, luchando para que mis dolores remitiesen?

Incluso mi aspecto era espléndido. El cabello me crecía brillante, con tanta abundancia que aquellos mechones blancos quedaron ocultos bajo el nuevo nacimiento oscuro y sano. Al ganar peso, las mejillas volvieron a llenarse, y todos los huesos punzantes se cubrieron de una capa de grasa que me suavizaba las facciones. La

piel, que había estado acartonada y empezaba a arrugarse, se llenó de una luminosidad rosácea que me hacía aparentar nuevamente mi edad. En ocasiones me miraba al espejo y la muchacha a la que veía era exacta a mi yo de dieciséis o diecisiete años.

De todo esto le hablaba a Avis en las cartas que le escribía (todas larguísimas, todas acabando en el fuego o en el primer cajón de mi escritorio, puesto que era consciente de que, al recibir correspondencia mía, la reputación de mi prima quedaría dañada para siempre).

Su rechazo me había causado una tristeza casi terminal, pero ahora que me creía más adulta había cambiado de parecer. Comprendía que el riesgo al que se enfrentaba Avis era mayor que el mío, que a ella su futuro le importaba más de lo que me había importado a mí. Ahora que tenía un motivo para volver a interesarme por la vida, la traición de mi prima, que tanto pesar me había provocado, me parecía lógica, y mi propio comportamiento, reprochable.

Como diría Avis, esta historia solo puede tener un final. A fin de cuentas, estoy aquí, ¿no es así? ¿Habríamos regresado a Suffolk de haber recibido la bendición de una niña de ojos verdes y nombre de flor? ¿Serían mis pecados tan numerosos si tuviese una pequeña ante la que responder?

Mi cuerpo era un museo a la sangre. Había alcanzado los diecisiete años completamente seca. El primer ciclo fue la metamorfosis, el paso de niña a monstruo. Rojo, rojo, rojo. Al despertarme al cuarto mes con el camisón y las sábanas empapados de aquel líquido pegajoso y oscuro, chillé.

Llamé a gritos a las doncellas y a Nathaneel, aunque sabía que él se marchaba muy temprano por las mañanas. De una manera desesperada y ansiosa, comencé a tomar toda aquella sangre con las manos, a introducir de nuevo en mi cuerpo aquellos coágulos y aquel tejido que había perdido. ¿Podría crear a mi niña de nuevo con mis propias manos? ¿Podría moldearla como si fuera barro?

Solo entonces me di cuenta de que las flores me habían acompañado no solo en cada periodo, sino también durante la enfermedad de John. Su muerte había venido junto con el olor de la lavanda y los claveles. Quizá la pérdida de mi hija, al fin y al cabo, fuese solo una cuenta más en el rosario de todos mis pecados.

Mi niña-flor fue la primera de cuatro, y la que más tiempo había vivido dentro de mí. Con cada embarazo rezaba, rezaba, rezaba. Mis oraciones no estaban vacías, como aquella vez que quise castigar a John, ni las teñía tampoco el temor y la desesperación que me habían rodeado constantemente durante la enfermedad de mi hermano. Ahora le hablaba a Dios como si se tratase de un viejo conocido. Le pedía, le rogaba que permitiese que aquellos niños creciesen dentro de mí, que no los separase de mi lado, que yo le daría cualquier cosa a cambio.

¿Qué es eso que dicen del diablo? ¿Que es posible hacer un pacto con él? Supongo que, siguiendo la lógica aprendida en mi infancia, no hay manera de hacer lo mismo con Dios. ¿Para qué rezaba, entonces? Empecé a hacerlo únicamente para tener a alguien a quien dirigir el enfado que manaba, cada vez más grande, de mis entrañas.

El Señor no despertaba en mí devoción, sino resentimiento. ¿No había nacido Él acaso del vientre de una mujer? Quizá había escogido a doce hombres para que fueran sus discípulos, pero solo uno de ellos (el más joven, quizá ni siquiera un hombre formado del todo) estuvo a su lado durante su ejecución. ¿No habían sido mujeres las que se habían quedado con Él en la cruz, sin permitir que la sangre o la violencia les causase temor alguno? Y, al resucitar a los tres días, ¿no se había aparecido por primera vez ante una mujer?

«Si una mujer fue la primera en clamar Tu resurrección, ¿por qué ahora nos colmas a todas de tantas penurias?», le decía. Él, por supuesto, no me respondía.

El médico sugirió que dejáramos de intentarlo, que un nuevo embarazo, con el final doloroso que todos estos parecían tener, podría ser fatal. Dijo que quizá mi cuerpo no estaba preparado para el parto, que todos mis problemas de salud podrían haber tenido consecuencias irreversibles en mi anatomía femenina.

Ese fue el momento en el que decidimos volver a Inglaterra. Connecticut no tenía nada más que ofrecernos, excepto problemas. Si con la primera niña perdida Nathaneel me llenó de un amor y un afecto indecibles, con los siguientes ese consuelo se convirtió en castigo. Comenzó a creer, al igual que yo lo hice, que todo aquello era culpa mía. Por capricho, no me había alimentado bien en el pasado, a pesar de vivir en una abundancia perpetua, y esas temporadas de ayuno habían hecho mella en mi cuerpo. Ese mismo capricho no me había permitido crecer de la manera debida; mis caderas, que antes admiraba por su elegancia, ahora le recordaban a las de una niña, demasiado estrechas para cumplir con la función para la que habían sido creadas.

Si salía a cabalgar, el esfuerzo físico había sido el causante de los niños perdidos. Si, en cambio, me quedaba en casa, era mi inactividad la que ocasionaba un desajuste en mis humores y afectaba a mi salud. Mis pecados eran numerosos, y el Señor llevaba la cuenta de todos ellos. Lo había hechizado; yo era la mujer que él le había robado a su propio primo, y ahora nos castigaban esa falta inexcusable con la muerte de nuestros hijos. Llegó a pensar, en sus momentos más febriles, que el sacerdote que nos había casado no respondía ante Dios, sino que había venido enviado por el Maligno.

—¿Es esto un matrimonio? —me decía, el veneno goteando de su lengua como la miel.

Tras la muerte de nuestro segundo hijo comenzó a beber más, como con un ansia insaciable. Durante los embarazos me ignoraba, acercándose a mí solo para acariciar y besar ese vientre que crecía. Si no estaba en estado, su violencia y su ira ante mí eran bíblicas, pero ni los golpes ni los moretones que dejaban tras de sí me causaban daño

alguno.

—Más —le decía a veces—. Hasta que sangre.

Hubo un tiempo en el que pensaba que era un castigo justo, aunque él no fuese la persona indicada para levantarme la mano. Lo aceptaba únicamente porque ansiaba el dolor, y Nathaneel, siendo más fuerte que yo, podía lastimarme de una manera más efectiva.

Sus negocios, aprendí, dependían de su arte para el engaño, de ese talento natural que ambos poseíamos para engatusar y atrapar a la gente en nuestra telaraña. Cuando había robado lo suficiente, y se arriesgaba a que alguien descubriese su secreto, se esfumaba e iniciaba una nueva vida en otro lugar. Por aquel motivo, y no por otro, había regresado a Inglaterra en 1640. Richard, sin duda, debía ser conocedor de estos crímenes, o al menos debía sospecharlos. Por eso, y no por la envidia que yo había supuesto, no lograba sentir un amor pleno por su primo, pero era demasiado noble como para apartar a un miembro de su familia.

De modo que volvimos a embarcarnos. Me pareció, por una vez, el rumbo más lógico que podía tomar nuestra vida. Nuestro matrimonio, a fin de cuentas, había empezado también con un robo. Él le había robado la mujer a su primo, sí, pero yo lo había embelesado robándole a mi padre.

Avis y yo estábamos hechas de la misma materia prima, pero quizás el núcleo podrido de Nathaneel fuera idéntico al mío. Quizá por eso nuestro matrimonio era incapaz de consumarse como era debido.

IV

Pensé en volver a la casa de mi padre. ¿Cuántas cosas podrían haber cambiado en casi cuatro años? Abandoné la idea enseguida en cuanto me enteré de que se había vuelto a casar. ¿Era posible que el hueco vacío en la cama lo molestase por primera vez después de tantos años? La novia era más joven que él, por supuesto. De otro modo, no habría podido darle herederos. Ahora tenía un hermano cuyo nombre y cuya cara me eran ajenos. Si, por casualidad, me lo hubiese encontrado en la calle, jamás lo habría reconocido.

No podía dejar de pensar en que, cuando vivía en Hintlesham Hall, las criadas cuchicheaban que mi padre había estado loco por tener una niña, que su mayor alegría había venido de la mano de su mayor pesar.

Muchas cosas, después de todo, habían cambiado desde entonces. Y aunque Hintlesham y Bury, donde nos afincamos, no están lejos, esperaba no tener que encontrarme con nadie de mi vida anterior. ¿Cómo hacerlo, de todos modos? No salía de casa a no ser que tuviese algún motivo de fuerza mayor para ello, excusándome en que era yo la encargada de asegurarme de que todo funcionase como es debido mientras Nathaneel estuviese trabajando.

Si no llovía paseaba por el jardín, sin importarme si los rayos de sol me bronceaban las manos o cualquier otra parte de mi cuerpo que hubiese quedado al descubierto. Si llovía, abría las ventanas para respirar ese olor característico que tantos buenos recuerdos me traía. Leía constantemente. Aunque la ficción me seguía impacientando, los personajes de las historias se habían convertido en el único contacto humano del que disfrutaba.

Con Nathaneel solo me comunicaba de manera verbal. El servicio cambiaba constantemente, puesto que todos cuantos trabajaban en nuestra casa se asustaban tras un par de meses. ¿Era normal, acaso, que las flores del jardín naciesen ya podridas? ¿Que nuestros mejores caballos enfermasen y muriesen aun recibiendo el mejor trato? Muchas cosas más. Los gatos callejeros evitaban acercarse a nuestra puerta. La leche se agriaba antes de que pudiésemos darle un sorbo

siquiera. Los relojes se paraban y las ventanas amanecían abiertas cuando estábamos convencidos de haberlas cerrado antes de irnos a dormir.

Cada día que pasaba mi odio hacia Nathaneel Firebrace era más grande y, con él, una nueva grieta se abría en nuestro hogar.

Mis ciclos eran tan violentos como en Hintlesham Hall, con la diferencia de que no tenía ahora a nadie dispuesto a ayudarme. Ni el dolor ni los mareos me molestaban, pues ya me había acostumbrado a ellos, pero nada podía hacer por aquellos trances que me causaba el sangrado. ¿Cómo explicarlos? Era, al mismo tiempo, como caminar consciente de que estaba en un sueño y despertarme a una nueva realidad en la que lo veía todo mucho más claro. Detestaba mi vida, y por lo tanto debía huir de ella. Ansiaba ser una con la naturaleza, acurrucarme en un rinconcito de los bosques que rodeaban Bury St Edmunds y caer allí rendida, sin importarme si volvería a levantarme.

Nathaneel nunca permitió que me alejase demasiado. Eso no impidió que las criadas y los vecinos hablasen.

Sabía que Avis y Thomas habían vuelto a Fernham All Saints, de donde provenían. Aunque la aldea estaba a menos de una hora de camino desde Bury, la vergüenza y el temor que sentía ante un nuevo rechazo de Avis me impidieron ir a buscarlos. Aun así, preguntaba insistentemente por ellos. Al menos, hasta que volví a quedar encinta, y el embarazo llegó a su séptimo mes, el más largo de cuantos había tenido hasta la fecha.

V

Todavía tenía mis trucos. Logré que las criadas no sospechasen de mí arguyendo que la mujer a la que iba a visitar era una curandera que me había ayudado mucho durante mis primeros ciclos. Pude convencer también a Nathaneel. Puesto que durante los embarazos no se mostraba violento conmigo, su instinto natural era el de ignorarme. Evitaba la conversación, sintiendo un rechazo inmediato a todo lo que pudiese ligarnos a nuestra vida anterior. Su existencia, a fin de cuentas, se resumía en un eterno ir y venir, en todas las distintas pieles que vestía y de las que se deshacía cuando sus malas artes se volvían ya imposibles de ocultar.

—Ninguno de mis embarazos hasta ahora había llegado tan lejos.

Nathaneel no premió mi comentario con una respuesta. Se limitó a cortarse otra rebanada de pan, y a esparcir la mantequilla amarillenta sobre él.

—Te estoy hablando.

Un ataque verbal como aquel solía ganarse a pulso la ira de Nathaneel, pero obraba sabiendo que mi estado me protegía. Él deseaba la criatura que crecía en mi vientre tanto o más que yo. No iba a arriesgarse a hacer nada que atentase contra la vida de ese niño, por mucho que el enfado burbujease en su interior.

Yo me aprovechaba de ello.

—Te dije que Inglaterra te sentaría bien —repuso, y le dio un sorbo a su vaso de leche.

—Avis me ayudó mucho con mis primeros ciclos.

Nathaneel me señaló con el cuchillo.

—No es ese un tema del que conversar en la mesa.

Arqueé una ceja.

—¿No es lo que hace posible que esté encinta? ¿Debería levantarme acaso de la silla?

Me miró. Los años y la bebida habían hecho mella en su físico, siendo ambos más amables con él de lo que yo lo habría sido. Si a otros hombres la subida de peso y la pérdida progresiva del cabello les daban un aspecto prematuramente envejecido, la nueva capa de grasa

y el pelo más fino, dejando a la vista la frente ancha y alta, suavizaban los rasgos de Nathaneel, confiriéndole una expresión benévola que distaba mucho de sus actos.

—Te he buscado a la mejor matrona y al mejor doctor de Bury. ¿Qué va a hacer una curandera que ellos no puedan?

—¿Evitaron acaso las otras matronas y los otros médicos que el resto de nuestros hijos murieran?

No sé si fue ese argumento, o el cansancio, lo que hizo que Nathaneel accediera, pero su siguiente acción fue llamar a Ester, una de las doncellas, para acompañarme.

Ester aún era joven (diecinueve años, tres menos que yo) y todavía no había aprendido a temerme. Podría haber sido hermosa, si su tez no insistiese en broncearse y si una enfermedad infantil no la hubiese condenado a padecer una cojera en la pierna derecha. Me figuré que la elección de la doncella, también, habría sido un castigo de Nathaneel. Sin la posibilidad de azotarme físicamente, su villanía debía adoptar salidas más originales.

Como todos los recuerdos de la infancia, la imagen que tenía de la casa de los Crowfoot en Fernham All Saints estaba teñida de un cariz mucho más suave que el del edificio que se erigía ante nosotras. Aunque mucho más pequeña que Hintlesham Hall, la memoria que yo tenía de la casa era más amable, más hermosa. Ahora únicamente el jardín, en el que crecían las lilas y los nomeolvides, me parecía digno de ser observado.

Me habría gustado tumbarme allí mismo, hundiendo la cara contra aquellas flores hasta que el aroma pudiese transportarme a los días tranquilos de mi niñez.

—¿Puedo ayudarlas en algo?

La criada que nos recibió era vieja y delgada, grandes bolsas creciendo bajo unos ojos verde hielo. Su expresión, inicialmente de cautela, cambió al percibir la forma que adoptaba mi vientre bajo el vestido.

—¿Está el señor de la casa presente?

Asintió con cuidado, casi como si no lograse comprender del todo el motivo de mi visita.

—¿Quién llama por él?

—Una vieja amiga. La mujer de Nathaneel Firebrace.

Si cuatro años pueden pasar más o menos inadvertidos en el aspecto de una mujer joven, no sucede lo mismo con los varones. Había abandonado Inglaterra dejando atrás a Thomas como un muchachito de catorce años, apenas un niño cuyos pensamientos y opiniones no solíamos consultar y cuya presencia tolerábamos en base a su inocencia.

No era un niño, sino un hombre, el que ahora tenía frente a mí. A solas en el salón, bañado por la luz abundante de la mañana, pensé que jamás lo habría reconocido si me hubiese topado con él en la calle. Era ahora más alto que John, y con los hombros casi tan anchos como lo habían sido los suyos. Si el cuerpo fuerte y sólido amenazaba con hacerlo aparentar mayor que sus diecinueve años, las redondeces que aún conservaba en la cara y el rubor que se le extendía por las mejillas y el puente recto de la nariz delataban su edad verdadera.

—Doy gracias por un día como este —me dijo, abrazándome—. Me alegro mucho de volver a verte.

Su alegría era genuina, honesta, sin que ni un ápice de pesar o rencor por el pasado la manchase. En pocas palabras, parecía que todo cuanto podía emanar del cuerpo de mi primo era el amor. Ya lo había notado en cuanto me condujo a la habitación y reparé en los libros que estaba encuadernando, siguiendo con esmero las indicaciones que John le había dejado. Sus palabras, su expresión y todos sus gestos estaban bañados también de ese cariño.

—Veo que tienes buenas noticias que compartir —agregó, tras reparar en mi vientre.

Me hizo un gesto, como pidiéndome permiso para tocarlo. Cuando accedí, puso una de sus manos, mucho más grandes de lo que las recordaba, sobre él.

—Yo también tengo buenas noticias —añadió después.

—¿Tú?

—Me casé hace diez meses.

Le sonreí.

—¿Así que estáis esperando por lo mismo que yo?

Casi hice, también, un comentario respecto a su edad, pero no tenía derecho alguno a ello. ¿No había tenido yo también dieciocho años, acaso? Y, conociendo a Thomas, leyendo toda aquella pureza que se le escapaba por los ojos grises, tan parecidos a los de John, su matrimonio solo podía haber nacido de un sentimiento noble.

—Sí. No sabemos si será un niño o una niña. Avis y la matrona no se ponen de acuerdo. ¿Sabéis vosotros?

—Creo que será una niña.

La expresión benévola en el rostro de mi primo se dulcificó aún más.

—¿Tenéis un nombre?

Estiré los labios. Hacía tiempo que Nathaneel y yo no discutíamos asuntos semejantes. ¿Qué sentido tenía, si todos mis embarazos parecían llegar al mismo final doloroso? Mejor no tener un nombre con el que referirse a nuestra pérdida. Mejor olvidarla enseguida. Que los muertos entierren a sus muertos.

—Ruth —dije, sin embargo, y yo fui la primera en sorprenderme con aquella respuesta—. Me gusta Ruth, como en la Biblia.

—Ruth —la llamó Thomas, acariciándome el vientre hasta que el bebé se movió dentro de él—. Creo que a mí también me gustaría una niña.

—¿Podrías con una? Somos más difíciles que los niños.

Significando: hay más normas con las que domarnos en contra de nuestra naturaleza.

Significando: depende tanto más la vida de nosotras, y recogemos muchos menos frutos de los que sembramos.

Thomas apartó la vista.

—Creo que, en los tiempos que corren, es preferible.

Cuánta verdad se escondía tras sus palabras. La guerra entre realistas y parlamentarios había comenzado tres años atrás. Batalla tras batalla, victoria y derrota tras victoria y derrota, no daba señales de acabarse pronto (o de acabarse, punto). Inglaterra sangraba de costa a costa, y cualquier hijo que tuvieses podía convertirse en un soldado que los ejércitos se viesen en el derecho a reclamar.

—Supongo… supongo que te gustaría ver a Avis.

—Sí. No me importa esperarla.

Thomas sacudió la cabeza.

—No va a ser necesario. Está en el jardín, ven. —Se levantó—. Vayamos a buscarla.

A pesar de la luz de finales de primavera (fortísima, cegadora), me pareció que caminaba entre tinieblas hasta llegar a Avis. Solo existían nuestros dos cuerpos en el mundo, solo importaban nuestros dos cuerpos en el mundo, y la distancia cada vez más pequeña que los separaba.

No reparó en que nos acercábamos, en un principio. ¿Se había olvidado acaso del sonido que hacían mis pasos, de la cadencia exacta que anunciaba mi llegada? Ya estaba separando los labios para llamarla por su nombre cuando todo su cuerpo se tensó, tal vez reconociéndome por mi olor o por la forma inequívoca de mi sombra, que se cernía sobre ella. Se incorporó, olvidándose de las flores que cuidaba con tanto esmero, y se volvió hacia mí.

—Cecily.

Incapaz de encontrar las palabras para contestarle, la abracé. A pesar de los cambios inevitables por los que había pasado su cuerpo, reconocí su tacto al instante. Era Avis, mi Avis, mi consejera y mi pajarito. Tras tantos lutos y tantas penurias, mi norte seguía apuntando en su dirección.

—Siento muchísimo haberte causado tantos problemas con mi capricho —le dije al oído, notando los pelillos blancos y finos de su mejilla contra la mía.

Avis no hizo ningún esfuerzo para separarse de mí. Me apretó más contra ella, pasando los dedos por cada hueso de mi columna, casi como si quisiese asegurarse de que seguían todos allí, de que había vuelto a ella con todas las partes intactas.

—Fui yo la que te mentí —susurró, el aliento cálido haciéndome cosquillas en la nuca—. Dije que iría adonde tú fueras, y no cumplí con mi palabra. Dejé que esperases por mí en vano.

Aún sin apartarme de ella, como si temiese que el embrujo de ese abrazo se rompiese enseguida, y la realidad, con sus aristas más oscuras, nos tendiese una trampa mortal, negué con la cabeza.

—Te pedí que vinieras adonde no podías seguirme. Perdóname.

—No hay nada que perdonar. La vida nos entregó a las dos unas


cartas muy crueles.

Nos reunimos en el invernadero. Thomas, excusándose en el trabajo atrasado, nos dejó solas. Allí, sentadas frente a frente, fui capaz de percibir todas las pequeñas metamorfosis en el cuerpo de Avis.

Había perdido todas las redondeces de la niñez. Este cambio no la afeaba, como me había ocurrido a mí, sino que le aportaba a su rostro un halo de sabiduría y serenidad que atraía por su misterio. Los ojos, tan oscuros, parecían más grandes, y capaces de verlo todo, de conocerlo todo sobre todos. Las mejillas, algo demacradas, solo arrojaban luz sobre la armoniosa estructura facial, y enmarcaban perfectamente los picos bien formados de los labios.

—Avis, ¿me quieres?

Aquella confrontación verbal la tomó desprevenida. Bajó las cejas.

—¿Qué clase de pregunta es esa? Ya sabes que sí.

—¿Después de todo lo que ha ocurrido entre nosotras? ¿Aún me quieres?

Casi sonrió.

—Sí, tonta.

Se lo pregunté una tercera vez.

—Avis, ¿me quieres?

—Sobre todas las cosas.

Y puso su mano contra la mía para demostrarme que todavía estábamos hechas de la misma materia prima, que el Señor nos había creado con exactamente las mismas proporciones de barro y de aliento. Si nos cortaban, nuestra sangre fluiría roja, e idéntica.

Nos pertenecíamos como nos pertenecían nuestros propios cuerpos.

Nos pusimos al día enseguida. Lo que había hecho ella, lo que había hecho yo; las maneras tan distintas en las que habíamos ido ocupando todos los días que se interponían entre nosotras.

Con mi ausencia, la ira de mi padre no se hizo de rogar. Aunque era demasiado noble como para dejar a sangre de su sangre en la estacada, su actitud respecto a mis primos cambió. Thomas ya era lo suficientemente mayor como para recibir su educación en un internado. Pero ¿y Avis? Sin perspectivas de futuro ni un motivo para quedarse en Hintlesham Hall, una viuda por cualquier otro nombre, vivió aquellos años pálidos como en un limbo. Se trató de encontrar un enlace beneficioso para ambas partes, pero ni mi padre ni Avis sentían demasiado interés en esta tarea, y los dedos de Avis permanecieron desnudos.

Cuando Thomas terminó los estudios, ya lo suficientemente mayor como para hacerse cargo de la herencia que le habían dejado mis tíos, ambos regresaron a Fernham All Saints y todo lo relacionado con Hintlesham quedó relegado al pasado.

Al carecer de marido y sin intenciones de vivir de la caridad de mi padre, Avis había regresado a su inclinación natural por la curación. Yo recordaba con claridad lo paciente que había sido conmigo, la expresión concentrada y seria que se le ponía cuando medía las cantidades exactas de hierbas medicinales con las que preparar mis tisanas. Cuando John enfermó, ni el contagio ni las marcas de la peste la asustaban; se ofreció a asistir al empírico no guiada por uno de esos pensamientos insensatos y apresurados tan comunes en mí, sino por un llamamiento del alma.

—¿Y tú?

Avis lo había formulado como una pregunta. Sin embargo, todo en la posición de su cuerpo y en el brillo de los ojos me indicaba que ya conocía la respuesta. Dirigí una corta mirada a la única piel, excepto la de la cara, que tenía descubierta: la de las manos. ¿Había en ellas algún fantasma de los golpes que hacía siete meses (llevaba la cuenta en mi vientre) que Nathaneel no me asestaba? ¿Un tenue cambio de

color, tal vez, invisible para los demás pero no para Avis?

—Es una larga historia.

Pasó las yemas (rugosas, testigos de toda una vida, del trabajo con las plantas) por mis nudillos.

—Tenemos tiempo.

Acaricié cada punto en mi mapa, cada día desde que abandonamos Inglaterra hasta que regresamos a ella de la manera en la que los perros vagabundos acaban deshaciendo siempre sus pasos. Con cada palabra pronunciada, los tormentos menguaban; yo tenía poder sobre ellos, poder sobre todo. En aquel invernadero, a solas con Avis y con aquella vegetación abundante, tiñéndolo todo de un verde tan suave, podía moldear el pasado a placer. Podía volverlo muy pequeño, de manera que cupiese en la palma de mi mano. Podía hacer que no importase.

—¿De cuántos meses estás? —me preguntó Avis, pasando la mano de la mía a mi vientre.

La niña dentro de él se movió enseguida, como si también ella pudiese reconocer a Avis solo por el tacto; como si su materia hubiese estado dentro de mí desde el principio, desde mi propio nacimiento, y ya conociese a Avis tan íntimamente como la conocía yo.

—Siete —me pasé la lengua por los labios—. Nunca… nunca había llegado tan lejos. Creo que será una niña.

La mirada oscura de Avis se volcó sobre ese vientre que se abultaba bajo el vestido.

—Creo que sí —sonrió—. Pondría la mano en el fuego a que será hermosísima. Si tiene suerte, heredará tus ojos.

—Espero que sea lo único —dije, y enseguida me di cuenta de que la alternativa tampoco sería demasiado amable con aquella pequeña.

¿Podía crearse la bondad a partir de personas como Nathaneel y como yo?

Para no tener que pensar más en ello, agregué:

—Thomas espera también a un retoño, ¿no?

Avis asintió.

—Sí. También están en el séptimo mes. Si es una niña, la llamarán Rose, como mi madre. Y si es un niño… —Bajó un poco la cabeza, casi avergonzada por sus propias palabras—. Si es un niño les gustaría

llamarlo John, si te parece bien.

Le sonreí. De Thomas, en cambio, solo se podían crear cosas buenas. Aquel niño que todavía no había nacido ya era digno heredero, también, de mi hermano.

—No se me ocurre un nombre mejor. A mí me gusta Ruth, para una niña. Todavía no he pensado en nombres de varón.

—¿Te gustaría quedarte con John? Thomas lo entendería.

Sacudí la cabeza.

—Se lo merece más que yo. Si su mujer y yo estamos de los mismos meses, nuestros hijos serán casi más gemelos que primos, ¿no es así?

—Sí. Irán juntos al colegio, crecerán juntos…

—Y, si heredan también nuestros caracteres, el mío le estará diciendo siempre al de Thomas lo que tiene que hacer, pero al final el de Thomas será el que acabe convenciendo al mío de obrar el bien.

Reímos. Era la nuestra una risa líquida y dorada que me gustaría poder beber, como un elixir, hasta quedar embriagada. Deseaba, más que nada en el mundo, poder quedarme a vivir en aquel invernadero, junto a Avis, sin que el tiempo pasase jamás, sin que nos molestasen el hambre o el frío. Debía haber un nombre para referirse a grandes tragedias como las nuestras.

Gradualmente, aquellas carcajadas gemelas se transformaron, empezando por el picor de los ojos y siguiendo por el rubor que se nos extendía por la nariz. Me sorbí los mocos.

—Dios, tengo tantas cosas que decirte… necesitaría años enteros para hacerlo. Te escribí tantísimas cartas…

—No recibí ninguna.

—Me daba miedo mandarlas. Temía que aún me odiases… o que recibir correspondencia mía pudiese dañar tu reputación de algún modo.

Entrelazó los dedos con los míos. A pesar del paso del tiempo, los espacios vacíos de nuestros cuerpos seguían complementándose, como si estuviésemos hechas para encajar la una dentro de la otra. Quizá Dios, que lo sabe todo, había pensado en nosotras desde el comienzo de la historia; quizá nuestros nombres estaban ya escritos en su libro antes de que el primer humano trazase la primera letra del primer

verso de la Biblia.

—¿Me ayudarás, entonces? —tanteé—. ¿A tener a esta niña? No te lo tendría en cuenta si dijeses que no. Soy consciente de la magnitud del favor que te pido.

No me respondió de inmediato. Temí que fuese a negarse. No había mentido cuando le dije que no le guardaría rencor alguno si me rechazase. ¿Qué le había traído yo, a fin de cuentas, excepto tormentos?

Sin embargo, cuando habló, su voz fue clara y firme. Ni el menor atisbo de duda podía tocarla.

—Por supuesto. Nada me agradaría más. —Se pasó la lengua por el labio superior—. Pero ¿qué pasará después?

—¿Después?

—Cuando esta niña nazca… ¿Crees que Nathaneel será más amable contigo?

—Sí —respondí, casi con el hambre de los perros.

¿Deseaba convencerla a ella o a mí misma? No me asustaban el dolor ni los golpes… Fue al considerar esto que reparé en el segundo significado tras la pregunta de Avis. Luego del nacimiento de nuestra hija, mi actitud respecto a la violencia de Nathaneel estaría condenada a cambiar. Con cada año que cumpliese la niña, yo no podría evitar preguntarme si llegaría a alcanzar una edad en la que los castigos físicos estuviesen dirigidos también a ella. No importaría si el que levantase la mano fuese su padre o cualquier otro hombre; no importaría, tampoco, si el carácter de Nathaneel mutase de manera permanente tras el parto. Desde la primera bofetada, y hasta la eternidad, en mi casa siempre habitaría el fantasma de esos actos de violencia.

Forcé una sonrisa húmeda y roja.

—¿Qué otra alternativa me queda? No puedo huir de mi propia vida dos veces.

Avis me apretó más la mano. Si me concentraba lo suficiente en ese gesto, en el sudor de nuestras palmas, la diferencia entre las dos pieles desaparecía, hasta que ambas nos convertíamos en una única cosa.

—Puedo ayudarte. No sé cómo, pero te doy mi palabra.

Aparté la vista. Quería borrar, aniquilar todo retazo de miedo. No quería que ni el más diminuto de todos los sentimientos negativos entrase en aquel invernadero, amenazando con mancillar la paz que creaba.

—Ayúdame primero a tener a esta niña. Por favor.

VI

Avis vino a nuestra casa al día siguiente. Trajo consigo, junto con los objetos necesarios para su trabajo, el sentimiento exacto de abrir las ventanas para airear un hogar antes de limpiarlo. Fue solo a través de sus ojos que desperté realmente al estado en el que se encontraba nuestra residencia. Era consciente, por supuesto, de todas las cosas que se habían estropeado, de la marca grotesca de mi maldición, pero solo de una manera intelectual, por decirlo de alguna forma. Ahora era también capaz de ver con mis propios ojos la magnitud de aquella tragedia: las paredes se agrietaban hasta el techo; puesto que el servicio no tardaba en desaparecer, la suciedad se acumulaba; el jardín se extendía bajo mi ventana como un matorral reseco y desprovisto de vida. Era como si la vida se resistiese a brotar del suelo que pisábamos.

Traté, de algún modo, de explicarme, de excusar aquella decadencia, pero Avis no parecía interesada en ello. Con Nathaneel fue correcta, tratándolo con la misma deferencia que años atrás. Cuando subimos a mi alcoba, no sé si fue su mirada inteligente o la seguridad con la que se movía, como conocedora de un secreto que a nosotros nos era ajeno, pero él accedió a esperar abajo. No era, a fin de cuentas, un asunto de hombres. Su trabajo, hasta el momento del nacimiento, empezaba y terminaba con la consumación del matrimonio.

—He traído unas hierbas que te ayudarán a sobrellevar el estado —me explicó Avis, mientras las colocaba cuidadosamente sobre la mesa.

La elegancia de sus movimientos, y hasta la postura que adoptaba su espalda, me hacían pensar en todos aquellos ciclos en los que ella me acompañó sin que la perspectiva de ser partícipe de mi sufrimiento la molestase.

Me hizo desvestir sobre la cama. En un primer momento dudé, temiendo que hubiese aún alguna marca en mi cuerpo que fuese testigo de la ira que Nathaneel desataba sobre mí. Aunque mi principal acto de rebeldía era esa indiferencia al daño que mi marido

podía causarme, sentí una oleada de rencor renovado ante la perspectiva de que esas magulladuras pudiesen turbar a Avis.

Odiaba a Nathaneel no por lo que pudiese hacerme a mí, sino por las consecuencias que esos actos de crueldad podrían tener también en mi prima.

Avis no se estremeció, sin embargo, ante el estado de mi cuerpo. Puso las manos sobre mi vientre (pude comprobar que todavía, al igual que yo, y a pesar de los estragos que pudiese causar ello en nuestra belleza, se masacraba las uñas cuando estaba nerviosa).

—¿Crees que es posible que esta niña llegue a término? —le pregunté—. Sé sincera conmigo. Los médicos de las colonias no estaban seguros de que yo fuese lo suficientemente fuerte…

Avis no se perturbó ante aquella confesión. Continuó trabajando, tranquila, como si pudiese caminar sobre las manos de Dios.

—Sé que nos dicen que es para lo que hemos nacido, pero el embarazo es complicado. Pueden alterarlo muchas cosas en la vida… no solo la salud de la madre. —Se detuvo para mirarme a los ojos—. No todo el mundo tiene tu corazón, Cecily.

Emití una risa corta y seca.

—Dios no sería capaz de tanta crueldad…

Avis no cortó el contacto visual.

—Eres una buena persona.

—No finjas que no has sido testigo de mis muchos pecados.

Arqueó una ceja. Los labios, apretados, le formaban una línea recta y pálida.

—Jamás lo he negado. Pero ni el mayor de todos ellos podría mancharte jamás el corazón.

Resoplé.

—No puedo estar de acuerdo contigo. Solo espero que, de algún modo, esta niña sea bendecida con algún tipo de bondad, ya que no podrá heredarla de sus padres.

—Hay bondad más que suficiente en tu interior —insistió Avis, el sol de la tarde cayendo dorado sobre ella.

Antes de que pudiese contradecirla, agregó:

—Cuando John estaba enfermo, y asustado, le leíste todas las noches desde el otro lado de la puerta.

Me sorbí los mocos.

—No creo que la amabilidad que uno muestra a sus seres queridos sea un reflejo certero de su bondad.

—Fuiste amable también conmigo, desde el principio, antes aún de conocerme de verdad. Ni siquiera John, con toda su nobleza, fue capaz de hacerme sentir tan querida como tú. No te importó que no pudiese ser una amiga alegre, al principio, ni tampoco que mi sensatez pudiese resultar aburrida. Me diste la bienvenida en tu casa y en tu vida tal y como soy. Eso también es bondad.

Se dio la vuelta tras decir aquello, como si el sentimiento detrás de sus palabras la hubiese herido de muerte. Mientras observaba cómo se lavaba las manos en el cuenco de agua que había preparado, y aprovechando que estaba de espaldas y no podía mirarme, susurré:

—A veces creo que lo causo yo realmente. El mal que habita en esta casa. Cuando John enfermó… —Me humedecí los labios—. Cuando John enfermó, temí que mi enfado pudiese ser la causa; la odiaba profundamente, esa parte de mí cuya ira se incendiaba tan rápido. Pero, cuando ese mismo enfado es causa ahora de alguna tragedia para Nathaneel, no me siento mal en absoluto; todo lo contrario. Incluso cuando esas tragedias me salpican también a mí, siempre habrá una parte de mi alma que se regocije por el daño causado.

Avis se volvió lentamente, casi siguiendo la melodía de cada sílaba pronunciada.

—Lo comprendo —dio dos pasos más hacia mí—. Te lo dije cuando éramos niñas y sigue siendo cierto: no te tengo miedo, ni a nada de lo que tú eres. Te ayudaré a tener a esta niña, y cualquier otra cosa que pueda venir después.

VII

¿Qué más puedo decir? Los días siguientes pasaron suaves como la seda, cada uno trayendo más luz que el anterior. Avis venía cada semana, y cada centímetro del jardín que pisaban sus pies era un centímetro en el que volvían a crecer, lenta pero inexorablemente, las flores. Yo iba a visitarlos a ellos, también. Comparaba el tamaño y la forma de mi vientre con el de la mujer de Thomas, Hannah, que poseía una de esas bellezas sencillas que se torna más y más evidente con el tiempo, como si fuese capaz de capturar todo el cariño que recibe.

A veces, Avis trataba de iniciar alguna conversación sobre mi futuro una vez que naciese la niña, pero yo nunca permitía que temas de ese tipo se alargasen.

—Pasará lo que tenga que pasar, y tú estarás a mi lado, lo que ya es suficiente.

Así trataba de asfixiar aquellos temores que insistían en asomar la cabeza. Avis nunca quedaba satisfecha. Si su corazón se parecía en algo al mío, la terquedad debía habitar en él.

—Puedes quedarte con nosotros.

—¿Y no crees que Nathaneel vendrá a buscarme? Sobre todo si me voy con alguien que le pertenece.

Me acaricié el vientre. Aunque la niña viviera dentro de mí, y aunque no conociera otra cosa que no fuese yo y el calor de mis entrañas, era tan suya como mía.

Estas conversaciones, afiladas y peligrosas, solíamos tenerlas en el invernadero. A pesar de que manteníamos la puerta cerrada, escondíamos todas nuestras palabras entre susurros, como si temiésemos que incluso las plantas y las flores tuviesen oídos y bocas para oírnos y delatarnos.

La maldad podía habitar, también, en los pétalos y en los tallos, algo que me había enseñado Avis.

—No es difícil toparte con plantas venenosas, si sabes qué es lo que estás buscando. Plantas que no dejen una huella detrás.

Así me lo había explicado, pero yo nunca había querido prestarle más atención de la debida. La magnitud de mi propia tentación era monstruosa, sus proporciones tan épicas como las del Leviatán.

—Ya tengo bastante con mis propios pecados, como para preocuparme también por los tuyos.

—¿Es un pecado a los ojos de Dios? ¿No dice su Biblia que ojo por ojo y diente por diente?

—Quitarle la vida a otra persona es pecado. No precisas leer la Biblia ni escuchar las voces de los ángeles para saberlo.

Eso dije, pero lo que pensaba realmente era que no me habría importado ser la que administrase el veneno, si supiese que los dedos acusadores no se volverían enseguida sobre mi prima. Un hombre sano, joven y fuerte, cayendo de bruces, sin explicación alguna, meses después de que una curandera entrase en su casa.

Mujeres más inocentes habían perdido el cuello por menos.

Aun así, pensaba en esa posibilidad, constantemente. Saber que existía, aunque lo que me quedaba de conciencia me impidiese actuar sobre ella, me calmaba. Era la manera que tenía de ahuyentar el miedo, de evitar el penoso pensamiento de no tener una escapatoria.

Me puse de parto con las calores del verano. Conocía los embarazos; conocía la incomodidad de ese cuerpo que crecía, y las náuseas al despertarme y los mareos cuando las temperaturas se elevaban. Ahora, sin embargo, me enfrentaba a algo completamente nuevo, algo que jamás había llevado mi nombre.

En cuanto rompí aguas llamé a Avis a gritos. Aunque sabía que ella no estaba en la casa, no cesé de pronunciar su nombre hasta que Ester, que ya se había convertido en una de las criadas más antiguas, acudió en mi ayuda. Le pedí, no de la manera más coherente posible, que me la trajese, que no me importaba si la matrona se retrasaba, pero que necesitaba a Avis a mi lado.

Mientras esperábamos, mientras sudaba y rezaba, Nathaneel me prodigó atenciones y afecto, casi olvidando su violencia anterior. Cuando Abraham subió a la montaña, pensé, ¿le había mostrado cariño a Isaac? ¿Lo había tomado de la mano y lo había acariciado, ignorando la daga que le quemaba el bolsillo? Y cuando Dalila se preparaba para cortarle la melena a Sansón, ¿se permitió un par de segundos para besar la frente de aquel a quien había amado y que ahora dormía, desconocedor de la traición que estaba a punto de acaecerle?

Al final, la matrona y Avis llegaron más o menos a un tiempo, esta última acompañada por Thomas. Me sorprendió la candidez de su presencia, puesto que ningún hombre que conocía sentía interés alguno por los asuntos de mujeres que no fuesen sus esposas. Incluso si el hijo que estaba a punto de nacer era el suyo, el papel del hombre se limitaba a la espera, al momento en el que una criada saliese para comunicarle que había tenido a un niño o una niña, que estaba bien y sano, y que había heredado tal o cual rasgo.

Solo más tarde recordé que Thomas no había tenido la oportunidad de aprender nada de eso, ni por palabras ni por ejemplos. Todas las personas encargadas de cuidar de él lo habían ido abandonando, una pérdida tras otra pérdida tras otra pérdida. Era simple y puramente un inocente.

No guardo recuerdos demasiado nítidos de las horas siguientes, excepto que Avis estaba a mi lado. ¿No debería ser distinto? ¿No debería una madre acordarse de cada segundo, de cada instante previo a ver el rostro de su hijo? No voy a juzgarme por ello. Estaba sudando y sufriendo, víctima de un miedo terrible. Nunca había llegado tan lejos. Nunca se había esperado tanto de mí. Nunca había echado tanto de menos a mi madre, pese a no haber llegado a conocerla, como en aquellos momentos. Añoraba no a la persona que había sido y que me privaron de conocer, sino a la figura que había pasado por algo similar y que ahora podría estar dándome palabras de ánimo. ¿No era mi sola existencia testigo de que incontables mujeres de mi familia, antes que yo, habían soportado lo mismo?

Y Avis, aunque desconocía la experiencia, me acariciaba la cara y el pelo. Tejía, con sus palabras, mantas capaces de calmar hasta los estremecimientos más salvajes que me sacudían el cuerpo.

—Solo tienes que aguantar un poquito más —me decía—. Empuja. Has sido muy fuerte muchas veces antes a lo largo de tu vida, y ahora no va a ser diferente.

Me moví guiada por su voz. Odiaba cada instante de todo el proceso. ¿Por eso sí sería lícito culparme? Ansiaba conocer a la niña

que llevaba meses creciendo dentro de mí. Deseaba, más que cualquier otra cosa en el mundo, todo lo que vendría después, todos los días que iría llenando a su lado. Los minutos previos, sin embargo, en los que me encontraba, eran una agonía que no tenía fin.

El calor asfixiaba y amordazaba. Pedía insistentemente que se abriesen las ventanas, pero mi voz ya no parecía tener la fuerza suficiente, y me fallaba. Me molestaban las sábanas, y cualquier otro pedazo de tela cerca de mí. Avis y la matrona me repetían que empujase, pero tenía ya las piernas entumecidas; todo mi cuerpo estaba sumido en esa especie de adormecimiento que, sin embargo, no lograba salvarme de los fuertes dolores. Tan lejos llegaba el pecado de Eva. (¿Y el pecado de Adán? ¿Ya no se acordaba nadie de él, cuando había sido Adán el que había recibido la orden de Dios, y no Eva?).

—Empuja, empuja. Ya se ve la cabeza de tu hija —dijo la matrona.

La palabra «hija» se pudrió en mi boca. Durante toda mi vida había sido solo una hija. ¿Podría ser también una madre? No había nada dentro de mí que fuese cálido, tierno o paciente. Estaba asustada hasta lo indecible. ¿Es esto una madre?

—Dios la bendiga —logré musitar, cada sílaba más febril y cansada que la anterior.

Los hombros se me arqueaban bajo el peso de las fatigas de todas las mujeres que habían vivido para que yo también pudiese hacerlo.

Había esperado y rezado tanto para que llegase este momento, y ahora solo quería que se terminase. No quería más hijos. Estaba demasiado exhausta para castigarme a mí misma por ese pensamiento sacrílego. No quería más hijos. ¿Era un pecado tan grande rechazar al fin el dolor? ¿No pedir más platos porque tenía ya el estómago lleno?

En mitad de aquel delirio, un único llanto me despejó. Alcé la barbilla para observar a la criatura, roja y brillante, que la matrona acababa de sacar de mi interior. Pensé que era grotesca, y que la quería enormemente. ¿Era esa otra falta inexcusable en mi historia? No precisaba encontrar la belleza en aquel bebé hinchado, salpicado de sangre y de secreciones, para amarlo sobre todas las cosas; podría haberme clavado un cuchillo en el pecho por él, sin pensarlo.

Pensé que no sentía ningún vacío en el lugar donde aquel bebé había estado durante tantos meses. Había sido mío, solo mío, y ahora

también era del mundo.

—Es un niño —me dijo la matrona.

Ninguna de sus palabras tuvo sentido alguno para mí. Podría haberme hablado en arameo o en griego antiguo.

—¿Cómo dice?

—Es un niño. Un heredero.

Cortó el cordón umbilical, e inmediatamente le entregó el niño a Avis, que lo tomó entre los brazos sin que le preocupasen la sangre o el llanto.

Ester hizo ademán de salir a darle la buena noticia a Nathaneel, pero se lo impedí tomándola del brazo, como pude, cuando pasó por mi lado.

—Aún no. Quiero quedarme un poquito más con mi hijo.

Significando: quiero que sea mío un ratito más, y no también de él.

Significando: ¿podrá aprender las artes horrendas de su padre tan pronto, solo con mirarlo?

Cuando la matrona me sacó la placenta, una nueva oleada de dolor me recorrió el cuerpo, arrancándome de cuajo también todos estos pensamientos.

Acabado este asunto, todos, incluso Avis, centraron su atención en el niño, y no en mí.

¿Es este mi error fatal? ¿La trampa ineludible en la que estoy condenada a caer? El más pesado de todos mis pecados es el deseo de ser amada. Desde pequeña había ansiado ser el recipiente del amor de los demás, sin preocuparme por qué hacía yo con el amor que me sobraba.

Supe que algo iba mal debido al tiempo que tardaban, a la sangre que todavía goteaba al suelo. Los llantos del niño, tan desesperados y hambrientos, no podían ser normales.

—¿Qué sucede? —pregunté, luchando por reincorporarme.

No recuerdo si recibí una respuesta, o si comprendí yo misma el calibre de la situación. Pensé inmediatamente en el primer hijo que habían tenido mis padres. ¿Quién me había contado aquella historia por primera vez? ¿John o mi padre? ¿Y por qué iría a hacerlo alguno de los dos? Debía haber sido una criada. Quizá, en mi infancia, había oído los retazos de alguna conversación y llené los silencios con mi propia imaginación. Pero les había pasado a ellos, y ahora me estaba pasando a mí también.

Todo cuanto ansiaba tenía marcas de uñas y de pelea.

—Dadme al niño —ordené.

No sé cuánto tiempo pasó (desde mi punto de vista, imperios enteros podrían haber nacido y desaparecido en aquellos minutos) hasta que la matrona se volvió hacia Avis.

—Lleve al niño con su madre.

Ya no lloraba. Cuando Avis me lo depositó sobre los brazos, respiraba tranquilo, casi conocedor de su propio destino. Envuelto en una sábana blanca, en la que crecía el rojo de la hemorragia del ombligo. Pequeño y cálido. Todavía estaba hinchado y húmedo, pero pude fijarme mejor en la línea de la nariz, en los labios mínimos y sonrosados, en los pelillos oscuros, finos y rizados de la cabeza.

Ester volvió a hacer el amago de salir para hablar con Nathaneel, pero no se lo permití.

—Mueve la lengua y será la última vez que la tengas —siseé.

Quería que, durante el tiempo que pasase en el mundo, mi hijo fuese solo mío. Había salido de mis entrañas, al contrario que sus hermanos, pero era mío-mío-mío.

—No tiene nombre —dije, y me volví hacia Avis, que se había sentado en la cama junto a nosotros—. ¿Qué va a ser de él? No tiene nombre.

¿Lo reconocerían los ángeles, cuando viniesen a buscarlo? ¿Habría guardado alguien un huequecito en el Reino de Dios para un niño tan pequeño, desprovisto de todo, hasta de nombre?

Avis se inclinó más ante nosotros, los mechones sueltos que se le habían salido del recogido, debido al esfuerzo, acariciando la mejilla redonda y pegajosa de mi hijo. Intentaba yo, también, hacer todo lo posible para recordar aquellas facciones, para grabarlas en mi mente, a fuego, de modo que no pudiesen borrarse jamás.

—¿Qué te parece Jonathan?

—¿Jonathan?

—Como el hijo del rey Saúl, el amigo al que tanto quiso el rey David —acarició la mano pequeña, rechoncha y arrugada del bebé—. Un guerrero fuerte, valiente y justo. El nombre proviene de la misma raíz que John.

Pasé el índice por el puente de la nariz del retoño.

—Jonathan —lo llamé, y me pareció que se removía con aquel sonido con la sorpresa de quien se da de bruces con su reflejo en un espejo—. Es un buen nombre.

—Jonathan —repitió Avis.

Había llegado tan pronto al mundo, y tan pronto debía abandonarlo.

La matrona se nos acercó para hablar del bautismo. Si nos apresurábamos en hacer venir a un pastor…

Cuando le indiqué, por favor, que fuese por la puerta trasera, de modo que Nathaneel no la viese, la espalda de Ester se crispó.

—¿No tiene también el señor derecho de ver a su hijo?

—¿Qué esfuerzos ha hecho él para traerlo al mundo? Bastantes tragedias ya han caído sobre la cabeza de este niño.

No sé si fue la severidad de mis palabras, la mirada terrible que le eché o la atmósfera de recogimiento que se respiraba en la alcoba, henchida del olor del sudor y de la sangre, pero Ester se calló, y siguió a la matrona cuando esta salió.

Nos habíamos quedado Avis y yo a solas con Jonathan, que se había dormido con la cabeza apoyada en mi hombro y el puño agarrando el dedo de Avis.

De haber tenido verdaderamente algún poder, habría alargado

aquel momento hasta la eternidad. Solo nosotras dos con el niño, disfrutando del calorcito conjunto que emanaban nuestros cuerpos.

Doncellas con delantales blancos;
doblan las campanas de St Catherine's.
Naranjas y limones;
doblan las campanas de St Clement's.

Cantamos. Cantamos hasta que la matrona regresó con el pastor, que venía a darle al niño el bautismo primero, y luego la extremaunción.

Mi dolor no me era único, sino que lo compartíamos incontables mujeres a lo largo de la historia, pero en aquel momento silencioso entre ambos ritos me pareció tan imposible despegarlo de mi alma como lo habría sido también separar el alma del cuerpo.

Era más monstruo que mujer, más tragedia y culpa que carne y hueso. No quería más hijos. Había aborrecido cada minuto del parto, excepto el momento en el que me pusieron a mi hijo en los brazos.

¿Y si era yo la causante de esto? ¿Y si era yo la causante de esto?

John se había equivocado al decir que había mucho amor dentro de mí y que yo no sabía qué hacer con él. Había mucho amor dentro de mí, y solo sabía obrar maldades con él.

VIII

Al final, Nathaneel vio a su hijo antes de que este abandonara el mundo. No supe si lo había llamado Ester o si los ruidos lo habían alertado. No me importó. Yo le había dado nacimiento. Avis le había dado su nombre. Nathaneel solo podría otorgarle el apellido que se vería en su lápida, puesto que el amor que se llevaba era también todo mío.

Nos quitaron al niño horas después de su muerte, cuando el cuerpo ya estaba frío y rígido y hacía tiempo que la sangre había dejado de manar de la cicatriz del ombligo. Para lavarlo y vestirlo. Para prepararlo para la sepultura.

Al haberle bajado la hinchazón tras el parto, y al estar ahora la piel más blanca que roja, me pareció que Jonathan era más hermoso en la muerte de lo que lo había sido en la vida tan corta que le había permitido el Señor. ¿Era este otro pensamiento del que arrepentirme, otro pecado más que añadir a ese rosario de culpas que ya no tenía fin? Bien. Me podría llevar todas esas penas al cuello y dejar que me asfixiasen.

—¿Qué has hecho? —me preguntó Nathaneel, en cuanto el cuerpo del niño abandonó la habitación.

Alcé el mentón para observarlo.

—¿Crees que esto es culpa mía?

—¿De quién, entonces? —Se levantó con fiereza; podría haber conjurado tempestades solo con el ruido que hacían sus botas al caminar—. ¡Todo en esta casa se muere!

Reparó entonces en que Avis seguía allí, sentada a mi lado, abrazándome y besándome. Le pidió que nos dejase a solas.

—No me voy a ir a ninguna parte, Nathaneel.

—¡Esta es mi casa! —bramó él, empujándola de modo que cayese de rodillas al suelo—. ¡Y esta es mi mujer!

Lo agarré del brazo antes de que pensase en volver a ponerle la mano encima a mi prima.

—Escúchame —siseé—. ¿Crees que le hice esto a mi hijo, que salió de mis entrañas? Imagínate el tipo de cosas que podría hacerte a ti. Si

todo en esta casa se muere tus pisadas deberían ser las más silenciosas. ¿Dices que soy tu mujer? ¡Me robaste a tu primo!

—¡Según tú me pediste! —rugió, la voz como un huracán.

—¡He avergonzado la desnudez de mi madre desde entonces! ¿Dices que he sido yo la que ha matado a tu hijo y no los golpes que me has dado?

—No te he puesto la mano encima estando encinta.

Pero yo ya gritaba, ignorando cualquier explicación. Era rabia líquida, bíblica. Mi piel ardía.

—Me arrepiento de ti más que de ninguna otra cosa en el mundo. ¡Devuélveme al niño que me has robado! ¡Devuélveme a mi niño!

A pesar del cansancio del parto, y sin preocuparme por su venganza, comencé a golpearle con los puños en la cara y el pecho. Los gritos de «devuélveme a mi niño», repetidos incesantemente, como una oración, acabaron pervirtiéndose, sufriendo una nueva metamorfosis: «Devuélveme mi niñez, devuélveme mi niñez».

Se deshizo de mí agarrándome del cabello, todavía húmedo y sudoroso, y tirándome de la cama. Ante aquel acto de violencia, Avis se abalanzó sobre él.

—No volverás a ponerle una mano encima a tu mujer.

Nathaneel se zafó de ella. Pensé que iba a pegarle de nuevo, pero la voz de Thomas dijo:

—Si fuese tú, no haría eso.

Había subido las escaleras y tenía la frente perlada de sudor. Sostenía entre las manos uno de los atizadores de la chimenea, la punta afilada todavía brillando, roja por el fuego.

Nathaneel, que soltó a Avis, dio un paso atrás, las cejas arqueadas.

—¿Vas a matarme, muchacho?

Thomas se acercó más a él, la nariz encarnada. Si los labios le temblaban, las manos se mantuvieron firmes. No conocía el miedo.

—¿Crees que no sería capaz? Tienes más que perder que yo. Un borracho cuya reputación es más alta que él. Incluso si te mato y me llevan preso, volveré a la calle antes de que tu cuerpo se haya podrido en la fosa de la que no saldrás jamás.

Con cada palabra había dado un paso tras otro en dirección a Nathaneel, de modo que cuando terminó mi marido estaba ya de

espaldas contra la pared.

—Ve y entierra a tu hijo, porque tu mujer no te va a dar más —agregó Thomas, golpeando a Nathaneel en el pecho con el atizador—. Me voy a llevar a tu mujer y no la vas a volver a ver jamás. Si intentas impedírmelo entonces no solo te mataré, sino que además haré todo lo posible para que no quede nada tuyo a lo que se le pueda dar santo entierro.

Sin cambiar de posición, nos hizo un gesto para que nos marcháramos. Avis me ayudó a ponerme en pie, dejando que me apoyase sobre sus hombros. Me tomó de la mano, como había hecho tantas otras veces, y fue dando pasos conmigo, escalera abajo. Pronto el dolor se detendría. El cuerpo de una mujer, aunque se diga lo contrario, es sabio y fuerte; aunque las heridas del alma permaneciesen, los estragos que había hecho el parto en la carne se disiparían. Pronto estaríamos en casa. Pronto podríamos descansar.

Ya no era una madre, ni lo sería nunca. Volvía a ser una mujer, solo eso, sin un apellido siquiera al que aferrarme. Mi vida era lo único que me pertenecía ahora.

Thomas no soltó a Nathaneel hasta que llegamos al último escalón. Mi marido permaneció un par de segundos más en la misma posición, casi alimentándose de todo lo que había ocurrido, casi despertando ante la amenaza de mi primo. Cuando Thomas ya casi nos alcanzaba, salió y gritó:

—¡Sí, llévatela! ¿No espera tu mujer un hijo? ¡A ver lo que les pasa a ambos mientras esa bruja esté bajo su mismo techo! Entonces vendrás a por mí, pero no para darme caza.

Thomas se volvió, crispando la espalda. Me pareció que todo su cuerpo se posicionaba ya para ir hacia Nathaneel, pero en un último instante lo ignoró y regresó con nosotras, instándonos a que nos subiésemos al coche de caballos. Su enfado podía ser una cosa terrible, pero caminaba con parsimonia.

Enfurecido por la ausencia de una reacción más notable (acostumbrado, como lo estaba, a la manera en la que yo respondía siempre a cada golpe), Nathaneel corrió hacia nosotros, bajando los escalones de tres en tres.

¡Cómo han caído los valientes! Al final, no fue el veneno ni el

atizador los que dieron caza a Nathaneel, sino el desliz de su propio pie. Un hombre sano y fuerte, a pesar de los efectos de la bebida…

No nos quedamos a observar la consecuencia de la caída. Nos fuimos con la oscuridad de la noche. Nos fuimos con las manos vacías.

La vida siempre había sido fácil para mí, excepto cuando le pedía aquellas cosas que más ansiaba. El Señor había querido que un único deseo mío se cumpliese, y ese deseo había venido con sangre y tempestades.

Alabado sea el Señor.

IX

Diez días después de la muerte de mi hijo, un hombre menudo, de rizos castaños y barba de chivo, vino a llamar a nuestra puerta. Lo vi desde la ventana, primero. Lo reconocí debido a las ilustraciones que había visto de él, a las descripciones temerosas que susurraban las mujeres en el mercado. Cuando la criada entró en la sala en la que Avis y yo estábamos cosiendo, me levanté enseguida.

Una señorita sabe cómo recibir a sus visitas, incluso si es el diablo el que llama a la puerta.

—Un caballero insiste en hablar con las señoras —dijo la criada, las rodillas temblorosas y la piel ausente de color.

Hannah, que estaba con nosotras, hizo ademán de levantarse, pero Avis se lo impidió poniéndole la mano sobre el brazo.

—No te preocupes, querida. Esto no tendrá nada que ver contigo.

El cazador de brujas Matthew Hopkins entró en la sala sin aguardar a que la criada fuese por él. Caminaba con la seguridad de quien no tiene que rendirle cuentas a nadie, de quien es poseedor de un poder del que sus víctimas carecen.

En mí iba a tener una presa demasiado grande para su boca de lobo.

—¿Señora Firebrace? —me llamó.

¿Había sido mi vestido de luto el que le había dado pistas sobre mi identidad? Tras la muerte de mi hijo, un par de detalles significativos habían cambiado en mi aspecto. De la noche a la mañana, la melena negra se había tornado blanca; no se trataba de una situación en la que el cabello comienza a nacer canoso, sino que hasta el último mechón que ya me pertenecía había mutado de color.

—Si lo dice usted.

—Su marido la acusa a usted de brujería.

Arqueé una ceja. Hannah, desde el sillón, ahogó un grito, pero Avis la acalló con uno de sus abrazos sanadores.

—Vive, por tanto.

No reaccioné de ninguna otra manera a la acusación de Nathaneel. No tenía miedo alguno de lo que Matthew Hopkins u hombres como él

pudiesen hacerme. Había recibido golpes más grandes.

—¿No se alegra de la buena noticia?

—Si es la voluntad del Señor que viva, ¿a quién le importa la opinión de una mujer al respecto?

Palideció, no de miedo sino de rabia. La sola mención de Dios lo había turbado, ofendiéndolo hasta el tuétano de los huesos.

¿Era posible que creyese que hasta Dios le pertenecía?

—Sus blasfemias ofenden a cuantos oídos tengan por desgracia escucharlas.

—¿Forma eso parte de la acusación?

Me agarró del brazo. Las manos, aunque fuertes, por su tamaño y por su forma me recordaron a las de un niño.

—Se la acusa de causarle una terrible enfermedad a su marido con sus malas artes. ¡De las muertes de sus hijos! ¡De la sequía de sus tierras! ¡De la debilidad de sus animales!

Guardó silencio durante los primeros segundos posteriores a su declamación, dejando el espacio justo para una respuesta. Opté por no complacerlo con una.

—¿No le causa asombro alguno la naturaleza de los crímenes de los que se la acusa?

Aparté la vista.

—Si de lo que se me acusa es de las desgracias ocurridas en torno a mi persona, ¿no habría de ser mi marido igualmente sospechoso?

—¿Por qué iba a causarse el señor Firebrace a sí mismo una enfermedad convulsiva?

Apreté los labios. Mi enfado era más dulce que la miel.

—¿Por qué iba a ser yo la causante de mi propio luto?

Matthew Hopkins tiró del brazo del que me tenía agarrada. Un reguero muy fino de sudor le bajaba por la sien.

—Mujer, ¿ha hecho usted pactos con el diablo? ¡Responda!

—Al diablo no lo conozco, a no ser que su nombre sea Nathaneel Firebrace. En cuyo caso, sí, he hecho todo tipo de pactos con él.

—¿Nathaneel Firebrace, su marido? ¿El mismo al que usted engatusó con sus malas artes estando comprometida con su propio primo?

Alcé el mentón.

—Engatusé a mi marido, sí, pero no con malas artes, sino con dinero. Si ha de apresar usted a todo aquel que participe en una mera transacción económica, me temo que las celdas de Inglaterra pronto estarán llenas.

Por aquello, me asestó una bofetada en la mejilla.

—Se la acusa a usted de brujería y de perversión, señora Firebrace. Son muchas las personas que pueden dar honrado testimonio de la villanía que usted ha demostrado poseer desde la infancia.

Separé los labios para contestar también a eso, pero Matthew Hopkins no me dio tiempo. Hizo un gesto, y un segundo caballero que esperaba en el umbral de la puerta se nos acercó. Era este hombre más grueso y más viejo que Matthew, los rasgos finísimos casi ahogándose frente a la pronunciada papada y a las mejillas redondas.

—John, llévese a las acusadas de brujería para que puedan ser interrogadas.

De no haber visto cómo se acercaban ambos también a Avis y a Hannah, no me habría resistido. No iba a permitir que Nathaneel robase más inocencia de la que ya se había colgado del cuello.

—Estas mujeres no son culpables de nada.

El segundo hombre, John (odiaba cómo mancillaba ese nombre; cómo ponía los dedos, como larvas sudorosas, sobre la piel de Avis), me dirigió una sonrisa fea, ancha y fría.

—A Avis Crowfoot se la acusa de provocar la enfermedad fatal del hijo de usted mediante las tisanas que le preparaba en el embarazo.

Le escupí. Si deseaban tratarme como a un animal, así sería. Desempeñaría tan bien mi papel que, si era tan bruja como ellos deseaban, pronto mi piel se cubriría de un pelaje grueso, y la boca se me abriría con el tamaño de los colmillos.

Si era hambre lo que querían, les iba a dar inanición.

—De no haber sido por los cuidados de mi prima ese niño no habría salido jamás vivo de mi vientre. Cada hora que vivió fue gracias a ella, así que no lo mente usted con esa boca pestilente.

Pensé que me pegaría por ello. En cambio, la sonrisa se tornó en una mueca grotesca.

—A Avis Crowfoot se la acusa de confabular con usted para darle muerte a su marido. —Le tiró del pelo—. ¿No le dijo usted misma que

jamás le volvería a poner una mano encima a su mujer, es decir, a la señora Firebrace?

Avis tragó saliva. No negó el crimen del que se la acusaba. Bajando la vista a las manos, y luchando por que su voz se mantuviese firme, dijo:

—Si Nathaneel Firebrace nos acusa a su mujer y a mí de su desgracia, ¿por qué atormentan ustedes a la esposa de mi hermano? Ella no se encontraba con nosotras, y no conoce tampoco al señor Firebrace. Ya ven que su estado es muy avanzado.

Matthew Hopkins arqueó los labios finos en algo que casi se parecía a una sonrisa.

—Dios salve al niño que crece en su vientre. Sea la acusada bruja o amiga de brujas, no podrá proporcionarle el cristiano hogar que se merece.

Hannah lloró. Rezaba tan rápido y en voz tan baja, casi sibilante, que no fui capaz de comprender una sola de las palabras que pronunciaba.

—¿Quién cuidará mejor de ese niño que su madre? —insistió Avis —. Arréstennos a mi prima y a mí y dejen a esta pobre chiquilla tranquila.

—¡Cállese! —bramó Matthew, propinándole un golpe en la espalda, como si se tratase de una mula, de un asno o de algún otro animal de poco valor.

Me abalancé sobre él y le mordí en la misma mano que había utilizado para pegarle a mi prima. Clavé los dientes, con fuerza, hasta que la sangre le fluyó roja y líquida. Hasta que se me revolvieron las entrañas con el sabor agrio y putrefacto de su piel amarillenta.

—¡Bruja!

—¡Sí! —accedí—. Quizá soy esa bruja que usted dice. ¡Cuélgueme, entonces! Le acecharé todos los días de su vida. Hasta el momento de su muerte, no volverá a conocer la paz de una noche de descanso. Y, si ese no es el justo castigo por matar a una bruja, entonces le aseguro que será la espada del Señor la que lo atraviese por mancharse las manos también de la sangre de los inocentes.

Me tiró al suelo con el bastón. Todavía no había llegado a sentir el dolor de la caída cuando me levantó agarrándome por el moño.

—Señor Stearne, ayúdeme a llevar a estas mujeres a la celda que les ha sido asignada.

John Stearne emitió un sonido reseco y caduco.

—A esta no, señor Hopkins —dijo, dándole un tirón en el brazo a Hannah.

Entre los llantos y los gritos había pasado desapercibido, pero ahora ya no podía ocultarse; el charco de agua bajo sus pies la delataba: se había puesto de parto.

La magnitud del crimen que todavía no había cometido no acobardó a Matthew Hopkins. Le dirigió un gesto grosero a la criada, que se había quedado petrificada entre el salón y el pasillo, y le dijo:

—Vaya a buscar a la matrona de su señora, si dispone de ella. —Se volvió entonces a su compañero—. Señor Stearne, una vez que haya nacido el niño, haga lo apropiado con la acusada.

Hannah se llevó ambas manos a la cara (llorando, llorando). ¿Quién podría atentar contra tanta juventud, contra tanta inocencia?

—¡Por favor, por favor, por la vida de mi hijo! Por favor, yo no sabía nada. Mi marido…

—Su marido recibirá la buena noticia desde prisión, señora Crowfoot.

Hannah irrumpió en un alarido amargo, pero no nos permitieron quedarnos para consolarla. Matthew Hopkins tiró de nosotras, arrancándonos de la casa y de la vida que habíamos conocido hasta entonces.

Clamaba a Dios mientras nos conducía al coche de caballos que había preparado para nosotras, pero su voz era la de Caín, la del faraón, la de Asuero y de la Herodes. No podría haber encontrado yo una villanía más grande que la suya para imitar.

Se arrepentiría del día en el que encontró un negocio de sangre y decidió llamarlo la voz de Dios.

X

Éramos ciento tres mujeres y diecisiete hombres (entre ellos, mis primos y Hannah) los que aguardábamos ser llevados a juicio en la cárcel de Bury St Edmunds. A pesar de lo prometido, Matthew Hopkins no nos llamó para interrogarnos enseguida, y el motivo de por qué no tardé en descubrirlo.

Tal y como yo le había asegurado que haría con él tras mi muerte, no permitió que ninguno de los acusados lográsemos conciliar el sueño más que un par de minutos. El ruido en la cárcel era continuo. Si un cuerpo lo suficientemente cansado es capaz de dormirse incluso en el más estruendoso de los infiernos, Matthew Hopkins encomendó a sus carceleros que nos despertasen en cuanto nuestros párpados se cerrasen. Nos lanzaban agua fría sin que les importase lo inadecuado de nuestras prendas. Nos tiraban del pelo o nos pellizcaban. Para que no pudiésemos acostumbrarnos ni a las palizas, cada tormento era distinto al anterior, y venía también en una hora del día diferente, aunque para nosotros ya no existían el día ni la noche.

A los hombres no los veíamos, aunque podíamos escuchar sus gritos. Pero ¿cómo poder juzgar la distancia a la que se encontraban únicamente en base a esos sonidos? Si las torturas eran lo suficientemente crueles, gritos imposibles podían sacarse hasta del más santo de los hombres.

La mayoría de las mujeres hacinadas en nuestra celda eran ancianas. La mayoría, pobres. La mayoría, desconocedoras del crimen del que se las acusaba. Por este motivo, al principio había supuesto erróneamente que nosotras tres seríamos el blanco de la mayor parte de los abusos, pero los carceleros no codiciaban nuestros cuerpos por su belleza, sino por el poder que podían ejercer sobre ellos.

Hannah lloraba, y su pena no tenía consuelo. Hablaba incesantemente de su hija, hasta que sus palabras dejaron de resultarme reconocibles.

—Tiene los ojos grises, como Thomas. Sé que a algunos niños les cambian de color. Espero que ella no pierda los suyos.

—Seguro que no —la animaba entonces Avis, pero Hannah no

encontraba en esas palabras bálsamo alguno.

—¡Mi niña, mi niña! Jamás viviré tanto como para saber de qué color serán sus ojos.

—Vivirás —le aseguré, entre dientes apretados.

Hizo caso omiso a mi promesa. A ella no le hacían falta los desvelos ni las amenazas ni las palizas. El disgusto al haberle arrancado a la niña de los brazos la había hecho perder la razón. Habría sido capaz de ver a Dios, o al diablo, en aquellos momentos. Habría sido capaz de hacer cualquier cosa que Matthew Hopkins o John Stearne quisieran.

Me llamaron para interrogarme… ¿cuántos días habían pasado? Los párpados, acartonados y resecos, amenazaban con cerrarse. Cada paso que daba era como en un sueño, como en una pesadilla, como si un par de manos invisibles me moviese las piernas. Tanto la luz como la oscuridad me hacían daño en los ojos, y no reparé en que estaba en una habitación a solas con el señor Hopkins hasta después de largos minutos.

La silla en la que me había sentado no era cómoda, pero hacía tanto tiempo que no podía hacer eso mismo, sentarme sin que mis rodillas chocasen con las de otra mujer, que creí que me derretiría allí mismo, convirtiéndome yo también en madera.

En cuanto se me acostumbraron los ojos a las llamas de las velas, y al efecto monstruoso que estas tenían sobre la cara angulosa de Matthew Hopkins, recordé que me había cruzado con Thomas camino a la sala de interrogación. Con la piel amarillenta y pegada a los huesos, y la nariz goteándole, me pareció una criatura extraña a la que reconocí únicamente por aquellos ojos grises de los que hablaba tanto Hannah.

—Has tenido una niña —le dije.

Por más que rebuscase dentro de mi cabeza, era incapaz de encontrar una respuesta. Quizá ninguna parte de aquella interacción había tenido lugar realmente. Quizá…

Matthew Hopkins me arrancó de mi ensimismamiento dándole un golpe a la mesa que nos separaba.

—Cecily Firebrace, se la acusa de brujería.

Lo fulminé con la mirada.

—Eso dice usted.

—Eso dicen los testimonios de su marido, Nathaneel Firebrace; de su antiguo prometido, Richard Andrewes; de su criada, Ester Crisell; de…

Continuó pronunciando nombres de personas que habían trabajado para nosotros, en Bury St Edmunds o en Hintlesham, durante mi niñez. Nombres que había borrado de mi memoria, y a los que ya no

podía asignarles una cara. ¿Era ese también un pecado mío?

—¿Es cierto que sus padres la engendraron estando su madre sangrando?

Aparté la mirada ante lo indigno de la pregunta. Quería que se contagiase de esa vergüenza, que el sentimiento denso lo ahogase.

—¡Responda!

—Aunque sea una bruja como usted dice, soy incapaz de recordar sucesos previos a mi nacimiento.

—Pero admite que su madre murió dándole a usted a luz.

Tragué saliva.

—Nuevamente, no es un suceso que pueda recordar, pero sí, eso es lo que me han contado.

—¿Es cierto también que mató usted a su hermano?

Apreté los labios.

—Mi hermano murió de peste, una enfermedad por la que jamás he pasado.

—¡Una enfermedad causada por usted! —bramó, propinándole un nuevo golpe a la mesa—. Su antigua criada, la señora Scarfe, escuchó la confesión de sus propios labios. Mientras ese pobre hombre agonizaba, usted le confesó el rencor que le guardaba por haberle pedido matrimonio a su prima, la también acusada Avis Crowfoot. ¿Lo niega acaso?

—No niego las palabras que dije, pero no maté a mi hermano. Lo amaba. Preferiría haber muerto yo, y no él.

Me repetí a mí misma las palabras también: no había sido mi culpa, no había sido mi culpa, no había sido mi culpa. ¿Serán más ciertas incluso ahora, al escribirlas? Lo quería tantísimo. Todavía me despierto cada día pensando que volverá, pero nunca lo hace.

—¿Amaba también usted a los hijos a los que mató?

—¿Ha esperado usted físicamente a un hijo, señor Hopkins?

Respondió a mi impertinencia con una bofetada que me tiró de la silla. Aquello no me hizo callar.

—¡No, porque la naturaleza no se lo permite! —contesté por él, tragándome mis flemas y mi sangre—. No tiene usted el derecho tampoco de juzgar lo que el cuerpo de una mujer hace sin que el espíritu de esta lo permita.

—¡Su espíritu no causa más que desgracias y perversiones, señora Firebrace! —me gritó, señalándome con el dedo grueso y enrojecido —. Las sequías de sus huertos, las enfermedades y las muertes de sus animales… todos sus crímenes han quedado registrados, señora Firebrace, y corroborados por los testimonios de más de una decena de personas.

—¡Entonces cuélgueme enseguida y no pierda más el tiempo con esta pantomima! Le proporcionaré yo misma la soga de ser necesario.

Traté de levantarme, pero él no me lo permitió. Se arrodilló frente a mí, y me colocó las manos sobre los muslos para que no me pudiese mover.

—Las criadas de Hintlesham Hall han descrito también la depravación de su cuerpo. No sangró usted hasta los diecisiete años. Cuando lo hizo, su sangre no era la de cualquier otra mujer, sino algo monstruoso, grotesco, más propio de los pecados de Sodoma que de una mujer de buena cuna como debía ser usted. Me hablaron de la enajenación mental que esas sangres le provocaban; de cómo, cada mes, salían la señora Crowfoot y usted al bosque de Hintlesham a hacer comunión con el diablo.

No me digné a responder a sus mentiras.

Indómito, se inclinó más hacia mí, de modo que pude oler el vino en sus labios húmedos. La mano derecha se movía desde mi muslo a mi entrepierna.

—¿Está sangrando usted ahora, señora Firebrace?

—No he sangrado desde el parto. No he sangrado desde la muerte de mi hijo.

¿Qué valor puede tener la palabra de una bruja? Matthew decidió comprobar el asunto él mismo, introduciendo tres de sus dedos en mi interior. Cuando me retorcí con el dolor, me clavó el codo del otro brazo en el vientre vacío.

—Bruja —dijo, los labios ya contra mi mejilla—. ¡Bruja!

Sacó la mano, limpia y seca. No se acobardó al no encontrar lo que buscaba. En su lugar, y sin separarse de mí, susurró:

—Apuesto a que tiene usted más marcas de su villanía en el cuerpo.

Me levantó las faldas, pasando las yemas por las rodillas, por los

muslos, por el pelo rizado y oscuro entre las piernas. Al no verse satisfecho, me dio la vuelta y me separó las nalgas con las manos. Se sentó sobre mí, utilizando un puño para aplastarme la cara contra el suelo. Bajo su peso, el aire se resistía a entrarme en los pulmones, de modo que su voz comenzó a llegarme lejana.

—¡Confiese sus pecados, señora Firebrace! —chillaba, apretándome la cara con aún más ahínco, de manera que yo no pudiese obedecer ni aunque quisiese—. ¡Arrepiéntase! ¡Arrepiéntase!

Ya tenía la visión borrosa cuando él se levantó. Luché por llenarme los pulmones de aire, por inspirar, pero él ya me estaba tirando del pelo para volverme a dar la vuelta. Arrancó todas las piezas de tela que me cubrían con un ansia insaciable, con un hambre y una sed que no podían ser calmadas.

Me apretó los pechos con las manos, hasta lograr que los ojos se me llenasen de lágrimas. Se inclinó ante mí, acercando la lengua roja y gruesa al espacio vacío entre mis senos; seguía la línea de mi esternón con ella.

—He aquí la prueba irrefutable de su brujería —dijo, señalando el lunar bajo mi pecho izquierdo con el mentón.

Un lunar, una marca de nacimiento o incluso un tercer pezón podían condenarte. Sonrió ante aquel descubrimiento, y ante el poder que le confería. Sonrió y clavó los dientes en ese punto exacto, hasta dejarme marcas en la piel, pero ya no me quedaban más lágrimas que derramar. No respondí físicamente al dolor que me causaba. Me quedé muy quieta, mirando al techo y rezando para que aquel momento terminase.

La sonrisa crecía en el rostro alargado de Matthew Hopkins.

—No siente dolor alguno, ¿verdad? ¡Hija del diablo!

Tras reincorporarse, me propinó una patada en el vientre, y otra en el pecho marcado.

Que Dios le tenga más misericordia de la que le tendré yo.

XI

¿Cuántas maneras existen de que una mujer confiese un crimen que no ha cometido, o que no llega a comprender? Si Matthew Hopkins se pudiese salir con la suya, recurriría a la prueba del agua, que nos vería a todas ahogadas como muestra de una inocencia que ya no sirve para nada. Puesto que le han denegado este sencillo placer, alegando que la tortura es ilegal en Inglaterra, sus métodos se han vuelto más creativos.

A Avis la ha condenado la misma marca en el cuerpo que a mí. A otras mujeres, los alfileres con que las pinchaban, buscando una reacción alérgica que no tardaba en hacerse presente en aquellas carnes mancilladas. A Hannah trataron de delatarla mediante la navaja, un método que consiste en cortar la piel del antebrazo hasta que sangre, siendo la ausencia de esta hemorragia prueba irrefutable de la brujería.

Nunca hemos llegado a saber si Hannah había sangrado o no, o si le habían tocado el brazo siquiera. Dicen que ella misma les arrancó la navaja de las manos a Matthew Hopkins y a uno de sus asistentes, que se ha causado ella misma la muerte con la que ellos esperaban castigarla. Ninguna de nosotras ha podido cavilar demasiado tiempo sobre las posibilidades.

Hannah era tan joven y yo apenas la conocía. Odio a Matthew Hopkins y a todo su séquito. Por las noches, en los breves minutos en los que me permiten dormir, sueño que empuño yo también esa navaja y le abro el vientre; sueño que lo ahorco con sus propios intestinos, y que ni siquiera la brutalidad de esta ejecución me satisface.

Las tropas del rey avanzan y nosotros no somos más que otra carta en la baraja diabólica de los puritanos. Con nuestra sangre limpiarán de pecado las calles y los prados de Inglaterra. Con nuestros huesos construirán un templo bajo el cual proclamarse santos.

Puesto que se han hecho con una legión de brujas de semejante tamaño, y puesto que la guerra avanza como acostumbra, sin tener consideración ni por los poderosos, los juicios están siendo lentos, graduales. El nuestro se retrasa, mientras vemos cómo semana a semana nuevos espacios vacíos crecen en la celda.

En un solo día de agosto (¿sigue siendo agosto?) ahorcaron a casi veinte condenados, pero nuestro juicio lo están reservando para el final. ¿Quién, a fin de cuentas, no reserva un poco de su hambre para el postre suntuoso de la noche?

Avis dice que siga escribiendo. Que nuestras palabras son los mapas que guían a los jinetes del rey. Si no dejamos de escribir, los ejércitos se levantarán y los juicios se retrasarán, hasta la eternidad.

La beso. Le trenzo el pelo. Beso también esa trenza que acabo de crear.

Si el acto de escribir es el acto de traer de nuevo a los muertos a la vida, no voy a colgarme también ese pecado. Ha llegado el momento. Beberé de las mismas fuentes que Matthew Hopkins y sus hombres. Los envenenaré con sus mismos remedios. Sus mismas malas artes copiaré, y mis flechas serán tan certeras que la muerte los sorprenderá en mitad de una frase, o de un pensamiento.

Sí, soy esa misma bruja a la que acusan. Sequé los campos y enfermé a los animales. El odio que manaba de mi interior causó tragedias y desesperaciones. Ansié la medianoche sobre todas las cosas. Engatusé a hombres poderosos. Dejé que el mal se me escapase por los ojos verdes. Lo hice todo sola, sola, sola.

Estoy tan cansada. Imperialmente cansada. Mi cara y mis entrañas están secas.

Soy esa misma bruja a la que acusan, y mi ira es bíblica. Seré los carruajes y las plagas de Egipto. Seré el Mar Rojo cuando se abre y

seré David dándole muerte al gigante. Seré Yael liderando los ejércitos de Israel, Yael ajusticiando a los comandantes de Canaán. Convertiré en sal a cualquier hombre que trate de colgar con mis pecados a cualquier otra mujer. Soy bíblica.

Añadido

Transcripción de los juicios por brujería de Bury St Edmunds (Extracto)

6 de septiembre, 1645.

Estando aquí reunidos para apresar y condenar a Thomas Crowfoot de Fernham All Saints; su hermana Avis Crowfoot, también de Fernham All Saints, y su prima Cecily Firebrace de Bury St Edmunds, mujer de Nathaneel Firebrace de Bury St Edmunds.

A día de hoy, el sexto de septiembre de 1645, a las diez de la mañana, se les acusa de brujería en los cuerpos de Nathaneel Firebrace, de su criada Ester Crisell, de su difunto hijo Jonathan Firebrace y de sus hijos nonatos.

(Interrogatorio a Ester Crisell)

Matthew Hopkins: ¿Quién te ha causado daño, hija?

Ester Crisell: La esposa de mi patrón, la señora Firebrace.

Matthew Hopkins: ¿Qué daños te ha causado la señora Firebrace?

Ester Crisell: Señor, el primer día que entré a trabajar en la casa de los Firebrace… el primer día que entré a trabajar en la casa de los Firebrace noté que a la señora yo no la agradaba. El resto del servicio me había hablado ya de las villanías de la señora Firebrace, pero yo, que soy mujer cristiana, no quise juzgarla tan duramente.

Matthew Hopkins: Explíquele al juez Godbolt los daños que le ha causado la señora Firebrace.

Ester Crisell: Sí, señor. Disculpe, señor. Es la primera vez que me siento en un juicio. La señora Firebrace, aprovechándose de mi buena fe, me acarició las piernas. Me dijo que era afortunada de tener una figura hermosa. Señor Hopkins, desde el momento en el que la señora Firebrace me puso las manos encima he sufrido de una cojera.

Cecily Firebrace: ¡No intentes culparme de los defectos de tu pierna, víbora! Esa cojera la sufres desde que eras una niña.

Ester Crisell: ¡Señor Hopkins, por favor! Por favor, señor Hopkins, déjeme ir. No sabe el miedo que me causa la señora Firebrace.

Matthew Hopkins: Cuéntele al juez Godbolt lo que ocurrió la noche que la señora Firebrace se puso de parto.

Ester Crisell: Estaba como loca, señor. El bebé nació hermoso, como lo son todos los niños, pero la cicatriz del ombligo no le dejó de sangrar. La señora Crowfoot también estaba allí. Ella fue la que atendió al niño, que era hermosísimo. Como no dejaba de sangrar, se lo entregó a su madre. Quise llamar al señor para que pudiese despedirse también de su hijo, pero la señora Firebrace y la señora Crowfoot me lo impidieron.

Matthew Hopkins: ¿Qué le dijo a usted la señora Firebrace, en ese momento?

Ester Crisell: Me dijo, señor, que si le decía una palabra al señor ella me cortaría la lengua.

Matthew Hopkins: ¿Y la señora Crowfoot?

Ester Crisell: Le susurraba cosas al oído a la señora Firebrace, y también al bebé. Lo siento, señor, no sabría decirle qué, pues me daba un miedo intenso acercarme y que la señora Firebrace cumpliese con su amenaza. Las dos trataron de evitar que viniese el pastor a bautizar al pequeño, y a darle la extremaunción.

Cecily Firebrace: ¡Víbora! La lengua te la voy a cortar, eso no lo pongas en duda. ¡Ya te perseguirá mi fantasma!

(Interrogatorio a Avis Crowfoot)

Matthew Hopkins: ¿Es cierto que amenazó usted de muerte al marido de su prima, el señor Nathaneel Firebrace aquí presente?

Avis Crowfoot: No.

Matthew Hopkins: ¿No lo amenazó usted?

Avis Crowfoot: Lo amenacé, pero no de muerte.

Matthew Hopkins: ¿Puede repetirle al juez Godbolt la amenaza que le hizo usted al señor Firebrace?

Avis Crowfoot: Le dije que no volvería a ponerle una mano encima a su mujer.

Matthew Hopkins: ¿Y cómo pretendía usted llevar a cabo tal cometido?

Avis Crowfoot: No tuve tiempo de idear un plan, si es lo que pregunta.

Matthew Hopkins: Estuvo usted prometida con el hermano de la señora Firebrace, el difunto señor John Darcy, ¿no es así?

Avis Crowfoot: Como usted ha dicho.

Matthew Hopkins: ¿De qué murió su difunto prometido?

Avis Crowfoot: De peste.

Matthew Hopkins: Estaban la señora Firebrace y usted presentes en el momento de su fallecimiento, ¿no es así?

Avis Crowfoot: Así es.

Matthew Hopkins: ¿Confesó entonces la señora Firebrace sentir rencor por el compromiso entre el señor Darcy y usted?

Avis Crowfoot: No.

Matthew Hopkins: ¿No le habló al moribundo del compromiso?

Avis Crowfoot: Le pidió perdón por haberse enfadado con él en el pasado. La señora Firebrace amaba a su hermano con locura.

Matthew Hopkins: Ese mismo día, ¿no maldijo la señora Firebrace el sagrado nombre de Nuestro Señor?

Avis Crowfoot: Sí, pero no creo que los llantos del luto sean un reflejo fiel de la moralidad de una persona.

Matthew Hopkins: ¿A qué se dedica usted, señora Crowfoot?

Avis Crowfoot: Soy curandera.

Matthew Hopkins: ¿Le ha dado usted tisanas a la señora Firebrace?

Avis Crowfoot: Sí, señor.

Matthew Hopkins: ¿Le ha dado usted tisanas a la señora Firebrace para interrumpir su embarazo?

Avis Crowfoot: Lo contrario. La señora Firebrace acudió a mí con la esperanza de que pudiese ayudarla a dar a luz a un niño sano.

Matthew Hopkins: ¿Es usted conocedora de las plantas medicinales, pues?

Avis Crowfoot: Es un requisito indispensable para mi trabajo.

Matthew Hopkins: ¿Diría usted que esas mismas plantas podrían utilizarse para algún mal acto?

Avis Crowfoot: Lo mismo que una pala, o cualquier otro instrumento de trabajo.

Matthew Hopkins: La difunta señora Crowfoot, su cuñada, confesó haberla escuchado confabular con la señora Firebrace para envenenar a su marido, ¿es cierto?

Avis Crowfoot: No es cierto que confabulase, puesto que la señora Firebrace no quería oír una palabra al respecto, pero sí, en ocasiones sentí la tentación de causarle algún daño al señor Firebrace.

Matthew Hopkins: ¿Se ha criado usted en un hogar cristiano, señora Crowfoot?

Avis Crowfoot: Sí, señor.

Matthew Hopkins: ¿Y cómo pretende que el honrado juez Godbolt crea que una buena mujer cristiana sería capaz no solo de desear sino de planear el asesinato de un hombre?

Avis Crowfoot: No tengo poder alguno para decidir sobre las creencias del juez Godbolt.

Matthew Hopkins: ¿Por qué le deseaba usted la muerte al señor Firebrace?

Avis Crowfoot: Porque el señor Firebrace era violento con su esposa, y yo temía que él la matase.

Matthew Hopkins: ¿No dice la Biblia «no matarás»? ¿Por qué estaría dispuesta usted entonces a arrebatarle la vida al señor Firebrace?

Avis Crowfoot: Porque Cecily Firebrace es la mejor amiga que tengo en el mundo, y la quiero muchísimo. Su amor me es más dulce que el amor de los hombres.

(Interrogatorio a Nathaneel Firebrace)

Matthew Hopkins: Cuando la conoció, ¿estaba su actual esposa prometida con su primo, el señor Richard Andrewes?

Nathaneel Firebrace: Sí, señor.

Matthew Hopkins: ¿Por qué la sacó de la casa de su padre, entonces, y se casó con ella, perteneciéndole realmente al señor Andrewes?

Nathaneel Firebrace: Utilizó toda clase de malas artes para engatusarme, señor. Fue peor que Dalila con Sansón, más cruel que Salomé y Herodías confabulando para cortarle la cabeza a San Juan.

Matthew Hopkins: ¿Qué malas artes utilizó su mujer para engañarlo?

Nathaneel Firebrace: Toda clase de malas artes, toda clase. Me amenazó con causar plagas y pestilencias a mi familia. Recuerde, señor, que el cuerpo de su difunto hermano no llevaba ni un mes enterrado.

Matthew Hopkins: ¿Qué más?

Nathaneel Firebrace: Se valió de su belleza para atacarme allá donde más débiles somos los hombres. Por las noches, se metía en mi cama y me obligaba a hacer con ella todo tipo de depravaciones. Creía que me

atormentaban sueños oscuros y pecaminosos, señor, pero luego supe que era ella, que venía en espíritu para pervertirme.

Cecily Firebrace: ¡Te vendiste por unas cuantas monedas de oro, Judas! ¿Ya te lavas las manos después de haber mancillado mi cuerpo?

Nathaneel Firebrace: Ya oye sus injurias, señor. Nació con la perversión de Lilith.

Matthew Hopkins: ¿Cuándo conoció usted a la señora Crowfoot?

Nathaneel Firebrace: El mismo maldito año que conocí a mi esposa.

Matthew Hopkins: ¿Pudo sospechar entonces que acusaciones como esta podrían caer sobre ella?

Nathaneel Firebrace: Sí, señor, lo hice.

Matthew Hopkins: ¿Por qué?

Nathaneel Firebrace: La señora Crowfoot me habló de hacer pactos con el diablo, en una ocasión. La ignoré porque era una chiquilla, y creí que las suyas eran las fantasías retorcidas de una niña.

Matthew Hopkins: Si fue usted conocedor de los pecados de la señora Crowfoot desde una edad tan temprana, ¿por qué permitió que le diese tisanas a su esposa estando esta encinta del hijo de ambos?

Nathaneel Firebrace: Porque tenía miedo, señor. Habíamos perdido ya a muchos hijos. Tenía miedo de que, si me negaba, mi esposa haría uso de sus malas artes para destruir al niño que tenía en el vientre, como había hecho con los otros.

Matthew Hopkins: ¿Ha sido usted violento con su esposa?

Nathaneel Firebrace: Sí, señor, pero nunca estando ella encinta. Como cualquier caballero, jamás le pondría la mano encima a una mujer, pero mi esposa no es mujer humana. Si le pegaba, era para arrancarle a todos los diablos que tiene dentro y que tantas tragedias han causado.

Matthew Hopkins: ¿Qué ocurrió la noche que su esposa lo abandonó?

Nathaneel Firebrace: Thomas y Avis Crowfoot me amenazaron de muerte, señor. Cuando no consiguieron dañarme con sus cuerpos, me embrujaron.

Matthew Hopkins: Explíquele al juez Godbolt los detalles de su accidente.

Nathaneel Firebrace: Trataba de recuperar a mi esposa, porque aunque malvada y poseída seguía siendo mi esposa ante Dios, cuando los hermanos Crowfoot me embrujaron para que rodase escaleras abajo. Desde entonces sufro de una enfermedad convulsiva.

Matthew Hopkins: ¿Puede hablarle usted al juez Godbolt de su hijo?

Nathaneel Firebrace: Sí, señor. Yo lo vi morir, señor Godbolt. Era un niño perfecto, que debería haber sobrevivido.

Matthew Hopkins: ¿Por qué no lo hizo, entonces?

Nathaneel Firebrace: Porque la señora Crowfoot y mi esposa lo embrujaron, señor. Ya ha oído el testimonio de nuestra criada: la crueldad de estas mujeres es tan profunda que no querían que el niño que iba a morir recibiese el sagrado bautismo.

(Interrogatorio a Thomas Crowfoot)

Matthew Hopkins: ¿Trató usted de asesinar al señor Firebrace con un atizador?

El acusado se niega a responder.

Matthew Hopkins: ¡Hable!

El acusado se niega a responder.

Matthew Hopkins: ¡Hable, le ordeno!

Thomas Crowfoot: Cuélguenme.

Matthew Hopkins: ¿Cómo dice?

Thomas Crowfoot: Habéis matado a mi mujer y me habéis quitado a mi hija. Cuélguenme. Soy culpable de todo lo que me acusen. Cuélguenme.

Matthew Hopkins: Quitarse la vida es un pecado. ¡Ofende usted a este jurado con sus palabras! Responda a mi pregunta: ¿trató usted de asesinar al señor Firebrace la noche en la que su mujer lo abandonó?

El acusado se niega a responder.

Matthew Hopkins: Dice usted que matamos a su mujer, pero esta se quitó la vida libremente, sabiendo el castigo de Dios que tal acto de cobardía merece. ¿Trató usted de asesinar al señor Firebrace como se le acusa?

Thomas Crowfoot: ¡Sí! Sí, quise matarlo, y si no hubiese sido responsable de mi mujer y del bebé que estábamos esperando, lo habría hecho.

Matthew Hopkins: ¿Por qué quiso matar usted al señor Firebrace?

Thomas Crowfoot: Porque era violento con mi prima incluso en aquel momento, cuando ella lloraba por el hijo que acababan de perder.

Matthew Hopkins: ¿Amenazó usted al señor Firebrace no solo con matarlo sino también con mancillar su cadáver de modo que este no pudiese recibir sagrado entierro?

Thomas Crowfoot: Lo hice.

Matthew Hopkins: ¿Y por qué estaba usted presente en la residencia del señor Firebrace la noche que su mujer se puso de parto? ¿No le pareció irresponsable dejar sola a su propia esposa, estando esta en estado y cercana también al parto?

El acusado se niega a responder.

Matthew Hopkins: ¡Responda a la pregunta!

Thomas Crowfoot: Porque mi hermana me lo pidió.

Matthew Hopkins: ¿Y por qué le pidió su hermana algo semejante?

Thomas Crowfoot: Porque no quería que el niño de mi prima se criase con el señor Firebrace.

Matthew Hopkins: ¿Por qué? ¿Dónde estará mejor un niño que con su padre?

Thomas Crowfoot: ¿Usted, que me ha quitado a mi hija antes de que pueda conocerla, me lo pregunta?

Matthew Hopkins: Sus propios pecados han alejado a esa niña inocente de su lado. ¡Ahora responda a la pregunta! ¿Por qué planearon su hermana y usted robar a la esposa del señor Firebrace?

Thomas Crowfoot: Porque el señor Firebrace era violento con ella.

Matthew Hopkins: ¿Le causó usted la caída al señor Firebrace?

Thomas Crowfoot: No.

Matthew Hopkins: ¿Se la causó su hermana?

Thomas Crowfoot: No.

Matthew Hopkins: Pero su hermana deseaba la muerte del señor Firebrace, ¿no es así?

Thomas Crowfoot: Escuché la confesión igual que usted.

Matthew Hopkins: La noche en la que la señora Firebrace se puso de parto, ¿llevaba la hermana de usted consigo los ingredientes necesarios para envenenar al señor Firebrace?

El acusado se niega a responder.

Matthew Hopkins: ¡Hable, señor Crowfoot!

El acusado se niega a responder.

Matthew Hopkins: ¡Le ordeno que responda! Hable, hable, hable. ¡Hable y absuélvase de sus pecados!

Thomas Crowfoot: ¡Sí! Sí, llevaba todos los ingredientes necesarios, y un poco más, por si acaso. Y si tantas tragedias no se nos hubiesen cruzado en nuestro camino, se habría salido con la suya. Y me gustaría no haberla acompañado esa noche, porque entonces tendría a mi esposa y

a mi hija conmigo. ¡Cuélguenme de una vez, por caridad!

(Interrogatorio a Cecily Firebrace)

Matthew Hopkins: ¿Confiesa ser usted culpable de los crímenes de brujería de los que se la acusa?

Cecily Firebrace: Lo confieso. Yo sequé mis tierras y enfermé a mis animales. Yo embrujé a mis primos, ambos cristianos e inocentes, para que confabulasen para dar muerte a mi esposo. Ya han oído las declaraciones de los testigos: maldito fue mi nacimiento y maldita es la sangre que me corre por las venas, y maldito es el vientre que mata todo lo que crece en él. ¡Soy esa bruja de la que hablan! Si mis primos han cometido pecado alguno, es porque yo misma coloqué esos pecados en sus almas. Señores, no conocen ustedes todavía la magnitud de mi maldad.

Matthew Hopkins: ¿Qué otros crímenes ha cometido, bruja?

Cecily Firebrace: Esos crímenes los cometeré, pero pueden colgarme ustedes por ellos por adelantado. Le acecharé todos los días de su vida, señor Hopkins. Quien a hierro mata a hierro muere. Así como usted ha condenado a la horca a tantos inocentes, morirá entre terribles asfixias. No vivirá para ver los treinta años, si cumplo debidamente con mi cometido.

Matthew Hopkins: ¡Ya han oído las injurias perversas de esta bruja confesa!

Cecily Firebrace: Se lavan ustedes las manos con la sangre de los inocentes. Clamáis al Señor, pero el Señor no tiene los ojos ciegos ante vuestros pecados, y pronto sufriréis la diestra de su justicia. Rezaréis entonces por las plagas de Egipto, pues estas os resultarán amables comparadas con los tormentos que se os tienen reservados. ¡Donde estamos nosotras hoy, mañana estarán ustedes!

Coro

Lloramos, aullamos, gritamos. De nuestros vestidos hicieron mortajas, nuestros nombres nos los arrebataron e hicieron trizas con ellos. Nuestros vientres están vacíos. Nuestra hambre no puede ser calmada, nuestra sed no puede ser saciada.

¿Son nuestras voces las que oís?

Éramos mujeres antes de que nos convirtiesen en brujas, pero ya nadie se acuerda.

Lawrence

I

En cuanto los dedos del muchacho acariciaron las páginas desnudas del manuscrito robado, todos los recuerdos que la enfermedad y el miedo habían borrado volvieron a él. Se trató, tal vez, de un caso de memoria muscular; tocó el librito, y ese tacto rugoso lo llevó de vuelta a la biblioteca del señor Advent (que debía haber estado cerrada, pero no lo estaba), a la mujer hecha de luz, a las horas demenciales de lectura en torno a la vela, el pavor convirtiéndose en un perro de caza cada vez más grande y astuto.

Se levantó, casi poseído por la fuerza de ese miedo renovado, o por la conmoción de los recuerdos (la velocidad con la que había huido al George and Dragon, las explicaciones confusas que le susurró a Judith, el desmayo que lo había vestido de sudor…).

Judith también se puso en pie.

—¿Señor…?

A Lawrence la voz de la joven le llegaba lejana, como si proviniese del fondo del océano, o del interior de la Tierra.

—Tengo que irme —farfulló, pasándose la mano por el pelo, todavía húmedo y pegajoso.

—Pero… el doctor llegará enseguida.

—He de ir a esperar al señor Advent.

Judith forzó una sonrisa. El sonido que la acompañó era seco, empañado de sorpresa, preocupación y otra emoción más fuerte que Lawrence no supo interpretar.

—Usted no se encuentra bien —dijo ella, tratando de tirarle de la manga de la camisa para que se acercase—. ¿No recuerda…? El doctor llegará enseguida. Espere un po…

—Recuerdo todo —la interrumpió Lawrence, encaminándose hacia la puerta entreabierta.

Solo lo detuvo el fantasma pálido de la comprensión, de un detalle en el que no había tenido el cuidado de reparar hasta entonces.

Tiró de la puerta de modo que esta se cerrase por completo. Judith contuvo la respiración.

—¿Le ha contado usted a alguien la historia…? ¿Le ha contado a

alguien todo lo que le he contado yo?

Las cejas de Judith temblaron, el rostro repentinamente ensombrecido.

—No, señor. Tengo muchos pecados, pero jamás he faltado a mi palabra. No soy una mujer que comercie con rumores.

La agitación le impidió a Lawrence disculparse por su conducta tan poco parca, por aquella acusación encubierta entre sus dudas.

—¿Le ha enseñado a alguien más este libro?

—Por supuesto que no. Si puedo hacer algo, es guardar un secreto.

—¿Y no sabe tampoco lo que está escrito en él?

Judith apartó la mirada. Tenía los ojos entornados, oscurísimos contra el rubor que se le extendía por las mejillas.

—Es usted cruel. Ya sabe que no puedo leer.

Lawrence asintió rápidamente con la cabeza. Se humedeció los labios, tratando de poner sus pensamientos en orden…

—¿Qué les dijo a sus padres y a los hombres de la taberna cuando…?

Judith no le permitió que continuase. La voz, firme y retadora, no dejaba lugar a réplica alguna.

—Que se había desmayado en la calle, y que precisábamos de un doctor. Si de verdad ha recuperado usted la memoria, sabrá que puede confiar en mí.

Otro asentimiento, menos vago esta vez, mientras luchaba por controlar la respiración.

—Y usted en mí. He de ir a esperar al señor Advent.

—Pero…

—Se lo explicaré todo, lo juro, en su debido momento. Excúseme con el doctor y con sus padres, pero… hágame este favor, ¿sí? Se lo ruego.

Esperó hasta que la expresión de la muchacha cambió. Hasta que suspiró, mirándolo por encima de los párpados caídos. Hasta que los músculos se le relajaron y su postura se suavizó.

Entonces corrió. Corrió con la desesperación de un perro callejero que acaba vagabundeando hasta el lugar al que pertenece, con el ansia de quien ha encontrado, tras tantos años de soledad, un hueco en el mundo con su forma exacta.

Corrió sabiendo que, con toda probabilidad, John Advent no era realmente el nombre de su maestro; que podría tratarse de un asesino, o de algo peor; y que la suya era la única casa en la que podía sentirse recibido.

Solo un condenado puede mirar a otro condenado a la cara y reconocerse a sí mismo. No tenía ningún otro lugar al que ir. Era el hijo menor de una familia cuya escasa fortuna menguaba, maldito por una enfermedad que pocos comprendían y muchos temían, sin dinero y sin perspectivas de futuro…

No iba a morder la mano que le daba de comer.

II

La puerta de la biblioteca seguía abierta cuando regresó. Entró sin que le preocupase volver a encontrarse con la mujer de blanco (acoge a un chico lo suficientemente hambriento y desesperado y este hará un hogar de los lugares más espinosos). Una mano lo agarró por detrás, obligándolo a caer de espaldas sobre la silla.

—¿No sabes cuál es el castigo que se les da a los ladrones?

La puerta crujió mientras se cerraba, casi a modo de despedida, como queriendo hacerse notar.

Lawrence Skoefield tragó saliva. John Advent permanecía ante él todo lo alto que era (considerablemente), amenazándolo con el primer objeto punzante que había podido llevarse a las manos (el cuchillo de medialuna que utilizaban para cortar el cuero).

—N-no soy un ladrón.

—¿Qué es ese libro que tienes en las manos, entonces?

Lawrence tomó aire para permitirse un par de segundos de reflexión. Trataba de recoger, de ordenar sus palabras, pero estas se le escurrían de entre los dedos como el agua. John Advent, de todos modos, no le habría permitido pronunciar ni la primera sílaba.

—¿Y no te prohibí entrar en esta sala? ¿¡No te pedí que cerrases puertas y postigos durante el día!?

Lawrence cerró los ojos. Sentía en la piel el calor de las velas. ¿O era el calor que emitía el cuerpo de su maestro? El olor del cuero, tan dulce, lo estaba empezando a marear.

—La… la dama abrió las puertas y los postigos. Fue la que me trajo a la biblioteca y me entregó ese libro. ¡Se lo juro, señor!

Apretó los labios, aguardando por un golpe que no llegó a producirse. Tras unos instantes de espera y de miedo, se atrevió a abrir un ojo. John Advent, todavía de pie frente a él, todavía sosteniendo el cuchillo de medialuna, lo observaba con el ceño fruncido.

—¿La dama?

—Apareció con la luz del alba. Creí… creí que la cerveza me había alterado el juicio, pero no era una visión; era real, y sus cabellos eran

tan blancos como su vestido…

—Mortaja —lo corrigió John Advent—. Ya eres lo suficientemente mayor como para llamar a las cosas por su nombre.

Sin esperar (ni, de hecho, permitir) una respuesta, dio un paso más hacia Lawrence, que tragó saliva.

—Dijo… dijo que era una b…

La palabra se le atragantó en la garganta.

—Dilo —le instó el maestro, y luego repitió—: Ya eres lo suficientemente mayor como para llamar a las cosas por su nombre.

—Bruja.

La fuerza de aquella palabra, de aquellas sílabas que parecían sangrar y supurar, no causó ningún tipo de reacción en John.

Lawrence volvió a sacudirse. El silencio le daba más miedo que los gritos.

—La… la ha visto usted también, ¿verdad? Sabe…

—Con cada amanecer, durante los últimos diecisiete años.

Un último paso. El filo frío del cuchillo ya acariciaba la mandíbula de Lawrence Skoefield. No puedes criarte con lobos y sorprenderte cuando uno abre las fauces para morderte.

—¿Has leído el manuscrito?

—Sí, señor.

—¿Le has contado a alguien lo que hay escrito? No te conviene mentirme.

—N-no.

No era falso testimonio, aunque su única salvación hubiese sido el mero hecho de no haber tenido el tiempo, ni la salud, de comunicarle a Judith el contenido del libro robado.

Milagros más pequeños han salvado vidas más valiosas.

John Advent se pasó la lengua por los dientes. Bajo la luz de las velas, las facciones de su rostro parecían más afiladas, más angulares, como esculpidas en mármol. Todo aristas y bordes punzantes.

—Sabes que podría cortarte la lengua para que no le hablases a nadie de lo que has leído, ¿verdad? Y las manos y los pies, también, para que no pudieses escribir sobre ello.

La respuesta de Lawrence no fue verbal, sino física: el temblor que le recorrió el cuerpo, unido a la otra reacción corporal más infantil y

embarazosa que empezaba a evidenciarse en los calzones de ante.

John Advent solo le dirigió una corta mirada, y a Lawrence le pareció que los rasgos se le suavizaban. El filo del cuchillo, sin embargo, le ejercía cada vez más presión contra la piel, de modo que habría podido cortarle la carne si se hubiese atrevido a cambiar de posición.

—Sabes que podría no solo matarte sino asegurarme de que nadie sepa lo que pasó contigo, ni siquiera tus padres. ¿No es así?

—S-sí, señor.

El mentón alzado. Las comisuras de los labios arqueadas. John Advent tenía el tamaño y la disposición de un animal salvaje que mide mentalmente a su próxima presa.

—Has vuelto a pesar de todo eso. ¿Por qué?

Lawrence se sorbió los mocos.

—No tenía otro lugar al que ir.

Las mejillas le ardían. No hay un momento más vulnerable, más solitario, que aquel en el que uno se sorprende a sí mismo demandando un afecto del que nunca ha disfrutado.

Cuando te pasas la vida hambriento, hasta tu estómago aprende a añorar los pedazos de carne que roes del hueso.

La respiración de John Advent se hizo más pesada. Se mantuvo en la misma postura, sin que un solo temblor amenazase con que se le escurriese el mango del cuchillo que aún sujetaba con firmeza. Se humedeció los labios, apartando la vista hacia algún punto a su izquierda, y dio un paso atrás para sentarse en la silla frente a Lawrence.

Su siguiente movimiento fue el de llevarse la mano al bolsillo para buscar su pipa. La preparó con movimientos lentos y precisos, como un sacerdote que realiza los rituales exactos para un sacramento. Le ofreció la primera calada a Lawrence, pero el muchacho vaciló.

—Si pretendiese envenenarte, tendría cosas menos valiosas que ofrecerte. No desperdiciaría el tabaco por cualquiera.

No insistió en la propuesta. Se llevó la boquilla a los labios e inspiró. La suya fue una calada pausada, ceremoniosa, casi contemplativa. Cuando Lawrence, a quien el susto le impedía usar debidamente la razón, le confesó que tampoco sabía fumar, casi

sonrió.

—Creía que te enseñaban todo tipo de cosas en la taberna.

—A embriagarme, sobre todo.

No se había levantado de la silla, aunque ahora tenía la posibilidad de hacerlo. No ignoraba que John todavía sostenía el cuchillo en la mano con la que no sostenía la pipa, pero había algo más. Algo oscuro y pegajoso que le chapoteaba en el estómago.

Si aprendes a amar las historias, la atracción de ser conocedor del final de una ellas puede resultar fatal.

—¿El encargo que usted fue a recoger…?

John bajó las cejas. Miraba a Lawrence de reojo.

—Será publicado de manera anónima, y distribuido por hombres de razón. —Aferró el cuchillo entre el pulgar y el corazón, colocando las yemas sobre las puntas afiladas—. Da testimonio del juicio por brujería que acaba de celebrarse en Bury St Edmunds, y de cómo la Inglaterra del rey Carlos ha permitido que se colgase injustamente a dos ancianas inocentes.

Lawrence se estremeció ante la mención del rey. Aunque había peligros mayores, y más cercanos, a los que enfrentarse, aquel nombre masculino todavía le causaba una parálisis incomprensible. Temía, de una manera ilógica, que incluso los libros y los instrumentos pudiesen delatarlos por alta traición.

Quien se cría escuchando cuentos de guerra…

—¿Y…?

No se atrevió, tampoco, a terminar de formular esa pregunta. En su lugar, con la sencillez de los niños, le devolvió al maestro el manuscrito robado que todavía acariciaba entre las manos sudorosas.

Los segundos que John Advent tardó en aceptarlo le parecieron eternos.

—He pensado muchas veces que debería publicarse, también, pero no puedo hacerlo. Sabes por qué no puedo hacerlo, ¿verdad?

—Se cambió usted el nombre…

El maestro cruzó las piernas, y dio una nueva calada a la pipa.

—Hubo una vez un hombre llamado John, nacido el día de Adviento, que murió muy joven y muy rápido. Hubo una vez un hombre llamado Thomas Crowfoot que no murió cuando debió

haberlo hecho. —Se aclaró la garganta—. Tuve que despojarme de ese nombre. Una acusación de brujería es una cruz demasiado pesada, aunque uno, por algún motivo, no haya recibido la condena que cayó sobre otras personas inocentes.

Lawrence se pasó la lengua y hasta los dientes por el labio inferior. Cada palabra que no se atrevía a decir en voz alta le secaba más y más la boca, hasta que esta parecía resistirse a abrirse de nuevo.

—¿Su hija…?

—Está viva, en algún lugar. Diecisiete años.

—¿No la ha encontrado aún?

John Advent cambió de postura para clavar los ojos, del gris frío de las balas, sobre él.

—Nunca he intentado buscarla, chico. Si una acusación de brujería es tan peligrosa que un hombre declarado inocente tiene que cambiarse el nombre para poder vivir tranquilo… no es esa una corona de espinas que quiera ponerle en la cabeza a una niña. Todavía tengo una brújula moral, aunque esta no siempre apunte al norte.

Se levantó entonces, y comenzó a dar vueltas por la habitación. Pasaba las manos por los lomos de los libros, como si tratase de leerlos solo mediante el tacto, como si estos pudiesen hablarle en una voz demasiado baja para los oídos de Lawrence. El cuchillo y la pipa habían quedado olvidados y descartados sobre la mesa.

—Sé que Cecily no dejará de acecharme mientras ese manuscrito permanezca oculto en mi biblioteca, pero he de hacer penitencia de alguna manera. —Emitió un sonido seco por la boca, entre los dientes—. Quizá la publicación del testimonio de este nuevo juicio logre satisfacerla.

Lawrence se aferró a los reposabrazos de la silla. Intentaba utilizarlos como punto de apoyo para reincorporarse, pero las rodillas, fláccidas, no le respondían.

—Entonces… la dama que vi…

—Se me aparece con cada amanecer, demandando atención. He acabado por llamar a esas manifestaciones «las diurnas», como quien observa de lejos a un pájaro raro y hermoso que no debería existir. Mi prima siempre tuvo un talento magnífico para causar una impresión, buena o mala, con sus actos de aparición.

Se volvió para mirar a Lawrence. Los párpados enrojecidos y los labios ligeramente separados, como queriendo recoger unos sonidos que no llegaban a transformarse en palabras, parecía por primera vez tan joven como era.

—La colgaron el 8 de septiembre de 1645. Mantuvo la valentía y la dignidad hasta el final, de modo que sus verdugos no pudieron evitar avergonzarse al colocarle la soga al cuello; era como si estuviesen ajusticiando a la reina orgullosa de algún imperio lejano y olvidado. Supongo que hay trabajos peores.

Inspiró, apoyándose en la estantería, como si su cuerpo ya no pudiese sostenerlo. Prosiguió:

—Sus últimas palabras fueron las mismas que había pronunciado durante el juicio: «Donde estamos nosotras ahora, ustedes estarán mañana». Y tuvo razón. Matthew Hopkins murió de tuberculosis en 1647, a los veintisiete años. El juez John Godbolt pereció un año más tarde. John Stearne sigue vivo y con suficiente tiempo entre las manos como para publicar tratados sobre brujería, pero estoy seguro de que Cecily le tiene algún destino reservado.

—¿Y Nathaneel Firebrace?

Una arruga creció entre las cejas de John Advent.

—Para hombres como Nathaneel Firebrace la muerte no es castigo alguno. La última vez que oí hablar de él era pobre como una rata. Había perdido sus encantos y su salud, y no tenía ya a nadie que confiase lo suficientemente en él como para poder ser víctima de sus robos y sus engaños. No creo que haya descansado una sola noche durante los últimos diecisiete años.

Con un postrer esfuerzo, Lawrence logró ponerse en pie. Comenzó a dar pasos torpes y vacilantes hacia su maestro. Una vez que estuvo lo suficientemente cerca como para ver con claridad los detalles de su rostro, hizo acopio de todo el coraje que le quedaba y agregó:

—¿Su hermana…?

John Advent tamborileó los dedos sobre la estantería. Su postura y su expresión cambiaron, como amoldándose a la respuesta que estaba a punto de darle a su aprendiz.

La verdad reptaba y arañaba; diecisiete años era el tiempo suficiente para que le nacieran garras.

—Todas las personas colgadas en Bury aquel día, y el resto de las jornadas que duraron los juicios, eran tan pobres que no habrían tenido monedas ni para pagarle al barquero de Hades. Todas, excepto Cecily. —Se clavó los colmillos en el labio inferior, buscando en el dolor físico una absolución que se resistía a llegar—. Mi tío compró nuestra inocencia con una generosísima suma de dinero, pero las pruebas y los testigos contra Cecily eran demasiado numerosos, incluso si uno ignora el hecho de que ella misma confesó, por su propia lengua y por su propia voluntad —resopló—. Mi tío sacrificó su fortuna con la esperanza de recuperar a su hija, pero solo pudo librarnos de la soga a nosotros. Esa es su penitencia. Todos, excepto Avis, tenemos la nuestra.

—¿Dónde está ahora? ¿Su hermana?

Los ojos de John Advent ardían, febriles.

—No lo sé. Cuando te atraviesa una tragedia como la nuestra… —Sacudió la cabeza, como si tratase de borrar, de eliminar algún pensamiento más—. Nos distanciamos, y ese es el fin de la historia. Ambos sobrevivimos al destino que habían elegido para nosotros, y ahora nos toca lidiar con el «después». Estábamos de luto, y nos distanciamos. Nos culpábamos el uno al otro de nuestras pérdidas, y nos distanciamos. Sufríamos, y nos distanciamos. Es una historia muy sencilla.

Forzó una sonrisa roja y húmeda.

—Sé que esta viva, eso sí, porque siempre hay flores frescas en la tumba sin marcar de mi prima Cecily.

Bajo la luz cálida de las velas, las lágrimas que le empapaban la cara refulgían. No entretuvo aquellos sentimientos tan viejos y lacerantes durante más tiempo del que era estrictamente necesario. Bajó la barbilla, de modo que Lawrence no pudiese verlo llorar. Cuando se calmó, tragó saliva y dijo, la voz clarísima:

—Te escribiré una buena carta de recomendación.

—¿Qué?

Lawrence Skoefield retrocedió ante la sentencia inevitable que aquella frase traía consigo. Podría haberse tirado de rodillas sobre el suelo, si no hubiera contado con la dignidad suficiente para rechazar una humillación parecida. Podría haberse agarrado a la pierna del

maestro, dejándole marcas de uñas en la piel.

El abandono, para él, estaba en la misma página del diccionario que el afecto.

John Advent no se ablandó ante su temor.

—He de irme. He acabado con Londres y con todas las personas que lo habitan.

La espalda, la frente, las palmas de las manos, hasta los pies dentro de las botas… una capa gruesa de un sudor particularmente frío cubría cada centímetro de la piel de Lawrence. Las reacciones naturales de su cuerpo insistían en traicionarle.

—Pero… señor, no diré nada a nadie. Guardaré su secreto, así venga San Pedro y me corte la lengua si pienso siquiera en traicionarlo.

John Advent casi sonrió ante tanta inocencia, ante tanta ansia. No es una tarea sencilla sostener un espejo en el que puedas ver reflejado a tu yo de catorce años.

—Un caballero siempre sabe cuándo es hora de marcharse.

Lawrence se sorbió los mocos.

—Lléveme con usted, entonces. No tengo ningún otro lugar al que ir.

—La desesperación no es un buen cimiento para una casa. —John Advent dejó caer la mano, huesuda y áspera como el ala de un murciélago, sobre el hombro del muchacho—. Estarás bien, Lawrence Skoefield. Se han ganado apuestas con barajas peores que la tuya.

1694

No había existido, hasta la llegada del presidente del Tribunal John Holt, un hombre en toda la historia de Inglaterra que hubiese hecho tanto para poner fin a la caza de brujas.

Con el nuevo siglo llamando ya a las puertas del mundo, una anciana conocida como Madre Munnings había sido acusada de hacer predicciones que causaron la muerte de dos hombres.

En cuanto la noticia llegó a sus oídos, Lawrence Skoefield emprendió el camino desde Londres a Bury St Edmunds para asistir al juicio. Pasados los cuarenta y siete años, ya tenía el pelo más gris que rojo, y el cuerpo antaño seco era ahora más blando, una capa más gruesa de grasa cubriéndole aquellos lugares en los que antes sobresalía el hueso. Al llegar a Bury, sin embargo, le parecía habitar la misma piel del muchacho de quince años en la biblioteca del señor Advent, rogando y rezando para que no lo abandonasen.

Todos sus recuerdos de la infancia tenían marcas de garras.

Aunque Cecily Firebrace no había vuelto a acecharlo, su historia lo había herido de muerte, y todavía no se había recuperado. Los quince años son una edad peligrosa. Si estás lo suficientemente hambriento de afecto a los quince años, cualquier cosa que logre atravesarte el corazón te crea una hemorragia incurable.

A pesar de las décadas que había vivido desde entonces, la brújula de Lawrence Skoefield siempre acababa apuntando a una única obsesión que lo consumía hasta roerle el hueso. Pasaba sus meses dejando documentación escrita de los casos de brujería en las islas. Buscando nombres que todos parecían haber olvidado en la historia. Limpiando las tumbas sin marcar en las que crecían los hierbajos.

Llevaba siempre consigo a todas aquellas personas cuyas vidas, por injusticia, habían sido cortadas de raíz. Lo acompañaban en cada paso que daba, como las cuentas de un rosario. Algunos años había vivido más dentro de los libros que en el mundo. Durante su juventud, los recuerdos de aquellas personas que ya no existían y que él jamás había tenido la oportunidad de conocer se habían convertido en la única suerte de contacto humano que se permitía.

En ocasiones, absorto en sus labores de documentación e investigación, se olvidaba de comer y de beber. No se levantaba de la silla hasta que las funciones naturales de su cuerpo se lo exigían, e incluso entonces seguía pensando en todas aquellas vidas desperdiciadas.

Le parecía que, teniéndolas presentes, las rescataría brevemente de la soledad de la muerte. Al dar testimonio de ellas, pensaba, sería como si hubiese prendido una luz en la oscuridad que las rodeaba. Si había algo que Lawrence Skoefield hacía excepcionalmente bien era construir hogares con huesos y espinas.

Devoto a este cometido con la disciplina de quien hace votos religiosos, no se casó hasta pasados los treinta, y con la primera mujer a la que le había puesto los ojos encima, casi como si se hubiese resignado a los designios del tiempo. Con el paso de los años, Judith era más atractiva de lo que lo había sido en su adolescencia, cuando se conocieron. La madurez y la paciencia le otorgaban una elegancia imposible de conseguir por el propio empeño; una belleza silenciosa y modesta reservada solo para algunas personas afortunadas.

No tenían hijos, pero esta ausencia no los molestaba. Caminaban en la felicidad pura y libre de tapujos que solo puede conceder una vida sencilla en la que uno comprende su lugar en el mundo.

En uno de los días más calurosos de aquella primavera, John Holt cerró el último juicio de Bury St Edmunds proclamando la inocencia de la anciana Phillippa Munnings. Al salir del juzgado y sentir la luz del sol en la cara, a Lawrence Skoefield le pareció que la tierra estaba sanando.

Puesto que tenía algo de tiempo antes de organizar el viaje de vuelta a Londres, y a pesar de la cojera que llevaba arrastrando los últimos años, se permitió dar un paseo por los bosques de Suffolk, por aquellos lugares que había visitado tantas veces, en su imaginación, y cuyos olores ahora le hacían cosquillas en la nariz.

Caminó, entre el musgo y la espesa vegetación, hasta que se topó con una lápida sencilla y sin marcar. Una lápida solitaria, pues ese es también el castigo de aquellos cuyos huesos no son bienvenidos en el camposanto. Era tan insignificante y estaba tan apartada que Lawrence no la habría reconocido de no haber sido por dos pequeños detalles:

1. Las flores silvestres, y frescas, que alguien había depositado sobre ella.
2. El anciano alto y delgado que permanecía de pie a escasos metros de la tumba.

A pesar de las décadas que los separaban, Lawrence supo enseguida de quién se trataba. Los ojos, aunque rodeados de arrugas, algunas finas y otras profundas, eran exactamente iguales a como los recordaba, del tono exacto de gris. El porte tampoco había cambiado.

Estaba seguro de que, si se acercaba, también aquellas manos cuyos movimientos había estudiado con tanto cuidado le resultarían idénticas a las del pasado. No se acercó, sin embargo, temeroso de perturbar una tranquilidad bien merecida. Sí se detuvo (todavía le quedaban las sobras de los modales de su juventud), y levantó la mano con torpeza para quitarse el sombrero.

Alertado por el movimiento repentino, el anciano reparó en su presencia. Le sonrió, sin cambiar él tampoco de posición. Tras una corta mirada, la de alguien que ve el reflejo de su pasado y solo recibe paz a cambio, dejó que su antiguo aprendiz continuase con el paseo.

Estarás bien, Lawrence Skoefield.

Quizás aquella tierra, bañada con la sangre del Cordero, verdaderamente estaba empezando a sanar.

Coro

Di, ¿quién cuenta nuestra historia? ¿Son nuestras voces las que se escuchan en el eco de las iglesias, de los museos, cuando hablan de nosotras? ¿Quién tiene el derecho de contar nuestra historia?

Inglaterra mató y coronó a sus reyes. Imperios nacieron y cayeron. La tierra que cubre nuestros huesos se reblandeció con la sangre nueva que vertieron guerras nuevas.

La historia recuerda a los generales que planearon las batallas, pero ya nadie llora por los soldados que cayeron en ellas. La historia recuerda a nuestros asesinos, pero no nuestros nombres. De nuestros cuellos amoratados cuelgan los crímenes y pecados no cometidos, pero ante los cuales quieren que sigamos respondiendo.

Anne Alderman, Mary Clowes, Sarah Spindler, Jane Linstead, Mary Everard, Mary Fuller, Susan Manners, Jane Rivet, Mary Skipper.

¿Sentimos desde la oscuridad de la muerte la caricia de los nombres que nos arrebataron?

Mary Smith, Margery Sparham, Katherine Tooly, Anne Leech, Anne Wright, Boram madre y Boram hija.

¿Queda alguien para bendecir nuestras reliquias? ¿Alguien que ate una cruz a las rocas repletas de musgo que fueron nuestras lápidas, que fueron…?

Fuimos esposas y madres, pero antes fuimos hijas. Antes fuimos mujeres. Ahora buscamos una luz que adivine el contorno de nuestros huesos, gritamos desde nuestras sombras para que alguien, aunque fugazmente, nos devuelva a la vida.

Vivíamos en Chattisham, en Yoxford, en Halesworth, en Mendham… ¿Queda algún recuerdo de nuestros hogares, o solo

de nuestras horcas? ¿Recuerda alguien las canciones que tarareábamos, o los chistes que contábamos?

Si queda aún alguien que tenga aliento suficiente para pronunciar una oración por nosotras… no somos quisquillosas y no nos importa quién la reciba. Agradeceremos desde nuestra muerte ese instante en el que alguien nos recuerde.

Nos aferramos al mundo del que nos arrancaron con todas nuestras garras.

Bruja, bruja, bruja. Pronunciáis esa palabra con la facilidad de los niños que aprenden el padrenuestro. La sostenéis entre los dientes; masticáis hasta que la desnudáis de significado.

Una bruja es una mujer es una bruja es una mujer es una palabra que rima con «bruja».

Las herederas de las personas que nos acusaron se cuelgan carteles que dicen: «Somos las nietas de las brujas que no conseguisteis quemar». (Solo unas pocas de nosotras acabaron en la hoguera, pero ¿quién lleva ya la cuenta? Quizás el fuego os parezca más digno que la soga. Llama a la masacre por cualquier otro nombre y seguirá siendo una masacre).

La estirpe de los hombres que nos condenaron gritan «caza de brujas» cuando las consecuencias de sus actos les golpean la mano.

A veces, en la frialdad de la muerte, todavía encontramos motivos para reírnos de una broma. A veces, nos alimentamos de nuestro propio enfado. De alguna manera hemos de acallar el hambre.

En ocasiones os disfrazáis de nosotras. Contáis nuestra historia muchas veces, incesantemente, despiadadamente, pero nunca utilizáis nuestra voz. (Os decimos: «¡Estamos aquí! ¡Escogednos!»; ¿no nos escucháis?). De nuestras tragedias hicisteis vuestros símbolos. De nuestras fosas hicisteis peregrinación. De nuestros cuerpos hicisteis mártires. Pero ¿pronunciasteis alguna vez nuestros nombres en voz alta? ¿Llegasteis a saber cuántas éramos y cuántos años teníamos? ¿Dirigisteis vuestra devoción a la mujer o a su castigo? Allá donde vamos, somos nuestra muerte.

¿Son nuestras voces las que oís?

Éramos mujeres antes de que nos convirtiesen en brujas, pero ya nadie se acuerda.

Nota de la autora

Los juicios por brujería de Bury St Edmunds tuvieron lugar a lo largo de varios años desde 1599 hasta 1694 en una Inglaterra devastada por los enfrentamientos entre religiones, las conjuras políticas, las revoluciones y las epidemias de peste.

Los juicios por brujería llevados a cabo en Inglaterra entre los siglos xv y xviii resultaron en algo menos de 500 ejecuciones. En solo un día del juicio de 1645 que narra esta novela fueron llevadas a la horca dieciocho personas. Ese 27 de agosto se cobraría la vida del 3,6% de todas las víctimas de tres siglos de persecución.

Cecily, Avis y Thomas son personajes ficticios, pero los nombres de las brujas del coro pertenecen a algunas de las víctimas registradas de la caza de brujas de Bury St Edmunds (a otras víctimas las han despojado de todo, hasta de la memoria).

Los cazadores de brujas Matthew Hopkins y John Stearne, así como el juez John Godbolt, existieron realmente, y sus acciones en la novela beben de los testimonios que se escribieron sobre ellos. Matthew Hopkins, en particular, ha pasado a la historia como un hombre sádico que, mediante tortura, sonsacaba confesiones falsas a las mujeres acusadas. Durante su carrera, causó la muerte de más de un centenar de personas (en su mayoría mujeres pobres), aprovechándose de la inestabilidad y del temor de la población para su propio beneficio económico y político. En un caso raro de justicia, enfermó del pulmón (probablemente de tuberculosis) y murió en cuestión de un par de días a los veintisiete años de edad.

Agradecimientos

Esta novela no existiría si no fuera por el maravilloso equipo de Umbriel y de la agencia IMC. Quiero agradecer especialmente a Isabel, por ser la primera en confiar en esta historia; a Jordi, por entusiasmarse desde el primer día; y a Leo, por hacer un huequito en su casa para ella.

A mi madre, por ponerme en la mano de pequeña un colgante con la protección *Con orballo, meigas fóra*, y por llevarme a saltar hogueras en la noche de San Juan. A mi familia, en un sentido primordial; esta novela bebe mucho de las historias orales, y soy afortunada de que en nuestra familia estas abunden.

A Joop, por mantenerse siempre al tanto del progreso de esta novela. A Tanu, por los pícnics que tuve que cancelar para poder terminarla.

Por la ayuda en la documentación: los equipos de la British Library, la Wellcome Collection, los National Archives, el V&A y el Moyse's Hall Museum de Bury St Edmunds.

Comencé esta novela en la posada The Queen's Head de Kettlesing, durante una de las nevadas más fuertes que vio Yorkshire en años, y la terminé en las cafeterías Massolit y Magvető del distrito vii de Budapest, rodeada de una primavera imposible. Si la escritura tiene un poco de espiritismo, siempre quedará en estas páginas la huella de todos los lugares en los que trabajé en esta novela.